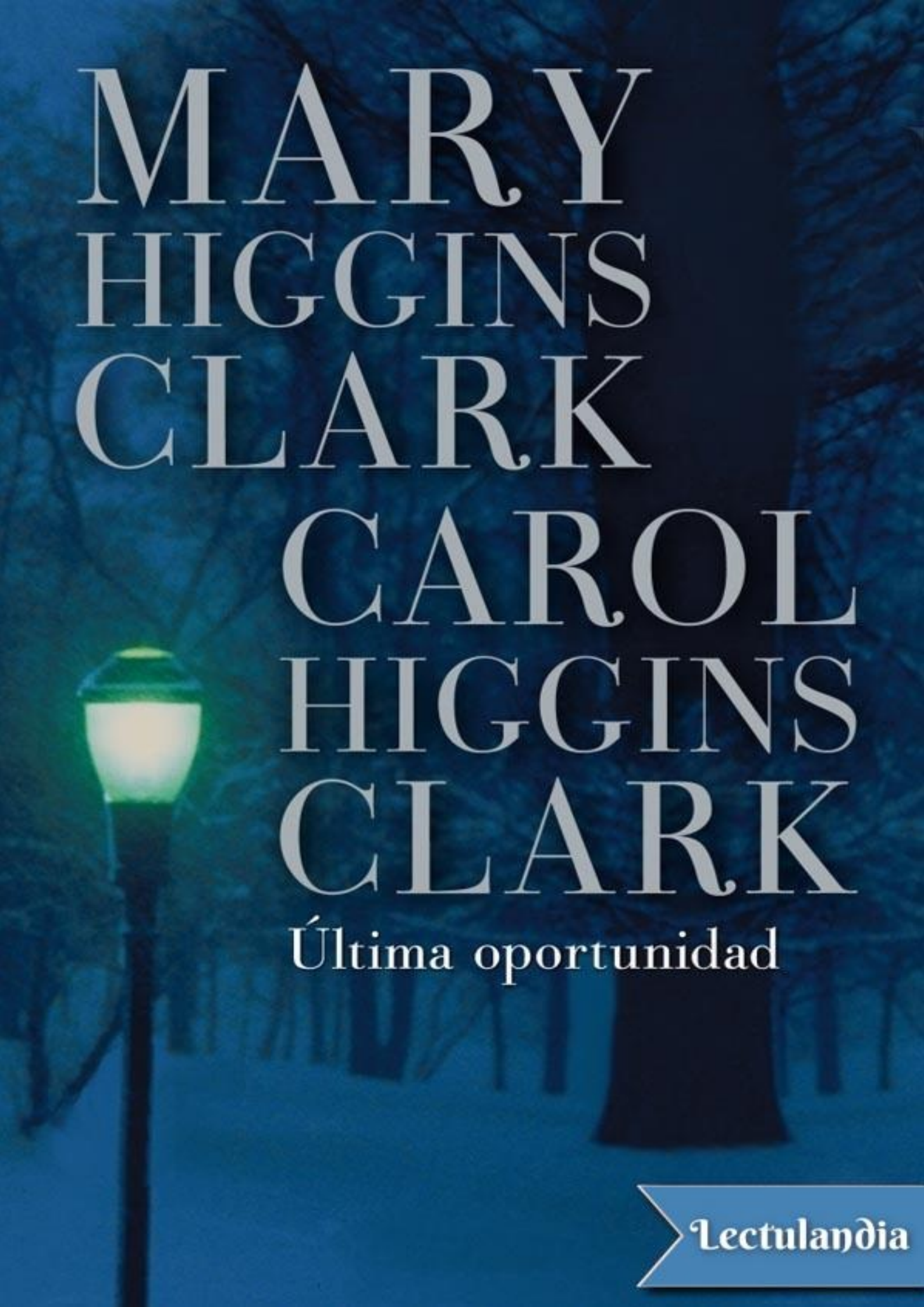




MARY
HIGGINS
CLARK

CAROL
HIGGINS
CLARK

Última oportunidad

Lectulandia

Escrito con su hija Carol Higgins Clark.

Sterling Brooks no ha tenido una vida ejemplar. Por ello lleva esperando más de cincuenta años en la antesala del cielo. Unos días antes de Navidad, el consejo celestial decide proponerle un trato: entrará en el cielo si antes consigue hacer una buena obra en la tierra. Se trata de su última oportunidad. No le especifican cuál es su misión, y de pronto se ven en pleno Rockefeller Center, en medio de una multitud de patinadores, en busca de alguien que necesite un ángel.

Así encuentra a Marissa, una niña de siete años, apenada por la desaparición de su padre y su abuela, que se han visto obligados a entrar en un programa de protección de testigos para escapar de los hermanos Badgett, unos peligrosos criminales que han puesto precio a sus cabezas. Sterling deberá trazar un plan para eliminar la amenaza de los gánsteres y reunir a Marissa con sus seres queridos.

Lectulandia

Mary Higgins Clark & Carol Higgins Clark

Última oportunidad

ePUB v1.0

17.06.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *He sees you when you're sleeping*
Mary Higgins Clark & Carol Higgins Clark, 2001.
Traducción: Luis Murillo Fort

ePub base v2.1

*Dedicamos este libro a las víctimas de la tragedia
del 11 de septiembre de 2001,
a los familiares y amigos que los querían,
y a quienes arriesgaron la vida tratando de salvarlos.*

AGRADECIMIENTOS

Nuestra gratitud para ellos y ellas:

Nuestros editores, Michael Korda, Chuck Admans y Roz Lippel.

Nuestra publicista, Lisl Cade.

Nuestros agentes, Gene Winick, Sam Pinkus y Nick Ellison.

Nuestros correctores de estilo, Gypsy da Silva y Carol Catt.

Nuestro equipo de apoyo familiar, John Conheeney, Irene Clark, Agnes Newton y Nadine Petry.

Y, por supuesto, nuestros lectores.

Benditos seáis.

No hay nada peor que asistir a los preparativos de una gran fiesta sabiendo que uno no está invitado. Peor todavía si la fiesta se celebra en el cielo, fue lo que pensó Sterling Brooks. Cuarenta y seis años, según la cuenta terrenal, llevaba en la sala de espera, que estaba situada justo enfrente de las puertas del cielo, El coro celeste estaba haciendo un repaso a las canciones con que daría comienzo la celebración de la inminente Navidad.

«*Hark, the herald angels sing...*».

Sterling suspiró. Siempre le había gustado esa canción. Se rebulló en su silla y miró a su alrededor. Había varias hileras de bancos llenos de gente que esperaba ser llamada ante el Consejo Celestial. Personas que tenían que responder de cosas que habían hecho —o no habían hecho— en la vida, como paso previo a ser admitidas en el cielo.

Sterling llevaba esperando más que ninguna otra persona. Se sentía como el niño cuya madre no ha ido a recoger al colegio. Normalmente era capaz de poner buena cara, pero en los últimos tiempos se había sentido cada vez más desamparado. Desde su asiento junto a la ventana había visto pasar a lo largo de los años, en un incesante desfile hacia el cielo, a muchas de las personas que él había conocido en la tierra. A veces le molestaba un poco que algunas de ellas no tuvieran que aguardar ni un minuto en la sala de espera. Incluso uno que había estafado al fisco y que había mentido sobre su puntuación en una partida de golf cruzó alegremente el puente que separaba la sala de espera de las puertas del cielo.

Pero lo que le partió el corazón fue ver a Annie. Hacía un par de semanas, la que había sido su amor pero con la cual no había llegado a casarse, la mujer de la que se había quedado colgado, había pasado por allí tan guapa y tan joven como el día en que la conoció. Sterling fue corriendo a información y preguntó por Annie Mansfield, el alma que acababa de pasar volando frente a la ventana de observación. El ángel consultó su ordenador y levantó las cejas.

—Ha muerto hace unos minutos, el día que cumplía ochenta y siete años. Mientras soplabas las velas, ha tenido un desvanecimiento. Qué vida tan ejemplar, la suya. Una persona generosa, tierna, bondadosa.

—¿Llegó a casarse? —preguntó Sterling.

El ángel tocó algunas teclas y movió el cursor, como un vendedor de billetes tratando de buscar la confirmación a una reserva de vuelo.

—Fue novia durante bastante tiempo de un memo que la tuvo engañada, y la pobre quedó destrozada cuando él murió de forma inesperada. Le dieron en la cabeza con una pelota de golf. —El ángel movió de nuevo el cursor y miró a Sterling—. Oh, perdona. Eras tú.

Sterling volvió a su asiento. Desde entonces había recapacitado mucho.

Reconocía que había vivido cincuenta y un años en la tierra sin asumir jamás ninguna responsabilidad, evitando siempre las cosas desagradables o preocupantes. «Adopté el lema de Escarlata O'Hara: "Ya pensaré en eso mañana"», reconoció interiormente.

La única vez que Sterling recordaba haber experimentado un nerviosismo prolongado fue estando en lista de espera para entrar en la Universidad de Brown. Todos sus amigos de la escuela preparatoria habían recibido abultados sobres de las facultades que habían elegido, dándoles la bienvenida y animándolos encarecidamente a que enviaran cuanto antes el dinero de la matrícula. Faltaban pocos días para el inicio del curso cuando Sterling recibió una llamada de la oficina de admisiones de Brown confirmándole que tenía una plaza en la clase de primero. Eso puso fin a los cuatro meses y medio más largos de toda su vida.

Sabía que el motivo de que hubiera entrado en Brown solo a duras penas, pese a estar dotado de una fina inteligencia y de excelentes facultades atléticas, era que en el instituto se había dedicado a gandulear.

Un frío que era puro miedo se apoderó de él.

Al final había entrado en la universidad que deseaba, pero ahí arriba la suerte tal vez no le iba a sonreír. Hasta hacía un momento había estado convencido de que conseguiría entrar en el cielo.

Sterling le había recordado al ángel que custodiaba el Consejo Celestial que algunos de los que venían detrás de él habían entrado ya, y le sugirió que tal vez se habían olvidado de él involuntariamente.

El ángel le había dicho cortésmente pero con firmeza que volviera a su asiento.

Deseaba tanto estar en el cielo este día de Navidad. Las caras de los que pasaban volando tras la ventana, viendo ante ellos las puertas abiertas, le habían dejado pasmado. Y ahora Annie estaba allí dentro.

El ángel de la puerta hizo señas para que todos prestaran atención.

—Tengo buenas nuevas —dijo—. Los que nombre ahora son los beneficiarios de la amnistía navideña; no tendréis que comparecer ante el Consejo Celestial. Saldréis directamente por la puerta de la derecha, la que da al puente celestial. Poneos en fila e id pasando ordenadamente a medida que os vaya nombrando... Walter Cummings...

Unos bancos más allá, Walter, un anciano vivaracho de noventa años, se levantó de un salto y se cuadró al estilo militar. «¡Aleluya!», gritó, y fue corriendo a ponerse en la fila.

—He dicho de manera ordenada —le reprendió el ángel no sin resignación—. Claro que entiendo tu reacción —murmuró antes de llamar al siguiente—. Tito Ortiz...

Tito soltó un «hurra» y corrió a situarse detrás de Walter.

—Jackie Mills, Dennis Pines, Veronica Murphy, Charlotte Green, Pasquale D'Amato, Winthrop Lloyd III, Charlie Potters, Jacob Weiss, Ten Eyck Elmendorf...

Los bancos se fueron vaciando a medida que el ángel iba cantando nombres.

Terminada la lista, el ángel dobló el papel. Sterling era el único que quedaba. Una lágrima se formó en sus ojos. La sala de espera celestial se le caía encima. Tengo que haber sido una persona espantosa, pensó. Me temo que no podré entrar en el cielo.

El ángel dejó la lista y se le acercó. Oh, no, pensó Sterling, no me digas que me manda al otro sitio. Por primera vez comprendía lo que era sentirse desesperado e impotente.

—Sterling Brooks —dijo el ángel—. Tienes que presentarte ante una asamblea extraordinaria del Consejo. Sígueme, por favor.

Un pequeño rayo de esperanza iluminó el corazón de Sterling. Quizá, solo quizá, aún le quedaba una oportunidad. Haciendo acopio de valor, se puso en pie y siguió al ángel hasta la puerta de la sala. El ángel, reflejando tanta simpatía en su rostro como en su voz, dijo «Buena suerte» mientras abría la puerta y hacía entrar a Sterling.

La sala no era grande, y estaba bañada de la luz más suave y deliciosa que Sterling había visto jamás. El ventanal iba del techo hasta el suelo y permitía una escalofriante vista de las puertas del cielo. Sterling se dio cuenta de que la luz procedía de allí.

Cuatro mujeres y cuatro hombres estaban sentados a una larga mesa, frente a él. Por los halos que brillaban alrededor de sus cabezas dedujo inmediatamente que debían de ser santos, pese a que no recordaba haberlos visto en los vitrales de las catedrales que había visitado estando de vacaciones. Las vestimentas que lucían variaban de prendas bíblicas a trajes del siglo xx. Con el saber instintivo que ya formaba parte de él, Sterling comprendió que llevaban el atuendo típico de la época en que cada cual había vivido. El hombre que estaba a un extremo, un monje de aire solemne, inició el procedimiento.

—Siéntate, Sterling. Tenemos algo que discutir contigo.

Sterling tomó asiento, consciente de que era objeto de todas las miradas.

Una de las mujeres, que vestía una elegante túnica de terciopelo rojo y una tiara, dijo con voz elegante:

—Tuviste una vida regalada, ¿no es así, Sterling?

Se diría que no fui el único, pensó Sterling, pero contuvo la lengua. Asintió sumiso:

—Sí, señora.

El monje le miró muy serio.

—Dura es la existencia de la cabeza que luce una corona. Su majestad hizo muchas cosas buenas por sus súbditos.

Dios, pueden leerme el pensamiento, comprendió Sterling, y se echó a temblar.

—Tú, en cambio, nunca le echaste una mano a nadie —prosiguió la reina.

—Fuiste amigo solo por interés —dijo un hombre con atuendo de pastor, el

segundo por la derecha.

—Un pasivo-agresivo —declaró un joven torero que estaba arrancándose un hilo de la capa roja que llevaba.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sterling, asustado.

—Oh, perdona. Esa expresión terrenal se puso de moda después de tu época. Ahora es muy popular, ¿sabes?

—Se usa para referirse a multitud de pecados —terció una hermosa mujer que le recordó a Sterling los grabados de Pocahontas que había visto.

—¿Agresivo, yo? —dijo él—. Yo no perdí nunca los estribos. Jamás.

—Pasivo-agresivo es otra cosa. Perjudicas a la gente por no hacer ciertas cosas. Y haciendo promesas que no tienes intención de cumplir.

—Estabas demasiado pendiente de ti mismo —dijo una monja de rostro dulce que estaba sentada al otro extremo—. Fuiste un buen abogado a la hora de solucionar los problemillas de los ricos, pero nunca prestaste tus conocimientos al pobre desdichado que estaba perdiendo injustamente su casa o su comercio. Y lo que es peor, de hecho alguna vez te ofreciste a ayudar y luego decidiste no meterte en líos. —Meneó la cabeza—. Fuiste una persona demasiado frívola.

—De esos que saltan al primer bote salvavidas cuando el barco se está yendo a pique —le espetó un santo con uniforme de almirante británico—. Un sinvergüenza, vaya. Ni siquiera ayudaste nunca a una anciana a cruzar la calle.

—¡Jamás vi a ninguna que necesitara ayuda!

—Resumiendo, la cosa está así —dijeron al unísono—. Eras demasiado vanidoso y egoísta para darte cuenta de lo que pasaba a tu alrededor.

—Lo siento —dijo humildemente Sterling—. Yo creía que era una persona bastante decente. Nunca le deseé nada malo a nadie. ¿Hay algo que pueda hacer para compensarlo?

Los miembros del Consejo se miraron entre sí.

—¿Tan malo fui? —Exclamó Sterling, y señaló hacia la sala de espera—. En todo este tiempo he hablado con muchas de las almas que han pasado por aquí. ¡No puede decirse que todas fueran santas! Y, a propósito, vi entrar directamente al cielo a uno que había estafado al fisco. ¡Seguro que os fijasteis en él!

Todos se rieron.

—Tienes mucha razón. Estábamos tomando un café. Pero, por el contrario, ese hombre dio gran parte de su dinero para obras de caridad.

—¿Y lo de la partida de golf? —Preguntó Sterling muy serio—. Yo jamás hice trampas, como él. Y en cambio me dieron en la cabeza con una pelota de golf. Mientras me estaba muriendo, perdoné al tipo que lo hizo. No todo el mundo tendría ese detalle, digo yo.

Se quedaron mirándolo mientras le venían a la mente todas las ocasiones en que

había decepcionado al prójimo. Annie. No quiso casarse con ella por egoísmo, pero le fue dando esperanzas por miedo a perderla. Y cuando él murió, ya era tarde para que ella pudiera formar la familia que siempre había deseado. Y ahora estaba en el cielo. Tuvo ganas de volver a verla.

Se sentía deshecho. Necesitaba conocer su destino.

—¿Qué me decís? —Preguntó—. ¿Podré entrar alguna vez en el cielo?

—Es curioso que lo preguntes —replicó el monje—. Hemos discutido tu caso y hemos llegado a la conclusión de que pareces el candidato ideal para un experimento que estamos pensando en poner en práctica desde hace tiempo.

Sterling aguzó los oídos. Aún quedaba una oportunidad.

—Me encantan los experimentos —dijo con entusiasmo—. Ponedme a prueba. ¿Cuándo empezamos? —Se dio cuenta de que comenzaba a hablar como un memo.

—Calla y escucha, Sterling. Te vamos a mandar de vuelta a la tierra. Tu misión consiste en identificar a alguien que tenga un problema y ayudarlo a resolverlo.

—¡Volver a la tierra! —Sterling estaba muy sorprendido.

Las ocho cabezas asintieron al unísono.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar allá abajo?

—El necesario para resolver el problema.

—¿Significa eso que si hago un buen trabajo se me permitirá entrar en el cielo? Me gustaría estar aquí por Navidad.

A todos les hizo gracia su observación.

—No tan deprisa —dijo el monje—. Como dirían ahora, no te falta nada para conseguir tu residencia permanente más allá de esas puertas. No obstante, si para Nochebuena has completado tu misión de modo satisfactorio, tendrás derecho a un pase de visita de veinticuatro horas.

Sterling se desanimó bastante. En fin, pensó, todo largo viaje empieza con un pequeño paso.

—Harás bien en recordarlo —le advirtió la reina.

Sterling parpadeó. Debería haber recordado que podían leer el pensamiento.

—¿Cómo sabré quién es la persona a la que debo ayudar? —preguntó.

—Ahí está la gracia del experimento. Tienes que aprender a reconocer las necesidades del prójimo y a hacer algo al respecto —le respondió una joven negra vestida de enfermera.

—¿Contaré con algún tipo de ayuda? Quiero decir, ¿con alguien a quien consultar si se me plantea una duda? Haré todo lo que sea necesario para llevar a cabo la misión. —Ya estoy hablando más de la cuenta, pensó.

—Podrás pedirnos consejo siempre que lo desees —le aseguró el almirante.

—¿Cuándo empiezo?

El monje pulsó un botón de la mesa del consejo.

—Ahora mismo.

Sterling notó que se abría una trampilla bajo sus pies. Al instante estaba dejando atrás las estrellas, pasaba junto a la luna, atravesaba las nubes y, de repente, descendía junto a un enorme árbol navideño profusamente iluminado. Sus pies tocaron tierra.

—Dios mío —jadeó—. Estoy en el Rockefeller Center.

Con su oscura melena al viento, Marissa evolucionaba por la pista de patinaje del Rockefeller Center. Había empezado a tomar lecciones de patinaje sobre hielo a los tres años. Ahora que tenía siete, patinar era para ella tan natural como respirar, y últimamente era la única actividad que apaciguaba el dolor que sentía en el pecho y la garganta.

La música cambió y, sin pensarlo, Marissa adaptó sus giros al nuevo y más suave ritmo, un vals. Por un momento se imaginó que estaba con su padre. Casi pudo sentir la mano de él entrelazada con la suya, casi pudo ver a su abuela, NorNor, que le sonreía.

Luego recordó que en realidad no quería patinar con su padre ni hablar con él, y tampoco con NorNor. Los dos se habían marchado sin apenas despedirse de ella. Las primeras veces que la habían llamado por teléfono Marissa les había rogado que volvieran o que la dejaran ir a verlos, pero ellos le habían dicho que no podía ser. Ahora, cuando llamaban, ella no quería hablar con ellos.

No me importa en absoluto, se dijo.

Con todo, Marissa cerraba los ojos cada vez que pasaba en coche por delante del restaurante de NorNor; le dolía recordar lo bien que lo había pasado allí con su padre. El local siempre estaba abarrotado, a veces NorNor tocaba el piano, y la gente le pedía a él que cantara algo. A veces alguien traía su disco y le pedía que cantara la canción más famosa.

Marissa ya no iba al restaurante. Había oído a su madre decirle a Roy —el actual marido de su mamá— que sin la abuela el restaurante no marchaba bien, y era probable que tuvieran que cerrar.

¿Qué esperaban papá y NorNor cuando se marcharon?, se preguntaba Marissa. NorNor decía siempre que si ella no estaba allí todas las noches el negocio se vendría abajo. «Es como mi sala de estar —solía decirle a Marissa—. Y una no invita gente a su casa si luego no va a estar presente».

Si tanto amaba NorNor el restaurante, ¿por qué se había marchado?, y si papá y la abuela la querían tanto como aseguraban, ¿por qué la habían abandonado?

Hacía casi un año que no los veía. Marissa cumplía años el día de Nochebuena. Tendría ocho ya, y aunque seguía muy enfadada con ellos, le había prometido a Dios que si sonaba el timbre por Nochebuena y se presentaban en casa, ella no volvería a portarse mal con nadie mientras viviera y ayudaría a su madre con los bebés y no pondría cara de fastidio cuando Roy contara las mismas estupideces una y otra vez. Si eso ayudaba, prometía incluso no volver a patinar sobre hielo en su vida, pero sabía que esa era una promesa que papá no querría que cumpliera, porque si realmente volvía alguna vez, seguro que la llevaba a patinar.

La música dejó de sonar, y la profesora de patinaje, la señorita Carr, que había

llevado al Rockefeller Center como premio especial a una docena de alumnos, les indicó que era hora de irse. Marissa hizo una última pirueta antes de deslizarse hacia la salida. En cuanto empezó a quitarse los patines, el dolor volvió a hacer acto de presencia. Notó que le empezaba en el corazón, le llenaba el pecho y luego le subía como una marea hasta la garganta. Pero aunque le costó lo suyo, consiguió impedir que no le llegara a los ojos.

—Eres una gran patinadora —dijo uno de los monitores—. Seguro que cuando crezcas serás tan buena como Tara Lipinsky.

Lo mismo solía decidir NorNor. Antes de que pudiera evitado, la vista se le empezó a nublar. Al volver la cabeza para que el monitor no viera que casi estaba llorando, fijó la vista en un individuo que estaba junto a la cerca que rodeaba la pista de patinaje. Llevaba un sombrero y una chaqueta bastante raros, pero tenía un rostro agradable y parecía sonreírle a ella.

—Espabila, Marissa —dijo la señorita Carr, y la niña, percatándose del tono de ligero enfado de la profesora, corrió a reunirse con los otros niños.

Está igual que siempre, pero a la vez es distinto, murmuró Sterling para sus adentros mientras contemplaba el Rockefeller Center. Por ejemplo, él lo recordaba mucho menos abarrotado de gente. No quedaba ni un palmo de espacio disponible. Había gente que llevaba bolsas cargadas de regalos, mientras otros se extasiaban contemplando el enorme árbol.

Este parecía más alto que el último que Sterling había visto allí —hacía cuarenta y seis años— y tenía más luces de las que él recordaba. Era un árbol espléndido, pero su luz era muy diferente de la que él había experimentado estando en la sala de conferencias celestial.

Aunque se había criado en la Diecisiete, junto a la Quinta Avenida, y había vivido casi todo el tiempo en Manhattan, le invadió una repentina nostalgia de la vida celestial. Necesitaba encontrar a la persona a quien supuestamente debía ayudar a fin de llevar a cabo su misión.

Dos niños se dirigían corriendo hacia él. Sterling se apartó para que no se le echaran encima, y advirtió entonces que había chocado con una mujer que estaba admirando el árbol.

—Usted perdone —dijo—. Espero no haberle hecho daño.

Ella no le miró ni dio señales de haberle oído, ni siquiera de haber notado el encontronazo.

No sabe que estoy aquí, comprendió Sterling.

Se sintió momentáneamente afligido. ¿Cómo vaya ayudar a alguien si esa persona no puede verme ni oírme?, se preguntó. El consejo me ha abandonado a mi suerte.

Miró los rostros de los transeúntes. Charlaban, reían, cargaban paquetes, señalaban el árbol. Nadie parecía tener ningún problema acuciante. Pensó en lo que había dicho el almirante sobre ayudar a una anciana a cruzar la calle. Tal vez podría encontrar alguna.

Aceleró el paso hacia la Quinta Avenida y le sorprendió el gran volumen de tráfico. Al pasar frente a un escaparate se detuvo, pasmado al ver su propio reflejo. Los demás no podían verle, pero él a sí mismo sí. Observó su aspecto en el espejo. No está mal, muchacho, se dijo. Era la primera vez que se veía reflejado desde aquella fatídica mañana en que partiera camino del campo de golf. Observó sus cabellos salpicados de gris, en las primeras fases de calvicie, sus rasgos más bien angulosos, su cuerpo delgado y recio. Llevaba puesta su indumentaria de invierno: una trinchera de color azul Oscuro con cuello de terciopelo, su sombrero favorito —un *homburg* de fieltro gris— y guantes grises de cabritilla. Al fijarse en cómo iba vestida la gente, comprendió que sus prendas habían pasado de moda.

Si pudieran verme, decidió, pensarían que voy a un baile de disfraces.

Al llegar a la Quinta, miró hacia el norte de la ciudad. Su mejor amigo había

trabajado en American President Lines. La oficina había desaparecido.

Se dio cuenta de que muchos de los comercios y empresas que él recordaba ya no estaban donde siempre. Bueno, pensó, es que han pasado cuarenta y seis años. Veamos, ¿dónde está esa ancianita que necesita ayuda para cruzar?

Fue como si los del consejo le hubieran oído.

Una mujer mayor que usaba bastón estaba empezando a cruzar en el momento en que el semáforo se ponía rojo. Eso es peligroso, pensó él, a pesar de que los coches iban a paso de tortuga.

Dio varias zancadas y se apresuró a ayudarla, pero le fastidió ver que un joven se le había adelantado y estaba cogiendo del codo a la mujer.

—Déjame en paz —gritó ella—. Me las he apañado durante mucho tiempo sin que alguien como tú trate de robarme mi libro de bolsillo.

El joven murmuró algo por lo bajo, le soltó el brazo y la dejó en medio de la calzada. Sonaron cláxones, pero el tráfico se detuvo mientras la anciana, con toda la calma del mundo, caminaba hasta la otra acera.

Está claro, pensó Sterling, que el consejo no me ha enviado a la tierra por esa persona.

Había una larga cola delante del escaparate de Saks que daba a la Quinta Avenida. Se preguntó qué estarían mirando que fuera tan especial. Recordó que allí no solía haber más que prendas de vestir.

Por el rabillo del ojo pudo ver las agujas de la catedral de San Patricio, y eso le hizo concentrarse de nuevo en su tarea.

A ver si lo entiendo, pensó. Me han enviado para que ayude a alguien y he aterrizado en el Rockefeller Center. Eso indica, sin duda, que la búsqueda debe empezar allí. Y Sterling desandó el camino.

Con gran atención, se dedicó a observar las caras de las personas con las que se cruzaba. Pasó una pareja, los dos vestidos con prendas ajustadas de cuero negro, los dos también con aspecto de que les hubieran cortado la cabellera. Para completarlo, llevaban la nariz y las cejas perforadas. Procuró no quedarse mirando. Los tiempos han cambiado, vaya que sí, pensó.

Mientras caminaba, tuvo la impresión de que algo le empujaba de nuevo hacia el majestuoso árbol navideño que constituía el mayor atractivo del Rockefeller Center en esas fechas.

Vio que tenía cerca a otra pareja, esta vez vestida de manera más tradicional. Iban cogidos de la mano y parecían muy enamorados. Tuvo la sensación de estar fisgando, pero necesitaba oír lo que decían. Algo le sugirió que el joven estaba a punto de pedirle que se casara con él. Ánimo, pensó.

Antes de que sea demasiado tarde.

—Creo que ha llegado el momento —dijo el joven.

—Por mí, vale. —A la chica le brillaban los ojos.

¿Dónde está el anillo de boda?, se preguntó Sterling.

—Nos iremos a vivir juntos y dentro de seis meses veremos qué tal ha ido la cosa. La joven parecía extasiada.

—Soy muy feliz. —Susurró.

Sterling se alejó de allí meneando la cabeza.

Eso en mis tiempos no se podía ni imaginar, pensó. Un tanto desanimado, se acercó a la barandilla que rodeaba la pista de patinaje. La música estaba terminando y los patinadores se dirigían a la salida. Vio a una niña que daba un último giro sobre el hielo. Lo hace muy bien, pensó.

Un instante después la niña levantó la vista, y Sterling vio que hacía esfuerzos por contener las lágrimas. Sus miradas se encontraron. ¿Podrá verme?, se preguntó. No podía decirlo con seguridad, pero tenía la certeza de que la niña se había fijado en él, y que le necesitaba. Mientras la observaba alejarse lentamente por la pista, con los hombros visiblemente caídos, no le cupo duda de que era a ella a quien le habían enviado a ayudar.

La niña se puso los zapatos y luego se dirigió hacia las escaleras. Por un momento, Sterling la perdió de vista, pero enseguida la alcanzó cuando ella estaba subiendo a un autobús con la inscripción MADISON VILLAGE SCHOOLS que estaba esperando en la calle Cuarenta y nueve. Ah, pensó, así que van a Long Island. Oyó que la profesora llamaba Marissa a la que sin duda era la alumna más pequeña del grupo. Marissa fue directamente hasta el fondo del vehículo y se sentó sola en el último asiento.

Cada vez más a gusto, sabiendo que nadie podía verle, siguió a la niña hasta el autobús y se sentó en el asiento del otro lado del pasillo. Ella miró hacia donde se encontraba él en varias ocasiones, como si fuera consciente de su presencia.

Sterling se acomodó. Iba por buen camino.

Miró de reojo a Marissa, que se había apoyado en la ventanilla y tenía los ojos cerrados. ¿Qué era lo que tanto abrumaba a la chiquilla? ¿En qué estaba pensando?

Sterling se moría de ganas de saber qué ocurría en su casa.

—Es increíble. Otra Navidad con mamá a tantos kilómetros de aquí. —Eddie Badgett estaba a punto de llorar—. Echo de menos mi tierra, echo de menos a mamá. Quiero verla.

Su rostro rubicundo se desdibujó en una expresión de congoja. Pasó los dedos por su espesa mata de cabellos grises.

La Navidad había puesto a Eddie en un estado de tristeza que todo su dinero, acumulado gracias a la usura, no podía borrar.

Estaba hablando con su hermano Junior, que, con cincuenta y cuatro años, era tres más joven que Eddie. A Junior lo habían bautizado como a su padre, que había pasado media vida encarcelado en una malsana prisión de Valonia, un diminuto país fronterizo con Albania.

Los hermanos se encontraban en una habitación que su carísimo decorador había bautizado ampulosamente como «la biblioteca» y llenado de libros que ninguno de los hermanos tenía la menor intención de leer.

La mansión, situada en doce acres de la dorada costa norte de Long Island, era un tributo a la capacidad de los hermanos Badgett para privar a otros seres humanos de sus bien ganados capitales.

Su abogado, Charlie Santoli, se encontraba con ellos en la biblioteca, sentado a una recargada mesa de mármol con el maletín al lado y una carpeta abierta ante él.

Santoli, un individuo aseado y menudo de sesenta y tantos años, con una desafortunada tendencia a completar su higiene diaria con dosis exageradas de colonia Manly Elegance, miró a los hermanos con su habitual mezcla de desdén y temor.

A menudo pensaba que aquellos dos le recordaban a una pelota de baloncesto y un bate de béisbol. Eddie era bajo, rechoncho, duro, redondo.

Junior era alto, flaco, recio. Y siniestro: podía enfriar toda una habitación con su sonrisa, o incluso con la mueca que él consideraba un gesto amable.

Charlie tenía la boca seca. Su deber era decirles a los hermanos Badgett que no había sido posible conseguir otro aplazamiento de su juicio por estafa, usura, incendio provocado e intento de asesinato. Lo cual quería decir que Billy Campbell, el famoso y apuesto cantante de rock de treinta años, y su glamurosa madre, la antigua cantante de cabaret Nor Kelly, propietaria de un conocido restaurante, tendrían que salir de su escondite y comparecer ante los tribunales. Su testimonio llevaría a Eddie y a Junior a sendas celdas que estos podrían decorar con fotos de su mamá, porque a ella no la iban a ver nunca más. Pero Santoli sabía que, incluso estando en prisión, se las apañarían para que Billy Campbell no volviera a cantar una sola nota más y para que su madre, Nor Kelly, no tuviera un solo cliente más en su establecimiento.

—Te da miedo hablar con nosotros —gruñó Junior—, pero será mejor que empieces. Somos todo oídos.

—Sí —careó su hermano Eddie al tiempo que se enjugaba los ojos y se sonaba la nariz—, somos todo oídos.

Madison Village estaba varias salidas después de Syosset por la autopista de Long Island.

En el aparcamiento de la escuela, Sterling bajó del vehículo con Marissa. Estaba nevando. Un tipo de unos cuarenta años, de pelo rubio y ralo —alto y larguirucho, de esos que la madre de Sterling habría llamado «un largo trago de agua»— llamó a Marissa y le hizo señas.

—Ven aquí, cariño. Date prisa. ¿No llevas gorro? Vas a pillar un catarro.

Sterling oyó rezongar a Marissa mientras corría hacia un sedán beige que estaba entre otra media docena de coches, que a Sterling le parecieron más bien camiones. En la autopista se había fijado en que abundaban. Se encogió de hombros: otro de los cambios de estos últimos cuarenta y seis años.

Marissa dijo «Hola, Roy» al ocupar el asiento delantero. Sterling se acomodó en el de atrás, entre dos pequeños asientos que sin duda eran para niños muy pequeños. ¿Qué no se inventarán?, se preguntó. Cuando yo era un crío, mi madre me llevaba en sus rodillas y me dejaba coger el volante.

—¿Cómo está nuestra patinadora olímpica? —preguntó Roy a Marissa. Sterling se dio cuenta de que procuraba ser simpático, pero Marissa no quería saber nada.

—Bien —respondió la niña sin el menor entusiasmo.

¿Quién es este tipo?, se preguntó Sterling. No puede ser su padre. ¿Un tío, quizá? ¿El novio de su madre?

—Ponte el cinturón, princesa —le aconsejó Roy en un tono excesivamente alegre.

¿Cariño? ¿Princesa? ¿Patinadora olímpica?

Este tipo es un empalagoso, pensó Sterling.

—Déjame en paz —suspiró Marissa.

Sobresaltado, Sterling observó la posible reacción de Roy. No hubo tal. Roy estaba totalmente pendiente de la carretera. Sus manos agarraban con fuerza el volante, y conducía muy por debajo del límite permitido.

—Patinando llegaría antes a casa —murmuró Marissa.

Sterling se sintió muy satisfecho de comprobar que no solo tenía la facultad de hacerse visible a ella a su antojo, sino que podía además leerle el pensamiento. Sin duda alguna, el Consejo Celestial le estaba proporcionando ciertas herramientas y poderes, pero dejándole que él mismo descubriera su alcance.

Estaba claro que no le iban a facilitar las cosas.

Se echó hacia atrás, consciente de que aun cuando no estaba allí en carne y hueso, se sentía claramente incómodo. Era la misma reacción que había tenido al tropezarse con aquella mujer en la pista de patinaje.

El resto de los siete minutos de trayecto hasta la casa transcurrieron básicamente en silencio, a excepción de la radio, que estaba sintonizada en una emisora que emitía

una música muy lánguida.

Marissa se acordó de un día en que había puesto la radio del coche de su padre y había salido una canción suya.

—¡Pero bueno! —Había dicho él—. ¿Es que no te he enseñado a tener buen gusto en música?

—¡Es la emisora que escucha Roy! —había exclamado ella, triunfante. Y los dos se habían reído.

—Nunca entenderé por qué tu madre decidió cambiarme a mí por él —había comentado su papá.

Conque es eso, pensó Sterling. Roy es su padrastro. Pero ¿dónde está su padre?, ¿por qué, ahora que piensa en él, se la ve tan triste y enfadada a la vez?

—Roy ha ido a recogerla. No creo que tarden, pero yo diría que no querrá hablar contigo, Billy. He intentado explicarle que no es culpa tuya que tú y Nor tengáis que estar fuera por un tiempo, pero Marissa no quiere saber nada.

Denise Ward estaba hablando por su inalámbrico con el padre de Marissa, su ex marido, e intentando que sus mellizos de dos años no tiraran el árbol de Navidad.

—Lo comprendo, pero me fastidia que...

—¡Roy Junior, suelta esos adornos! —Le interrumpió Denise—. Robert, deja en paz al Niño Jesús. Digo que... Un momento, Billy.

A dos mil quinientos kilómetros de distancia, la expresión atribulada de Billy Campbell se serenó un poco. Sostenía el auricular de modo que su madre, Nor Kelly, pudiera oír la conversación.

—Me parece que el Niño Jesús ha salido volando por la sala de estar —dijo, arqueando las cejas.

—Perdona, Billy —dijo ahora Denise—. Mira, esto es un caos. Los críos están excitadísimos con la Navidad. Llámame dentro de quince minutos, aunque no creo que sirva de nada. Marissa no quiere hablar contigo ni con Nor.

—Ya sé que no das abasto, Denise —dijo serenamente Billy Campbell—. Aparte de lo que te mandamos, ¿hay alguna cosa que realmente le haga falta a Marissa? Si te ha comentado algo, yo aún tendría tiempo de comprado.

Se oyó un ruido fuerte y el gemido de uno de los mellizos.

—Oh, no, el ángel de Waterford. —Denise Ward lo dijo casi sollozando—. Ni te le acerques, Robert. ¿Me has oído bien? Te vas a cortar. —Con la voz tensa por el enfado, le espetó a Billy—: ¿Quieres saber lo que realmente necesita? Os necesita a ti y a Nor, y os necesita ya. Estoy muy preocupada por Marissa. Y Roy también. Él hace todo lo que puede, pero ella no reacciona.

—¿Cómo crees que me siento yo, Denise? —preguntó Billy, alzando un poco la voz—. Daría el brazo derecho por estar con Marissa. Se me retuercen las tripas cada

día que paso sin estar con ella. Me alegro de que Roy le eche una mano, pero es mi hija y la echo de menos.

—Pienso en lo afortunada que soy de haber conocido a un hombre cumplidor, con un trabajo estable, que no está hasta altas horas de la noche tocando por ahí con un grupo de rock, y que no se mete en situaciones que le obligan a salir por piernas de la ciudad. —Denise no se detuvo a respirar—. Marissa lo está pasando mal. ¿Te das cuenta de eso, Billy? Dentro de cuatro días es su cumpleaños. No sé cómo se va a tomar que no estés aquí por Navidad. La niña se siente abandonada.

Nor Kelly reparó en la expresión de congoja que se apoderaba del rostro de su hijo, le vio llevarse la mano a la frente. Su ex nuera era una buena madre, pero estaba llegando al límite soportable de frustración. Quería que volvieran los dos, por Marissa, pero se habría vuelto loca de preocupación pensando que si lo hacían Marissa podía correr peligro.

—Bien, Billy, le diré que has llamado. He de colgar. Oh, espera un momento. El coche acaba de llegar. Veré si Marissa quiere hablar contigo.

Bonita casa, pensó Sterling mientras seguía a Marissa y a Roy hasta la entrada. Estilo tudor. Abetos cubiertos de luces azules. Un pequeño trineo con Santa Claus y los ocho renos en el césped. Todo como los chorros del oro. Roy tenía que ser un maníaco de la limpieza.

Roy abrió la puerta.

—¿Dónde están mis polluelos? —Dijo alegremente en voz alta—. Roy Junior, Robert: papá ha vuelto.

Sterling se apartó de un salto al ver a dos niños idénticos de cabellos rubios que corrían hacia ellos.

En la sala de estar había una mujer joven y bonita que sostenía un teléfono sin cable (sin duda otra innovación desde la partida de Sterling). La mujer hizo señas a Marissa.

—Tu papá y NorNor tienen muchas ganas de hablar contigo —dijo.

Marissa entró en la sala de estar, le cogió el teléfono a su madre y, para asombro de Sterling, colgó el auricular y corrió escaleras arriba con los ojos llenos de lágrimas.

¡Caramba!, pensó Sterling.

Todavía no sabía cuál era el problema, pero se solidarizó con la mirada de impotencia que la madre intercambió con su marido. Me parece que tendré que sudar la gota gorda. Marissa necesita ayuda pero ya.

La siguió escaleras arriba y llamó a la puerta de su habitación.

—Déjame, mamá, por favor. No tengo hambre y no quiero comer nada.

—No soy mamá, Marissa —dijo Sterling.

Oyó que ella giraba el picaporte, y la puerta se abrió despacio. Marissa compuso una expresión de asombro absoluto.

—Te he visto cuando estaba patinando y luego al subir a la furgoneta —dijo ella en voz baja—. Pero después no te he visto más. ¿Eres un fantasma?

Sterling le sonrió.

—No exactamente. Digamos que estoy más en la línea de un ángel, pero en realidad no soy ningún ángel. Por eso estoy aquí.

—Quieres ayudarme, ¿verdad?

Sterling sintió una gran ternura mientras observaba los atribulados ojos azules de la niña.

—Quiero ayudarte más que nada en el mundo. Por mí y por ti.

—¿Tienes algún problema con Dios?

—Bueno, podríamos decir que no está muy satisfecho de mi conducta. Le parece que todavía no estoy a punto para el cielo.

Marissa puso los ojos, en blanco.

—Yo conozco a muchos que no entrarán nunca en el cielo.

—Yo pensaba que algunos no lo lograrían —rió Sterling—, y ahora están allá arriba entre los mejores.

—¿Quieres pasar? —Dijo Marissa—. Tengo aquí una silla que era bastante grande para mi papá, cuando venía a ayudarme con mis deberes.

Es una niña encantadora, pensó Sterling al entrar en la espaciosa habitación. Todo un personaje, tan pequeña. Se alegró de que ella hubiera adivinado por instinto que era un espíritu afín, alguien en quien podía confiar. Se la veía ya un poco más contenta.

Sterling se acomodó en la butaca que ella le indicaba y se dio cuenta de que todavía llevaba puesto el sombrero. Murmuró un «Lo siento», se quitó el sombrero y lo colocó pulcramente sobre su regazo.

Marissa se sentó con aires de educada anfitriona en la silla de su escritorio.

—Me gustaría ofrecerte un refresco y algo para picar, pero si voy abajo querrán que me siente a la mesa. —Arrugó la nariz—. Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿Tú tienes hambre? ¿Puedes comer? Porque parece que estás ahí pero no del todo.

—Yo mismo estoy tratando de entenderlo —reconoció Sterling—. Es la primera vez que hago una cosa así. Y dime, ¿por qué no quieres hablar con tu papá?

Marissa cambió de expresión y bajó la vista.

—No viene nunca a verme y no me deja que le vaya a visitar, y a NorNor tampoco (ella es mi abuela). Pues si ellos no quieren verme, yo a ellos tampoco.

—¿Dónde viven?

—No lo sé —respondió Marissa—. No me lo quieren decir, Y mamá no lo sabe. Me explicó que se escondían de unos hombres malos que quieren hacerles daño Y

que no podrán venir hasta que sea seguro, pero en el colegio los niños dicen que papá y NorNor se metieron en líos y han tenido que huir.

Vete tú a saber, pensó Sterling.

—¿Cuánto hace que no los ves? —Preguntó.

—La última vez que los vi de verdad fue el año pasado, dos días después de Navidad. Papá y yo fuimos a patinar, y después almorzamos en el restaurante de NorNor. Habíamos quedado que iríamos al Radio City Music Hall el día de Año Nuevo, pero ellos tuvieron que marcharse. Yo apenas estaba despierta cuando entraron a despedirse de mí. No me dijeron cuándo iban a volver, y casi ha pasado un año. —Hizo una pausa—. Tengo que ver a papá, tengo que ver a la abuela.

Está desconsolada, pensó Sterling. Entendía esa clase de dolor, era como el anhelo que había sentido al ver pasar a Annie camino del cielo.

—Marissa... —Alguien llamó a la puerta.

—Lo sabía —dijo la niña—. Mamá querrá que baje a cenar. No tengo hambre, y no quiero que te marches.

—Voy a tener que ponerme a trabajar en tu problema. Volveré luego a darte las buenas noches.

—¿Lo prometes?

—Marissa. —Llamaron otra vez a la puerta.

—Sí, pero prométeme tú a mí otra cosa —dijo apresuradamente Sterling—. Tu mamá está muy preocupada. Complácela esta vez.

—De acuerdo. Complaceré también a Roy, y, de todos modos, me gusta el pollo. Ya voy, mamá —dijo en voz alta. Y volviéndose a Sterling—. Choca esos cinco.

—¿Cómo? —preguntó Sterling.

—Debes de ser muy viejo —dijo Marissa incrédula—. Todo el mundo sabe lo que es chocar esos cinco.

—He estado un poco desconectado —admitió él mientras, siguiendo el ejemplo de Marissa, levantaba la palma de la mano y abría los dedos para recibir una entusiasta palmada de la niña.

Qué precoz, pensó, sonriendo.

—Hasta luego —dijo en voz baja.

—Vale. No olvides el sombrero. No te lo tomes a mal, pero es feísimo.

—Marissa, la cena se está enfriando —dijo su madre desde afuera.

—La cena siempre está fría —le confió Marissa a Sterling mientras iban hacia la puerta—. Roy tarda horas en bendecir la mesa. Papá dice que mamá debería limitarse a los embutidos. —La niña tenía la mano en el tirador—. Mami no puede verte, ¿verdad?

Sterling negó con la cabeza y desapareció.

En la sala de conferencias celestial, la junta había estado siguiendo con interés los movimientos de Sterling.

—Ha establecido contacto enseguida. A eso le llamo yo usar la cabeza —dijo admirativamente el almirante.

—Esa niña es muy infeliz —dijo la monja.

—Y no tiene pelos en la lengua —observó el monje—. De todos modos, me doy cuenta de que en mi época las cosas eran diferentes. Sterling está a punto de solicitar conferencia con nosotros. Creo que deberíamos concedérsela.

—Así sea —corearon todos.

Sumido en sus pensamientos, Sterling se quedó unos instantes en el pasaje contiguo a la casa de Marissa, resguardado de la nieve que caía lentamente. Podría husmear por la ciudad y averiguar qué pasa con su padre y su abuela, pensó, pero hay un modo más fácil de conocer toda la historia. Para eso tendré que pedir autorización al consejo.

Cerró los ojos. Antes de que hubiera tenido tiempo siquiera para pedir nada, se encontró de repente en la sala de conferencias. Comprobó a primera vista que sus santos mentores parecían estar observándole con cauta indulgencia.

—Veo que trataste de encontrar una anciana en apuros —comentó el almirante aguantándose la risa—. El joven que se te adelantó acabó llevándose una gran sorpresa. La mujer era de armas tomar, eso sí.

—Al menos Sterling no perdió tiempo cuando llegó a la tierra —dijo la enfermera.

A Sterling se le iluminó la cara al oír aquel elogio.

—Gracias, gracias. Como comprenderéis, ahora no tengo tiempo que perder. Creo que podré ayudar a Marissa cuando comprenda del todo la causa de su problema.

»Su padre y su abuela iban a llevar a Marissa al Radio City Music Hall el día de Año Nuevo pasado. Pero algo ocurrió. Fueron a verla temprano aquel día y le dijeron que tenían que ausentarse durante un tiempo.

El monje asintió con la cabeza:

—En general, para llegar a la raíz de los problemas hay que ahondar un poco en el pasado.

El pastor, que había estado muy callado, de repente tomó la palabra:

—Los problemas de la gente suelen venir de antiguo. Deberíais haber conocido a mi familia. ¿Por qué creéis que me hice pastor? El único sitio donde tenía un poco de paz era el monte.

Todos se rieron.

—No me hagáis hablar —terció la reina—. Los problemas de mi familia eran la comidilla de todo el reino.

El monje carraspeó antes de hablar:

—Creo que te entendemos, Sterling. Sabemos por qué estás aquí. Solicitas autorización para regresar en el tiempo y así saber por qué el padre y la abuela de Marissa tuvieron que salir de la ciudad.

—Así es, señor —dijo humildemente Sterling—. Quizá os parecerá que concediéndome permiso me facilitaréis en exceso el trabajo, pero si es así, no espero favores especiales.

—Cuando sepas qué hay detrás de todo esto es posible que necesites más de un favor especial —dijo irónicamente el torero—. Personalmente, opino que vas a tener que lidiar con dos toros, no con uno solo, y...

El monje hizo callar al torero.

—Eso tendrá que averiguarlo por sí mismo. —Y su mano se movió hacia el botón.

Qué velocidad, pensó Sterling notando que cruzaba otra vez el sistema solar. Me envían de una forma distinta. Será porque estoy regresando en el tiempo. Y un momento después se encontraba en el aparcamiento de un restaurante de aspecto muy acogedor. Parece que es un sitio muy frecuentado, observó. Desde el exterior pudo ver que había mucho ajetreo en el establecimiento. Para saber dónde estaba, fue andando hasta el final del camino particular y leyó el rótulo: NOR'S PLACE.

Estupendo, pensó. Es el restaurante de la abuela de Marissa. No hacía falta ser Sherlock Holmes para saber que el siguiente paso era entrar en el restaurante y echar una ojeada. Dio media vuelta, subió los escalones, cruzó el porche y se dispuso a abrir la puerta.

Puedo entrar sin abrirla, se dijo a sí mismo. No hace falta que malgaste calefacción. Entró acompañado de una brisa repentina. Dentro había una mujer de unos sesenta años, buena figura, cabellos rubios recogidos atrás con una peineta, sentada aun pequeño escritorio examinando el libro de reservas.

La mujer levantó la vista. Su frente estaba parcialmente tapada por unos mechones rubios.

Una dama muy atractiva, pensó Sterling.

—Juraría que había cerrado la puerta —murmuró Nor Kelly acercándose a él de dos zancadas y cerrando la puerta con firmeza.

—NorNor, ven. Aquí tienes tu café —dijo una voz infantil.

Una voz familiar. Sterling giró en redondo y miró hacia el comedor. Paneles de caoba en las paredes, mesas cubiertas de blanquísimos manteles y provistas de

grandes velas rojas que creaban un ambiente alegre y agradable. Junto a la barra había un piano. Ristras de luces navideñas titilaban en paredes y ventanas, y de fondo se oía una música festiva.

—NorNor —llamó de nuevo la niña.

Sterling paseó la mirada por la sala. En una mesa esquinera justo a la derecha de la puerta había una niña. Estaba mirando hacia donde se encontraba él. ¡Era Marissa! Parecía un poco más pequeña, su pelo un poco más corto, pero la diferencia más notable era que se la veía feliz. Le brillaban los ojos, sonreía, llevaba puesto un conjunto rojo de patinar. Con ella había un hombre muy guapo de ojos azules y pelo oscuro que no tendría treinta años.

Billy Campbell, pensó Sterling. Tiene pinta de actor de cine. Ojalá yo hubiera sido así en vida, pensó. Bueno, tampoco es que tuviera nada de que quejarme.

—Enseguida voy, Rissa —dijo Nor.

Estaba claro que Marissa no le había visto. Por supuesto, pensó Sterling. No hemos de conocernos hasta el año que viene.

Se acercó a la mesa y se sentó delante de la niña. Qué diferente está, pensó con ternura.

Ella y su padre estaban terminando de comer.

En el plato de Marissa había cortezas de un bocadillo caliente de queso. A mí tampoco me gustaba la corteza, recordó Sterling.

—Papá, ¿me dejas ir a la fiesta contigo? —Preguntó Marissa mientras jugaba con la pajita de su refresco—. Me encanta oírlos cantar a ti y a NorNor. Te prometo que no molestaré.

—Tú nunca molestas, Rissa —dijo Billy, revolviéndole el pelo—. Pero, créeme, no es una fiesta para niños.

—Quiero ver cómo es por dentro esa casa tan grande.

—No eres la única —murmuró Billy levantando una ceja—. Mira, en Año Nuevo iremos al Radio City. Será mucho más divertido, te lo aseguro.

—Un niño del colegio dice que los propietarios de esa casa son como los protagonistas de Los Soprano.

Billy se rió.

—Es otro motivo para no llevarte, pequeña.

¿Soprano?, pensó Sterling.

Nor Kelly se sentó en la silla contigua a la de Marissa.

—No olvides que tu otra abuela va a ir a cenar esta noche a casa de tu mamá. Te hacía mucha ilusión verla.

—Va a estar tres días en casa. Ya la veré mañana. No quiero perderme la oportunidad de oírlos cantar a los dos.

—Eres demasiado jovencita para ser una *groupie* —dijo Billy.

¿*Groupie*? Caramba, cuántas palabras nuevas, pensó Sterling.

—Papá, a todo el mundo le encanta tu nueva canción. Vas a ser muy famoso.

—No te quepa duda —le confirmó Nor.

Ya entiendo por qué Marissa los ha echado tanto de menos. Con ellos se encuentra en su elemento. Nor Kelly y Billy Campbell le habían caído bien enseguida. Se nota a la legua que son madre e hijo, pensó, y que Marissa ha heredado de ellos esos ojos azules y esa guapura. Nor y Billy tenían el carisma de unos artistas natos, y Marissa empezaba ya a mostrar indicios de poseer esa misma cualidad.

El restaurante empezaba a vaciarse y la gente se paraba a decir adiós al pasar junto a su mesa.

—Nos veremos en Nochevieja —decían muchos—. No nos perderemos tu fiesta por nada del mundo.

—A esa fiesta sí que voy a ir yo —dijo Marissa con un gesto enfático.

—Hasta las diez —concedió su padre—. Ni un minuto más.

—Y no intentes el truco del año pasado de esconderte detrás de la barra cuando sea la hora —le advirtió Nor—. Por cierto, tu madre llegará de un momento a otro, y tu papá y yo hemos de prepararnos. Dentro de una hora tenemos que estar cantando.

Billy se puso en pie.

—Ahí llega mamá, Rissa.

Denise Ward estaba yendo hacia la mesa.

—Hola, Billy. Qué tal, Nor. Siento llegar tarde —se disculpó—. Tenía que pasar por el súper, y la cola de la caja casi daba la vuelta a la tienda. Pero tengo todo lo necesario para hacer los bizcochos, Marissa.

Ni Denise ni Billy llegaban a los treinta, pensó Sterling. Evidentemente se habían casado muy jóvenes, y, aunque estaban divorciados, daba la impresión de que seguían siendo amigos. Mirándolos a los dos, ella con su casi remilgado traje pantalón y él con sus botas y sus vaqueros negros, no había duda de que no estaban en la misma onda.

Y ciertamente Billy no había sido fiel al proverbio de que todo hombre se casa con su madre.

A Nor Kelly no se le podía acusar de remilgada.

Llevaba un vistoso traje pantalón blanco de cachemira con un pañuelo de seda de llamativo estampado, todo ello aderezado con joyas de fantasía.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Nor.

—Empezando a andar —anunció Denise con orgullo—. El día que Roy Junior dio su primer paso, Roy padre se pasó media noche instalando cancelas por toda la casa.

Sterling creyó detectar que Billy ponía los ojos en blanco. Denise le está diciendo lo apañado que es Roy en casa, pensó. Apuesto a que Billy tiene que oír las hazañas de Roy cada vez que se ve con su ex mujer.

Marissa abrazó a su padre y a su abuela.

—Que lo paséis bien con los Soprano —dijo.

Denise puso cara de sorpresa.

—¿Los Soprano?

—Es broma —se apresuró a decir Nor—. Esta noche actuamos en una fiesta de los hermanos Badgett a beneficio del hogar de pensionistas.

—¿No viven en esa casa tan grande...? —empezó a decir Denise.

—Sí —soltó Marissa—. Y he oído que tienen una piscina cubierta y una pista de bolos.

—Tranquila, te contaremos hasta el último detalle —prometió Billy—. Ven. Vamos a buscar tu chaqueta.

Mientras ellos iban a guardarropía, Sterling se entretuvo un momento en mirar las fotos que había en la pared. Muchas de ellas mostraban a Nor posando con diferentes comensales. Algunas tenían autógrafos de personas que, pensó, debían de ser famosos del momento. Había también fotografías de una despampanante Nor en el escenario, cantando con una orquesta; de Nor y Billy actuando juntos; de Billy y Nor con Marissa.

Sterling comprobó por las fotos más antiguas que Nor debía de haber sido cantante de cabaret.

En algunas se le veía actuando con otra persona. El atril llevaba la inscripción NOR KELLY y BILL CAMPBELL. El padre de Billy, pensó Sterling. ¿Qué habrá sido de él? ¿Cuánto tiempo hará que ella tiene el restaurante? Luego, un póster de una celebración de Nochevieja en el local de Nor con fecha de veinte años atrás le dio la pista de que ella se dedicaba a esto desde hacía mucho.

Marissa se marchó tras un último beso de despedida a Billy y a Nor. Aunque sabía que ella no podía verle, Sterling se sintió un poco decepcionado de que Marissa no hubiera notado su presencia o de que no le hubiera pedido «los cinco».

No seas ridículo, se regañó a sí mismo. Pero cuando vio a Marissa con Billy pensó en el hijo que él habría podido tener si se hubiera casado con Annie.

Billy y Nor corrieron a cambiarse. Para matar el rato, Sterling se acercó a la barra, donde un cliente estaba charlando con el camarero. Se sentó en un taburete cercano. Si aún estuviera vivo, pediría un whisky, pensó. La de tiempo que hace que no tomo uno. El año que viene Marissa me preguntará si yo tengo hambre o sed. En realidad, no tengo deseos de comer ni de beber, pensó, aunque cuando estoy a la intemperie tengo frío, y me siento como encajonado dentro de los coches.

—La Navidad estuvo bastante bien, Dennis —estaba diciendo el cliente—. Pensé que sería un mal trago, mi primera Navidad sin Peggy. La verdad, cuando bajé aquella mañana estaba dispuesto a pegarme un tiro, pero luego me vine aquí y fue como estar en familia.

Que me aspen, pensó Sterling. Pero si es Chet Armstrong, el locutor deportivo. Él estaba empezando en el Canal 11 cuando me dieron el pelotazo final. Entonces era un chaval larguirucho, pero por la manera que tenía de dar las noticias deportivas te parecía que cada partido era crucial. Ahora es corpulento, tiene el pelo blanco, y la cara de un hombre que ha pasado mucho tiempo a la intemperie.

—Casi me sentí culpable de que al final el día de Navidad resultara tan placentero —prosiguió Armstrong—, pero sabía que Peggy me estaría sonriendo desde el cielo.

Me pregunto si Peggy tuvo que aguardar en la sala de espera celestial, pensó Sterling. Deseó que Chet sacara su cartera. Quizá llevaba una fotografía de ella.

—Peggy era una mujer estupenda —dijo Dennis, un obeso pelirrojo de grandes y ágiles manos, mientras sacaba brillo a unos vasos e iba sirviendo lo que los camareros le dejaban sobre la barra en unos papelitos. Sterling reparó en que Armstrong desviaba la vista hacia una de las fotos enmarcadas que había detrás de la barra. Se inclinó para verla mejor. Era una foto de Nor con Chet Armstrong, que rodeaba con el brazo a una mujer menuda que no podía ser otra que Peggy.

Pues la conozco, pensó Sterling. Estaba un par de filas más atrás en la sala de espera. Claro que no estuvo allí el tiempo suficiente para conocerla mejor.

—Peggy tenía mucha gracia, pero cuidado con lo que le decías —recordó Chet entre risas.

Ah, por eso la hicieron esperar, pensó Sterling.

Tenía mal genio.

—Sé que te parecerá imposible —dijo Dennis en tono de padre confesor—, pero estoy seguro de que algún día encontrarás a alguien. Todavía tienes mucho tiempo por delante.

Sí, pensó Sterling, pero vigila con quién juegas al golf.

—Cumplí setenta en marzo pasado, Dennis.

—Hoy día, eso es ser joven.

Sterling meneó la cabeza. Yo tendría noventa y seis; a mí nadie me acusaría de ser un jovenzuelo.

—¿Cuántos años llevas aquí, Dennis? —preguntó Chet.

Gracias, Chet, pensó Sterling, confiando en que la respuesta de Dennis le diera una buena pista sobre el estado de las cosas.

—Nor abrió este local hace veintitrés años. Bill murió cuando Billy empezaba a ir al colegio. Ella ya no quería seguir actuando por ahí. Yo la conocía de un club de Nueva York. Al cabo de siete meses, me telefoneó. Había pillado a su primer camarero con la mano en la caja. Mi mujer quería mudarse y nuestros hijos tenían casi edad escolar. Desde entonces no me he movido de aquí.

Sterling vio por el rabillo del ojo que Billy y Nor se disponían a salir. Estoy fallando, pensó, y se apresuró a darles alcance cuando ya estaban en el aparcamiento.

No le sorprendió comprobar que Billy y Nor tenían uno de aquellos pequeños camiones. Debía de ser la moda. Sonrió al pensar en Marissa entrando en el sobrio automóvil de Roy. Como a cualquier crío, le fastidiaba que sus amigos pudieran asociarla con algo aburrido o soso.

Montó en el asiento de atrás mientras Billy accionaba la llave del encendido. Luego miró las cajas que tenía detrás, y que parecían ser equipo musical. Si supieran que llevan a un *groupie* en el asiento de atrás, rió para sus adentros.

Una vez sentado, estiró las piernas. No añoro estar encajonado entre dos asientos de bebé, pensó. Le hacía ilusión ir a la fiesta. En la fiesta que hubo la víspera de aquella última partida de golf, habían estado poniendo discos de Buddy Holly y de Doris Day. Sería divertido si Nor y Billy las cantaran, pensó.

El coche cruzó las calles cubiertas de nieve de Madison Village. Me recuerda a Currier and Ives, pensó Sterling contemplando las casas bien cuidadas, muchas de ellas adornadas con luces navideñas de buen gusto. Todas las puertas tenían su corona de acebo. Por las ventanas de los salones se podían ver alegres árboles navideños.

Al pasar frente a un jardín, la visión de un bonito nacimiento con figuras exquisitamente talladas le provocó una sonrisa triste.

Después pasaron frente a una casa con una docena de ángeles de plástico a tamaño natural haciendo cabriolas por el césped. Ese creído que vigila la sala del Consejo Celestial tendría que verlo, pensó.

Divisó el Long Island Sound. Siempre me gustó la costa norte de la isla, reflexionó mientras estiraba el cuello para ver el agua, pero han construido muchísimo desde mi época.

Nor y Billy se estaban riendo de los intentos que Marissa había hecho de acompañarlos para poder ver con sus propios ojos la gran mansión.

—Es muy espabilada —dijo Billy con orgullo paterno—. Ha salido a ti, mamá. Siempre con la oreja pegada al suelo, para no perderse nada.

Nor estuvo de acuerdo.

—Yo prefiero decir que tiene un saludable interés por su entorno. Eso demuestra lo lista que es.

Sterling se desanimó al escucharlos. Sabía que las vidas de aquellas personas estaban a punto de cambiar y que muy pronto estarían separados de la niña que ahora era el centro de sus vidas.

Le habría gustado tener la facultad de impedirlo.

Siempre que Junior y Eddie Badgett daban una fiesta en su mansión, Junior tenía un ataque de nervios. Ya estamos otra vez, pensó Charlie Santoli mientras seguía a los hermanos, el bate de béisbol y la pelota de baloncesto. El primero, Junior, tenía unos ojos pequeños y fríos; el segundo, Eddie, siempre se echaba a llorar cuando hablaba de mamá, pero era duro como la roca para todo lo demás.

En aquellos momentos, la actividad era la habitual antes de un acontecimiento de aquellas características. Había floristas por toda la casa, organizando los arreglos florales. El equipo del catering estaba preparando el bufet libre. Jewel, la novia de Junior, una cabeza de chorlito de veintidós años, se tropezaba a cada momento sobre sus tacones de aguja, chocando con todo el mundo. Los ayudantes de Eddie y Junior, incómodos con americana y corbata, estaban agrupados y parecían lo que eran: simples matones.

Antes de salir de la casa, Charlie había tenido que escuchar otro sermón más de su mujer acerca de los hermanos Badgett.

—Son un par de malhechores, Charlie —le había dicho—. Todo el mundo lo sabe. ¿Por qué no les dices que ya no quieres ser su abogado? Que hayan hecho una nueva sección en el hogar de jubilados no significa nada. No ha sido con su dinero. Mira, hace quince años te dije que no te relacionaras con ellos. ¿Me hiciste caso? No. Tendrás suerte si no acabas metido en el maletero de un coche. Renuncia. Ganas suficiente dinero. Tienes sesenta y dos años, y estás tan nervioso que te agitas en sueños. Quiero que nuestros nietos te conozcan en vida, no que tengan que besar tu foto antes de acostarse.

Era inútil tratar de explicarle a Marge que él no podía hacer nada. Había intentado limitarse únicamente a los negocios legítimos de los Badgett. Lamentablemente, sin embargo, había aprendido que cuando uno se acuesta con perros, se levanta lleno de pulgas, y en numerosas ocasiones le habían presionado para que sugiriera a potenciales testigos que les convenía —económica y físicamente— olvidarse de ciertos hechos. De ese modo había conseguido evitar que los hermanos Badgett fueran condenados por diversas actividades delictivas, tales como practicar la usura, amañar partidos de béisbol y organizar apuestas ilegales. De modo que tanto si se negaba a hacer lo que le pedían como si dejaba de trabajar para ellos, el resultado era como suicidarse.

Hoy, en razón de la magnitud de su donativo al hogar de jubilados, un ala que había costado dos millones de dólares, habían conseguido invitar a toda una lista de personajes de primera categoría para celebrar el ochenta y cinco aniversario de su madre ausente. Senadores de Nueva York, el comisario de Sanidad y Recursos Humanos, diversos alcaldes y dignatarios, y toda la junta del hogar de jubilados se reuniría allí. Solo la junta incluía ya algunos de los nombres más destacados de Long

Island.

En conjunto, unas setenta y cinco personas estarían presentes, la clase de personas que podían dar a los Badgett el aura de respetabilidad que tanto necesitaban.

Era, pues, crucial que la fiesta fuera un éxito.

La principal atracción tendría lugar en el gran salón, una estancia que combinaba diversos aspectos de un palacio real francés, larguiruchas sillas doradas, mesas de palisandro, cortinajes de raso, tapices, y presidiéndolo todo la reproducción de un altísimo hogar de mármol del siglo xv, atiborrado de querubines, unicornios y piñas tropicales. Junior había dicho que las piñas «simbolizaban muchísima suerte», y había dado instrucciones al decorador para que hubiera abundantes piñas en la reproducción y que se dejara de artilugios.

El resultado: una sala que era un monumento al mal gusto, pensaba Charlie, y ya se imaginaba cómo iba a reaccionar la *jet-set*.

Estaba previsto que la fiesta comenzara a las cinco y terminara a las ocho. Combinados, entremeses y un suntuoso bufet libre estaban ya a punto. La música la pondrían Billy Campbell, el prometedor cantante de rack, y su madre, Nor Kelly, antigua estrella de cabaret. Ambos eran muy populares en la costa norte de Long Island. El punto álgido de la velada tendría lugar a las siete y media, cuando vía satélite desde Valonia, la madre de los hermanos Badgett haría acto de presencia para oír cómo le cantaban «Cumpleaños feliz, Heddy-Anna».

—¿Seguro que hay comida suficiente? —le estaba preguntando Junior al jefe del catering.

—Tranquilo, señor Badgett, ha encargado comida para todo un ejército. —Conrad Vogel sonrió como si no se lo tomara en serio.

—No te he pedido que des de comer a un ejército. Quiero saber si hay de todo en cantidad suficiente para que si a alguien le gusta una cosa y se come una tonelada entera, luego no vayáis diciendo que se ha terminado.

Charlie Santoli vio encogerse de miedo al jefe del catering bajo la mirada glacial de Junior Badgett. Cuidado con Junior, amigo, pensó.

Conrad Vogel captó rápidamente el mensaje.

—Señor Badgett, le aseguro que la comida es extraordinaria y que sus invitados van a quedar plenamente complacidos.

—Más te vale.

—¿Y el pastel de mamá? —preguntó Eddie—. Espero que sea perfecto.

Unas gotitas de sudor asomaron al labio superior de Conrad Vogel.

—Ha sido confeccionado por la mejor pastelería de Nueva York. Sus productos son tan buenos que uno de nuestros clientes más exigentes los utilizó para sus cuatro bodas. El pastelero jefe está aquí en persona, por si hiciera falta algún ligero retoque después de que abran el embalaje.

Junior apartó a Vogel y fue a mirar el retrato de Heddy-Anna, la madre, que iba a ser formalmente entregado a los representantes del hogar de jubilados para que ocupara un lugar de honor en la recepción de la nueva ala del centro. Pintado por un artista de Valonia, una galería de Nueva York se había encargado de hacer el marco. Junior había dado precisas instrucciones telefónicas al retratista: «Pinte a mamá como la bella mujer que es».

Charlie había visto fotografías de la «Mama».

La figura de una apuesta matrona vestida de terciopelo negro y luciendo ristras de perlas no guardaba, gracias a Dios, el menor parecido con ninguna de ellas. El artista había sido generosamente recompensado por sus servicios.

—Ha quedado bastante guapa —concedió Junior. Al instante, su fugaz satisfacción se evaporó—. ¿Dónde están esos a los que pago para que canten? Ya deberían haber llegado.

Jewel se le había acercado por detrás. Colgándose de su brazo dijo:

—Acabo de ver su coche delante de la casa, cielito. No te preocupes por ellos. Son realmente buenos.

—Más te vale. Tú me los recomendaste.

—Si ya los has oído cantar, querido. ¿Recuerdas que te llevé a cenar a Nor's Place?

—Ah, sí. No están mal. Buen restaurante, buena comida, buena situación. No me importaría nada ser el propietario. Vamos a ver la tarta.

Con Jewell todavía del brazo, su melena pelirroja rozándole los hombros y su micro minifalda que apenas le llegaba a los muslos, Junior encabezó la inspección a la cocina. El pastelero jefe, tocado por el altísimo sombrero blanco, estaba junto a la imponente tarta de cumpleaños.

Al verlos llegar, su cara se iluminó de orgullo.

—Impresionante, ¿verdad? —Dijo, besándose las yemas de los dedos—. Una obra maestra. Es lo mejor de toda mi carrera. Un tributo a su querida madre. Ah, y el sabor. Un sabor divino. Los invitados se relamerán con cada mordisco.

Junior y Eddie se acercaron con reverencia para contemplar la obra maestra pastelera. Luego, casi a la vez, empezaron a gritar:

—¡Estúpido!

—¡Gilipollas!

—¡Majadero!

—¡Es Heddy-Anna, no Betty-Anna! —Le espetó Eddie—. ¡Mamá se llama Heddy-Anna!

El pastelero puso cara de incrédulo, arrugó la nariz y frunció el ceño, diciendo:

—¿¿¿Heddy-Anna???

—¡No te atrevas a burlarte del nombre de mamá! —chilló Eddie, y acto seguido

sus ojos se llenaron de lágrimas.

Que no salga mal nada más, rezó Charlie Santoli, A esos dos les podría dar algo.

A Hans Kramer le supuso un esfuerzo supremo el mero hecho de iniciar el trayecto de quince minutos en coche desde su casa en Syosset hasta la mansión de los Badgett en Long Island Sound. ¿Por qué demonios se me ocurrió pedirles prestado?, se preguntó por enésima vez mientras se incorporaba a la autopista. ¿Por qué no me declaré en quiebra y acabé con todo?

Directivo del ramo de la electrónica, Hans había dejado su empleo con cuarenta y seis años, había cogido el dinero de su prejubilación y todos sus ahorros e hipotecado la casa para abrir una puntocom dedicada a la venta de software que él mismo diseñaba. Tras unos prometedores inicios, con un aluvión de pedidos y el almacén repleto de material, la industria tecnológica había caído en picado.

A partir de ahí, una cancelación tras otra. Desesperadamente necesitado de fondos, y en un último esfuerzo por mantener el negocio a flote, había aceptado un préstamo de los hermanos Badgett. Por desgracia, hasta el momento no le había servido de nada.

Es absolutamente imposible que pueda reunir los doscientos mil dólares que me prestaron, y no digamos ya el cincuenta por ciento de intereses que ellos añadieron a la suma, se dijo desesperado.

Cómo se me ocurrió tener tratos con ellos. Pero es verdad, razonó, que tengo una estupenda línea de productos. Si puedo mantenerme un poco, la situación cambiará; solo que ahora he de convencer a los Badgett de que me dejen renovar el pagaré.

Desde que habían empezado sus dificultades financieras, Hans Kramer había adelgazado seis kilos; su cabello castaño empezaba a encanecer.

Sabía que su mujer, Lee, estaba muy preocupada por él, aunque ella no sabía hasta qué punto la situación era apurada. Hans no le había dicho nada acerca del préstamo, pero sí que necesitaban reducir gastos. En efecto, ya casi no iban nunca a cenar fuera.

La siguiente salida de la autopista llevaba hasta la mansión Badgett. Hans notó que le empezaban a sudar las manos. Qué petulante fui. Me vine de Suiza cuando tenía doce años y sin hablar una palabra de inglés. Me licencié por el Instituto Tecnológico de Massachusetts con excelentes notas y creí que me iba a comer el mundo. Y así fue, brevemente. Creía ser inmune al fracaso.

Cinco minutos después se aproximaba a la finca de los Badgett. La verja estaba abierta. Había una cola de coches esperando ser admitidos por un guardia de seguridad al pie del largo y sinuoso camino de entrada. Evidentemente, los Badgett celebraban una fiesta.

Hans se sintió aliviado y decepcionado a la vez.

Telefonearé dejando un mensaje, pensó. Quizá, solo quizá, me concederán una prórroga.

Mientras daba la vuelta, intentó hacer caso omiso de la voz que le advertía de que la gente como los Badgett nunca concede prórrogas.

Sterling, Nor y Billy entraron por la puerta trasera de la mansión a tiempo de oír los insultos que estaba recibiendo el pastelero jefe. Sterling se apresuró hacia la cocina para ver qué estaba pasando y encontró al pastelero arreglando algo en las letras de la tarta de cumpleaños.

¿Se habrá equivocado con la edad?, se preguntó. Una vez había estado en una fiesta donde la hija de doce años había preparado un pastel sorpresa para su madre. Al ver el pastel, con todas las velas encendidas, la madre había estado a punto de desmayarse. La edad que tantos esfuerzos le había costado ocultar aparecía allí en letras de color fucsia coronando la tarta de vainilla. Sterling recordaba haber pensado que el que no sabe leer siempre puede contar. No fue muy caritativo de mi parte, se dijo.

Por fortuna el error de este pastelero no era grande. Con unos cuantos pases del cepillo de repostero, cambió Betty-Anna por Heddy-Anna.

Nor y Billy habían acudido a la cocina al oír el tumulto.

—Tú procura no cantar «cumpleaños feliz, Betty-Anna» —le dijo Nor a Billy por lo bajo.

—Ganas no me faltan, pero mi intención es salir de aquí con vida.

Sterling les siguió camino del salón. Nor pasó los dedos por el piano; Billy sacó su guitarra del estuche, y ambos probaron los micrófonos y el equipo de sonido.

Charlie Santoli era el responsable de darles la lista de canciones favoritas de los dos hermanos.

—No quieren que toquen tan fuerte que la gente no pueda ni pensar —dijo nervioso.

—Somos músicos. Aquí no berrea nadie —le espetó Nor.

—Pero cuando la madre aparezca vía satélite, ustedes llevarán la voz cantante, y ahí sí que tendrán que emplearse a fondo.

Sonó el timbre y la primera oleada de invitados irrumpió en el salón.

A Sterling siempre le había gustado estar con gente. Observó a los invitados a medida que entraban, y se dio cuenta de que había varias personas muy importantes.

Su impresión general fue que estaban allí más que nada por la magnitud de la donación al hogar de jubilados, y que después de la fiesta no tardarían en olvidarse de los hermanos Badgett.

Algunos, sin embargo, se detuvieron para admirar el retrato que iba a presidir la nueva ala del centro.

—Su madre es una mujer muy hermosa —dijo la presidenta de la junta directiva de la institución, señalando el retrato con un gesto de cabeza—. Se la ve tan digna, tan elegante. ¿Viene a verlos a menudo?

—Mi querida madre no es buena viajera —le dijo Junior.

—Mamá se marea en los barcos y en los aviones —lamentó Eddie.

—Entonces, Supongo que la irán a ver ustedes a Valonia —sugirió la presidenta. Charlie Santoli acababa de reunirse con ellos.

—Naturalmente, y con toda la frecuencia que les es posible —afirmó.

Sterling meneó la cabeza. No está diciendo la verdad.

Billy y Nor atacaron la primera canción e inmediatamente fueron rodeados por un público atento. Nor era una gran intérprete con una voz atractiva y ronca. Billy, sin embargo, era excepcional. Sterling se dedicó a escuchar los comentarios de la gente.

—Es el nuevo Billy Joel...

—Seguro que triunfará...

—Y es guapísimo —dijo arrobada la hija de uno de los miembros de la junta.

—Billy, cántanos «Be There When I Awake».

La petición suscitó una espontánea ovación.

Moviendo suavemente los dedos por el mástil de su guitarra, Billy empezó a cantar: «*I know what I want... I know what I need*».

Debe de ser su último éxito, pensó Sterling.

Suena muy bien, incluso para mis trasnochados oídos.

Gracias a la música, el ambiente se relajó un poco. Los invitados empezaron a participar activamente en la fiesta: los vinos eran excelentes, la comida espectacular.

A eso de las siete y cuarto, los hermanos Badgett estaban radiantes. La fiesta estaba siendo un éxito. Y ellos triunfaban.

En un momento dado, Junior cogió el micrófono y se aclaró la voz.

—Quiero darles a todos la bienvenida; mi hermano y yo esperamos que lo estén pasando muy bien. Es un placer tenerlos como invitados en esta casa, y nos causa una grandísima felicidad haberles dado el dinero, quiero decir, haber hecho donación del dinero para la nueva ala del hogar de jubilados que recibirá el nombre de Mama Heddy-Anna, para celebrar el ochenta y cinco cumpleaños de nuestra querida madre. Y ahora, gracias al milagro del satélite, desde el histórico pueblo de Kizkek donde nos criamos mi hermano y yo, nuestra madre aparecerá en la pantalla. Mamá se quedó levantada hasta muy tarde porque se siente muy honrada.

Ahora, les pido a todos que canten con nosotros el «Cumpleaños feliz». Nuestros maravillosos Billy Campbell y su madre, Nor Kelly, nos darán el tono.

Hubo algunos aplausos aislados. Sacaron la tarta sobre un carrito, con las velas ya encendidas.

La pantalla de tres metros descendió del techo, y al momento la cara avinagrada de Mama Heddy-Anna ocupó todo el espacio.

Estaba sentada en su mecedora, sorbiendo una copita de grappa.

Eddie se echó a llorar. Junior mandó besos a la pantalla mientras los invitados cantaban obedientes el «Cumpleaños feliz» en valonio, guiándose por unas partituras

marcadas fonéticamente.

Con los carrillos hinchados como dos globos rojos, Mama sopló las velas del pastel que sus hijos le habían mandado en vuelo chárter a Valonia. Fue ahí cuando quedó en evidencia que la anciana había ocupado sus horas de vigilia bebiendo más de la cuenta. En un inglés chapurreado empezó a insultar, a quejarse en voz alta de que sus hijos no iban a verla nunca y de que no se encontraba nada bien.

Junior bajó rápidamente el volumen, pero no antes de que ella gritara:

—¿Qué canalladas estaréis haciendo, que no podéis venir a ver a vuestra madre antes de que muera? En todos estos años, no lo habéis hecho ni una sola vez.

Billy y Nor arrancaron inmediatamente con otra vigorosa ronda de «Cumpleaños feliz». Esta vez, sin embargo, nadie careó, y la retransmisión se cerró con la impagable imagen de la Mama haciéndoles carantoñas a sus retoños y a los invitados, mientras le daba un ataque de hipo.

La risa de Jewel sonó como un trino agudísimo.

—¿Verdad que tiene un gran sentido del humor? Es que me encanta.

Junior la hizo a un lado y salió en tromba de la sala. Eddie le siguió los pasos.

—Esto es una catástrofe —le susurró Nor a Billy—. ¿Qué hacemos? Nos habían dicho que cantáramos «Es una chica excelente» mientras los invitados comían la tarta.

—Y luego el popurrí de canciones sobre madres, empezando con aquella de «*I always loved my mama, she's my favourite girl...*».

—Será mejor que vayamos a preguntar qué quieren que hagamos. No quiero arriesgarme a suponer nada —dijo Nor, mirando las caras de pasmo de los invitados que había en la sala.

Mientras se apresuraba a seguir a Nor y Billy, Sterling presintió que la cosa iba a acabar mal. Junior y Eddie estaban entrando en una habitación que había al fondo del pasillo.

Billy y Nor corrieron para darles alcance, y Billy llamó a la puerta que se acababa de cerrar. Al no obtener respuesta, él y Nor se miraron.

—Vamos a ver qué pasa —susurró Nor.

¿Por qué no os marcháis?, pensó Sterling angustiado, pero sabía que era un año demasiado tarde para eso.

Billy giró el tirador y abrió la puerta con cautela. Entraron a lo que parecía ser una pequeña sala de recepción: estaba vacía.

—Aquí no hay nadie —dijo Nor en voz baja, y señaló hacia otra dependencia que podía verse a través de una puerta entornada—. Quizá sería mejor...

—Espera. Están escuchando el contestador automático.

Una voz electrónica anunció: «Tiene usted un mensaje nuevo».

Nor y Billy dudaron, sin saber si aguardar o marcharse, pero el mensaje que

podieron oír los dejó de una pieza.

Era un ruego de alguien que parecía desesperado, un hombre que imploraba una «prórroga» para devolver el dinero que le habían prestado.

El contestador hizo clic y se desconectó, y entonces oyeron a Junior gritar:

—No hay prórrogas que valgan, amigo. Eddie, manos a la obra. Di a los chicos que le peguen fuego a ese apestoso almacén, y que sea ahora mismo. No quiero que mañana siga en pie.

—Tranquilo, no quedarán ni las cenizas —dijo Eddie en un tono mucho más alegre, como si ya no se acordara de su mamá.

Billy se llevó un dedo a los labios. Con mucho sigilo, él y Nor salieron de la habitación y apresuraron el paso...

—Recojamos nuestras cosas —dijo Billy—. Nos largamos de aquí.

En lo que no se fijaron, pero sí Sterling, fue en que Charlie Santoli, que estaba al otro extremo del pasillo, los había visto salir del despacho.

La sala de espera estaba repleta de recién llegados que trataban de adaptarse al nuevo entorno. El ángel había recibido orden de colgar un enorme rótulo de NO MOLESTAR en la puerta de la sala de conferencias. Había ocurrido varias veces que ciertos altos ejecutivos, nada habituados a esperar, habían exigido una entrevista cuando el ángel les daba la espalda.

En la sala, el Consejo Celestial estaba siguiendo las actividades de Sterling con gran interés.

—¿Os habéis fijado en lo triste que parecía cuando Marissa ni siquiera notó su presencia en el restaurante? —Dijo la monja—. El pobre estaba muy afligido.

—Era una de las primeras lecciones que queríamos que aprendiese —afirmó el monje—. Durante su vida, muchas personas le pasaron desapercibidas, demasiadas. Las miraba sin verlas.

—¿Os parece que Heddy-Anna aparecerá pronto por nuestra sala de espera?, —preguntó el pastor. Les ha dicho a sus hijos que se estaba muriendo.

La enfermera sonrió:

—Ha utilizado un truco de manual para hacer que sus hijos vayan a verla. Está fuerte como un toro.

—Pues no me gustaría vérmelas con ella en el ruedo —comentó irónico el torero.

—Ese abogado está en un verdadero apuro —dijo la santa que le había recordado a Pocahontas—. A menos que tome una decisión drástica, cuando le llegue la hora no va a poder hablar con nosotros.

—El pobre Hans Kramer está desesperado —observó la monja—. Los hermanos Badgett no tienen piedad.

—Su sitio está en el calabozo —sentenció el almirante.

—¿Lo habéis oído? —dijo la reina, perpleja—. Van a prender fuego al almacén de ese pobre hombre.

Los santos se quedaron callados y reflexionaron tristemente sobre la inhumanidad del hombre para con el hombre.

Los asistentes corrieron frenéticamente a entregar los coches a los invitados que salían en tromba de la casa. Sterling se apoyó en un pilar del porche, empeñado en oír las reacciones de los que partían.

—¡Qué espectáculo!

—Que les devuelvan el dinero. Ya pondré yo los dos millones de esa ala —dijo una señora mayor.

—Me ha recordado la película *Tira a mamá del tren*. Es lo que esos dos están pensando ahora mismo, me juego algo —dijo con sorna el marido de una miembro de la junta.

—Al menos la comida era buena —terció alguien.

—Os habéis fijado en que no han vuelto a pisar Valonia desde que se fueron. Y no me extraña.

—Has visto la pinta que tenía la madre, ¿eh?

Sterling advirtió que los dos senadores estaban gritando a sus respectivos ayudantes mientras salían de allí. Probablemente les preocupaba que pudieran aparecer en la prensa amarilla por haber acudido a la fiesta de unos mafiosos, pensó Sterling. Si supieran lo que Junior piensa hacerle a ese pobre hombre... Estaba impaciente por montar en el coche de Nor y Billy y oír sus comentarios sobre todo lo que había sucedido.

Un invitado, que sin duda se había endosado tantos vodkas como grappa la madre de los Badgett, empezó a cantar el «Cumpleaños feliz» en valonio, pero no tenía la partitura marcada fonéticamente y pasó a hacerla en inglés. Se le sumaron otros invitados, a quienes tampoco les iba ni les venía.

Sterling oyó a uno de los criados preguntar a alguien si su coche era un monovolumen. ¿Qué será eso?, se preguntó Sterling. Momentos después el ayudante regresaba montado en uno de aquellos pequeños camiones. Ah, entonces es eso, pensó Sterling. ¿Qué significará monovolumen?

El monovolumen de Billy estaba aparcado en la parte de atrás. No quiero que se me escapen, pensó Sterling. Dos minutos después, cuando aparecieron Nor y Billy cargados con su equipo, él ya estaba en el asiento de atrás.

Por las caras que ponían, era evidente que estaban muy preocupados.

Sin decir palabra, cargaron el coche, montaron y se sumaron a la cola de vehículos que enfilaba ya el camino particular. No abrieron la boca hasta que estuvieron en la carretera. Entonces Nor preguntó:

—Billy, ¿tú crees que decían en serio lo de quemar ese almacén?

—Seguro que sí, y tenemos suerte de que no sepan que lo hemos oído.

Oh, pensó Sterling. El abogado de los Badgett —¿cómo se llamaba? Sí, Charlie Santoli— os ha visto salir del despacho. Si se lo cuenta a los hermanos, estáis listos.

—Todo el rato tengo la impresión de que ya había oído esa voz, la que dejó el mensaje en el contestador —dijo Nor despacio—. ¿Te has fijado en el acento, Billy?

—Ahora que lo dices, sí —concedió él—. Pero pensaba que el tipo estaba tan nervioso que no le salían las palabras.

—No era eso. Quizá tiene algún defecto de pronunciación. Yo creo que ha estado alguna vez en el restaurante. Ah, si pudiera recordar quién es, podríamos ponerle sobre aviso.

—Cuando lleguemos al restaurante, telefonearé a la policía —dijo Billy—. No quiero utilizar el móvil.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio.

Sterling compartía su nerviosismo en el asiento de atrás.

Eran casi las nueve cuando entraron en Nor's Place. El local estaba atestado. Nor trató de saludar a la gente sin entretenerse. En el mismo momento, ella y Billy divisaron a uno de sus viejos amigos, Sean O'Brien, inspector retirado, que estaba sentado a la barra.

Billy y Nor se miraron.

—Vaya pedirle que se siente con nosotros. Él sabrá lo que hay que hacer —propuso Billy.

Con una sonrisa forzada, Nor fue a sentarse a su mesa de siempre. Desde allí podía supervisar el negocio y saludar a su clientela. Sterling se sentó con ella en la misma silla que había ocupado unas horas antes.

Billy se acercó a la mesa acompañado de Sean O'Brien, un tipo fornido de cincuenta y tantos años, con una buena mata de pelo castaño entrecano, unos ojos despiertos y una sonrisa simpática.

—Felices fiestas, Nor —empezó, e inmediatamente presintió que algo andaba mal—. ¿Qué ocurre? —preguntó de sopetón mientras tomaba asiento.

—Los hermanos Badgett nos habían contratado para una fiesta que daban esta tarde —empezó Nor.

—¿Los hermanos Badgett? —O'Brien arqueó una ceja, y escuchó con atención lo que le contaban sobre el mensaje en el contestador automático y la respuesta de Junior Badgett.

—La voz me sonaba —dijo Nor—. Estoy segura de que ese hombre ha venido aquí alguna vez.

—Los federales llevan años tratando de cazar a esos dos, Nor. Son más escurridizos que un pescado en aceite de oliva. Dos auténticos criminales. Si era una llamada local, no me extrañaría que mañana los periódicos hablen de un almacén consumido por el fuego.

—¿Podemos hacer algo para impedirselo? —preguntó Billy.

—Yo puedo avisar a los federales, pero esta gente casi no da abasto. Sabemos a ciencia cierta que tienen gente apostada en Las Vegas y Los Ángeles. Ese mensaje pudo venir de cualquier parte, pero independientemente de eso, el almacén no tiene por qué estar en esa zona.

—Yo no sabía que los Badgett eran tan mala gente —dijo Billy—. Uno oye rumores, pero que yo sepa tienen concesionarios de coches y de yates...

—Sí, poseen una docena de negocios legales —dijo O'Brien—. Es su manera de blanquear el dinero. Haré algunas llamadas. Los federales querrán tenerlos bajo vigilancia, pero esos tipos nunca se ensucian las manos.

Nor se frotó la frente. Parecía preocupada.

—Ya sé por qué me sonaba esa voz. Un momento. —Hizo señas a un camarero—. Sam, dile a Dennis que venga. Tú ocúpate de la barra.

O'Brien la miró.

—Es mejor que nadie sepa que oísteis esa conversación.

—Confío plenamente en Dennis —dijo Nor.

La mesa se está llenando, pensó Sterling. Tendré que levantarme. Notó que alguien apartaba la silla y se puso en pie de un salto. No quería que Dennis se sentara en su regazo.

—... y, Dennis, estoy segura de haber oído esa voz aquí en el restaurante —concluyó Nor minutos después—. Tenía un acento especial. Sí, pudo ser cosa de los nervios, pero he pensado que quizá viene de vez en cuando y charla contigo en la barra.

Dennis negó con la cabeza.

—No se me ocurre quién puede ser. Pero hay una cosa: si ese Badgett hablaba en serio cuando decía lo de quemar un almacén, a ese tipo le va a cambiar el acento de golpe.

Todos rieron nerviosos.

Tratan de utilizar el humor para disimular que están muy inquietos, pensó Sterling. Si los hermanos Badgett son como los ha pintado O'Brien, y si Nor y Billy han de testificar sobre esa llamada... Pobre Marissa. Estaba tan contenta hoy.

O'Brien se levantó.

—He de hablar por teléfono —dijo—. ¿Puedo usar tu despacho, Nor?

—Desde luego.

—Tú y Billy venid conmigo. Quiero que os pongáis al teléfono y expliquéis exactamente lo que habéis oído.

—Yo vuelvo a la barra —dijo Dennis, retirando la silla.

Si yo estuviera vivo, esa silla me habría aplastado el dedo gordo, pensó Sterling.

—Nor, creía que tú y Billy ibais a hacer una actuación especial esta noche —dijo un cliente de una mesa cercana—. Hemos venido solo para oíros cantar.

—Descuida —dijo Nor sonriendo—. Dentro de quince minutos estamos aquí.

En el despacho, O'Brien telefoneó a su contacto del FBI, y Nor y Billy contaron lo que habían oído casualmente. Después, Nor se encogió de hombros.

—Esto es lo que hay. A menos que pueda recordar a quién pertenece esa voz, yo no les sirvo de nada.

Sonó el móvil de Billy.

—Es Rissa —dijo mientras miraba el código de la llamada. Su expresión se serenó—. Hola, nena... Acabamos de llegar... No, no hemos visto la piscina ni la pista de bolos... Bueno, yo no diría que son como los Soprano.

—Yo sí —murmuró Nor.

—Sí, cantamos lo de siempre... —Billy se rió—. Pues claro que hemos estado sensacionales. No paraban de pedirnos más. Escucha, NorNor se pone un momento, y luego te vas a la cama. Hasta mañana. Un beso muy grande.

Le pasó el móvil a Nor y se volvió a O'Brien.

—Ya conoces a mi hija, ¿verdad?

—Claro. Yo pensaba que era la dueña de esto.

—Ella cree que sí.

Nor dio las buenas noches a Marissa y compuso una sonrisa triste mientras cerraba el teléfono y se lo pasaba a su hijo. Luego miró a O'Brien.

—Me pregunto si ese pobre hombre que pedía más tiempo para devolver un préstamo tendrá una familia que mantener.

Billy le rodeó los hombros con el brazo y le dio un achuchón.

—Estás cansada, mamá, y siento decirlo, pero tu público espera...

—Lo sé. Hemos de salir. Dame un minuto para que me arregle el maquillaje.

O'Brien se metió la mano en el bolsillo.

—Tomad mi tarjeta. Si se os ocurre algo nuevo, llamadme a cualquier hora. Le daré otra a Dennis.

Hacia las nueve y media, cuando Nor y Billy empezaron su actuación, no había una sola mesa libre en el restaurante. Hicieron dos pases de media hora, uno a las nueve y media y otro a las once, para la parroquia noctámbula.

Son muy profesionales, pensó Sterling. Nadie diría que algo les está preocupando. En cuanto terminó su actuación, Nor se metió en su oficina llevando consigo los libros de reservas de los dos años anteriores. Sterling se sentó con ella mientras Nor repasaba la lista de nombres pronunciándolos en voz alta.

En varias ocasiones se detuvo a repetir un nombre, luego meneaba la cabeza y seguía leyendo. Está intentando ver si le viene a la cabeza el nombre del tipo cuya

voz oyeron en casa de los Badgett, pensó Sterling.

La expresión de Nor era cada vez más ceñuda.

Al rato miró su reloj y se levantó de un salto, abrió el bolso y sacó su polvera. En unos segundos se había empolvado ligeramente la cara, retocado los ojos y los labios. Se quitó la peineta y agitó la cabeza para soltarse el pelo. Sterling se quedó muy asombrado de ver la destreza con que retorció sus largos mechones y se los volvía a subir para prenderlos de nuevo.

—Cualquiera sale con esta pinta —dijo en voz alta—, pero el espectáculo debe continuar.

Pero si estás guapísima, quiso protestar Sterling. Eres una mujer muy hermosa.

Nor soltó un rápido suspiro al llegar a la puerta, pero momentos después era toda sonrisa mientras se detenía en cada mesa para intercambiar unas palabras con la clientela.

El restaurante está lleno, notó Sterling, y es evidente que son todos habituales. Están encantados de poder hablar un momento con Nor. Caramba, se le da muy bien. La oyó preguntar por la madre de uno, por las vacaciones de otro; luego felicitó a una pareja que acababa de fijar la fecha de su boda.

El Consejo Celestial no podrá decirle que no prestó atención a los demás, pensó Sterling. De eso no hay duda. Lástima que yo no fuera más como ella.

Billy estaba conversando con un hombre y una mujer en una mesa al fondo. Sterling decidió sintonizar. Espero que no venga nadie más a la mesa, pensó mientras se sentaba en una silla vacía. Al enterarse de qué iba la conversación, Sterling arqueó las cejas. Aquellas personas eran ejecutivos de la discográfica Empire y querían firmar un contrato con Billy.

El hombre estaba diciendo:

—No creo que haga falta que te diga la clase de artistas que llevamos. Hemos estado siguiéndote la pista, Billy, y tienes mucho gancho. Te ofrecemos un contrato por dos discos.

—Me siento muy halagado y, la verdad, la perspectiva es muy interesante, pero tendréis que hablar con mi agente —dijo Billy, radiante.

Trata de disimular que está entusiasmado, notó Sterling. Es el sueño de todo cantante joven: firmar con una compañía discográfica. Menudo día.

Los últimos rezagados salieron del restaurante a las doce y media. Nor y Billy se sentaron a la barra con Dennis mientras éste terminaba de limpiar.

Nor levantó un vaso:

—Dicen que trae mala suerte brindar con agua, pero me vaya arriesgar. Por Billy y su nuevo contrato.

—Tu padre estaría muy orgulloso —dijo Dennis.

—Seguro que sí. —Nor alzó los ojos—. Va por ti, Bill, dondequiera que estés. Tu hijo ha triunfado.

Tengo que conocerle sea como sea, pensó Sterling. Vio un sospechoso toque de humedad en los ojos de los tres. Billy tenía más o menos la edad de Marissa cuando se quedó sin padre. Tuvo que ser una pérdida terrible para él y para Nor.

—Crucemos los dedos para que todo vaya bien —propuso Billy—. No quiero entusiasmarlos antes de hora. Esperaré a que me manden la oferta por escrito.

—Lo lograrás —le aseguró Nor—. Pero recuerda que la próxima Navidad te quiero aquí, cantando conmigo.

—Claro, mamá, y sin cobrar —rió Billy.

—Tendrás que contratar a un guardaespaldas —dijo Dennis. Luego dobló un paño—. Listo. Esto ya está. Pareces cansada, Nor. Deja que te acompañe a casa.

—Mira, si viviera a un cuarto de hora de aquí, tal como me siento ahora mismo te tomaría la palabra. Pero por tres minutos que tengo hasta casa, prefiero que el coche esté delante de mi puerta mañana por la mañana. Pero podrías sacarme estos libros de reservas. Quiero seguir revisándolos un rato.

Le dio un beso a Billy en la mejilla.

—Buenas noches.

—Bien. Yo me voy arriba. No te pongas a mirar esos libros ahora, mamá. Necesitas dormir.

Se miraron el uno al otro.

—Lo sé —dijo Billy—. Mañana puede que sea demasiado tarde.

O sea que Billy vive aquí, pensó Sterling. Debe de tener un apartamento ahí arriba. Sería interesante ver cómo es la casa de Nor. Ha dicho que estaba a tres minutos en coche. Puedo ir dando un paseo. Se apresuró una vez más hacia el aparcamiento, esta vez detrás de Nor y Dennis.

Cómo ha bajado la temperatura en estas pocas horas, pensó. Miró hacia el cielo. Unos nubarrones empezaban a oscurecer la luna y las estrellas. Percibió un aroma a nieve en el aire. Yo era de esas personas que prefieren el invierno al verano pensó. Annie me tomaba por loco. A ella, nada le gustaba más que un día en la playa. Recuerdo que su familia tenía una casa en Spring Lake.

El coche de Nor era un precioso Mercedes. Yo tenía uno de esos, pensó Sterling, y en muchos sentidos este no se diferencia mucho del que yo conducía. Mientras Dennis dejaba los libros en el suelo de la parte de atrás y le abría la puerta a Nor, Sterling montó en el asiento delantero. Nunca me ha gustado viajar atrás, pensó. No te caben las piernas.

Nor cerró la puerta del conductor y se ajustó el cinturón de seguridad. Esto también se ha puesto de moda, pensó Sterling. Será que hay algún tipo de legislación al respecto.

Se acomodó el sombrero, sonriendo al acordarse de que al cabo de un año Marissa se reiría de él. Mientras arrancaban, se sobresaltó al oír murmurar a Nor en voz alta: «Mama Heddy-Anna. ¡Santo Dios!».

Sterling se sintió un poco culpable. Nor piensa que no hay nadie más, y es de esas personas que hablan solas. Yo también lo hacía, y me habría muerto de vergüenza si hubiera sabido que alguien me estaba espiando.

Pero no pasa nada porque yo he venido a ayudarles, se consoló. Afortunadamente Nor puso la radio y se entretuvo con las noticias hasta que llegaron...

La casa estaba al final de una calle sin salida, en un terreno bastante amplio. En cuanto la vio, Sterling tuvo la sensación de que era la casa ideal para Nor. Le recordó a una granja reformada. El exterior era de tablillas blancas con contraventanas negras. La luz del porche estaba encendida y arrojaba un fulgor cálido a la puerta principal.

—Gracias a Dios, por fin en casa —suspiró Nor.

Te entiendo muy bien, dijo Sterling en voz alta.

Luego puso los ojos en blanco. Menos mal que no puede oírme. Le podía haber dado un ataque.

No vaya quedarme mucho rato, se prometió a sí mismo mientras Nor buscaba la llave en el bolso, se apeaba del coche y cogía los libros de reservas.

Sterling fue hasta la puerta de la casa y admiró los arbustos ligeramente cubiertos de nieve.

Tan pronto como Nor abrió la puerta, desconectó la alarma y encendió la luz, Sterling comprobó que tenía además un gusto excelente. La planta baja era una única y muy amplia habitación de paredes blancas y piso de madera. Una chimenea elevada definía la zona de estar. Al lado de la misma, un altísimo árbol de Navidad decorado con bombillas en forma de vela. Las ramas inferiores llevaban sin duda la marca de Marissa. Adornos de papel hechos a mano, baratijas a parrilla y una docena larga de caramelos daban fe de la idea que la niña tenía del árbol navideño.

Sofás rehenchidos, enormes alfombras persas, buenos muebles de anticuario y cuadros de primera clase ocupaban el resto de la estancia. En conjunto, tenía un ambiente de intensa serenidad (si es que existe tal cosa, pensó Sterling).

«Un chocolate caliente», murmuró Nor mientras se quitaba los zapatos. Fue a la zona de la cocina, dejó los libros sobre la mesa y abrió el frigorífico. Como no quería correr, Sterling se entretuvo mirando los cuadros. Son de gran valor, pensó. Ojalá tuviera ocasión de poder estudiarlos a fondo. Le intrigó especialmente una escena de caza.

Sterling tenía ojo para el buen arte debido a sus años de especialista en herencias y testamentos. La gente, recordó, me decía que podría haberme ganado la vida como tasador.

Vio la escalera que iba a la segunda planta. Una ojeada rápida y vuelvo a bajar, se

prometió a sí mismo.

El cuarto de Nor era el más grande. Había fotos enmarcadas en el escritorio, el tocador y las mesitas de noche. Eran todas personales y en muchas de ellas aparecía una Nor muy joven con el padre de Billy. Había como media docena de Billy con sus padres, empezando por cuando era un bebé. En la última, donde se los veía a los tres juntos; el niño debía de tener unos seis años.

Sterling asomó la cabeza al primero de los otros dos dormitorios. Era pequeño pero agradable, con el aspecto despejado de una habitación para huéspedes.

La tercera puerta estaba cerrada. La pequeña placa de porcelana decía EL CUARTO DE MARISSA. Al abrir la puerta, Sterling notó que se le hacía un nudo en la garganta. Esta niña va a perder muchas casas en este año que viene, pensó.

La habitación era encantadora. Muebles de mimbre pintados de blanco. Papel azul y blanco en las paredes. Colcha y cortinas blancas de ganchillo.

Una estantería con libros. Una mesa con un tablón para pegar notas.

Oyó los pasos de Nor en la escalera. Era momento de irse. Volvió a cerrar la puerta y se quedó mirando a Nor, que entraba en su habitación.

Un momento después, con el cuello de su trinchera subido y el sombrero calado hasta las cejas, Sterling salió a la calle y se puso a andar a paso vivo.

Tengo varias horas por delante, pensó. Billy ya estará dormido. Quizá podría ir a ver qué está haciendo Marissa. Pero ¿dónde vive ella exactamente?

Hasta ahora había estado muy ocupado, pero con todo el mundo listo para acostarse, se sintió un poco solo mientras vagaba por las calles tranquilas.

¿Y si contactara con el Consejo Celestial?, se preguntó. ¿O habrán decidido que no puedo cumplir la misión? En tal caso, ¿qué vaya hacer?

De repente algo atrajo su atención.

¿Qué es eso?

Un pedazo de papel caía del cielo. Dejó de caer cuando estuvo justo delante de él. Sterling lo cazó al vuelo, lo desplegó y se acercó a la siguiente farola para leerlo.

Era un mapa del lugar. La casa de Marissa y el restaurante de Nor estaban claramente indicados.

Una línea de puntos empezaba en un lugar marcado como «estás aquí» y daba instrucciones específicas. —«Cuatro manzanas al este... torcer a la izquierda y la primera a la derecha»— para llegar a donde vivía Marissa. Una segunda línea de puntos ilustraba el camino desde allí al restaurante.

Sterling alzó la vista y miró hacia la eternidad, más allá de la luna y de las estrellas. Gracias. Os estoy muy agradecido, susurró.

Aunque fuera muy tarde, Dennis Madigan siempre leía el *New York Post* antes de conciliar el sueño. Su mujer, Joan, ya estaba acostumbrada a dormir con la luz encendida.

Esta noche, sin embargo, Dennis no podía concentrarse en la lectura. Sabía que ni Nor ni Billy eran conscientes de que sus vidas podían correr peligro. Si los Badgett eran tan malos como los había pintado Sean O'Brien... Dennis meneó la cabeza. Cuando trabajaba en bares de Manhattan, había oído decir muchas cosas de esa clase de gente. Y ninguna buena.

«Próroga». ¿A qué me recuerda esto?, se preguntó mientras pasaba página, un tanto molesto. Nor cree que ese hombre podría ser alguien que viene al restaurante. Pero no es posible que sea cliente habitual, o yo le conocería.

—«Próroga» —dijo en voz alta.

Joan abrió los ojos y pestañeó:

—¿Qué?

—Nada. Perdona, cariño. Sigue durmiendo.

—Para ti es fácil decirlo —murmuró ella, dándole la espalda.

Dennis pasó a la sección de televisión y sonrió al leer la graciosa reseña de Linda Stasi sobre un malísimo programa navideño.

Todavía despierto a eso de las tres y media, se puso a mirar las páginas de restaurantes. La valoración de un nuevo establecimiento le llamó la atención. «Empezamos tomando una lasaña de espárragos», decía el columnista.

Parece un buen sitio, pensó Dennis. Habrá que ir a verlo. Joan y él gustaban de descubrir nuevos restaurantes en la ciudad.

Se quedó mirando la página. Espárragos. Le vino a la memoria un camarero de Nor's Place —no había durado mucho en el puesto— que hizo broma a costa de un cliente que había pedido «espárragos» la última vez y que ahora quería ensalada de «macarones» al limón.

¿Cómo se llamaba aquel cliente?, pensó Dennis. Recuerdo su cara. Él y su mujer siempre tomaban una copa en la barra. Buena gente. No he pensado en él de entrada porque ese es el único rasgo notable en su acento, y que yo sepa no ha vuelto por allí desde hace meses...

Mentalmente, reprodujo la cara. Vive por aquí, pensó Dennis. Y se llama... se llama... algo europeo....

¡Hans Kramer!

¡Exacto! ¡Ese es su nombre!

Dennis cogió el teléfono. Nor respondió a la primera.

—Ya lo tengo, Nor. El tipo del contestador automático. ¿No sería Hans Kramer?

—Hans Kramer —dijo ella despacio—. A mí no me suena. No sé...

—Piensa, Nor. Pidió «espárgos», y otro día ensalada de «macarones».

—Dios mío, sí... Tienes razón. —Nor se incorporó sobre un codo. La tarjeta de Sean O'Brien estaba sobre la mesita de noche, apoyada en la lámpara. Al cogerla notó que la adrenalina empezaba a recorrer todo su cuerpo.

—Me consta que Kramer trabaja en algo relacionado con la informática, Dennis. Puede que tenga un almacén. Voy a llamar a Sean O'Brien. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Al llegar a las proximidades de la casa de Marissa, Sterling vio que todo parecía en calma. La casa estaba totalmente a oscuras, salvo por una luz tenue que iluminaba una ventana del piso de arriba.

Mi madre solía dejar encendida la luz del pasillo, recordó. Y también me dejaba la puerta ligeramente entornada para que pudiera ver luz. Yo era un gallina, pensó sonriendo. A pesar de la luz, hasta los diez años dormí siempre abrazado a mi osito.

Al reparar en un pequeño rótulo indicando que la casa estaba preparada contra intrusos, entró sin molestarse en abrir la puerta por si la alarma estaba conectada. Tenía la impresión de que los del Consejo querían que actuara como un humano cualquiera salvo cuando eso le impedía hacer su cometido, pero seguro que si algo no deseaban era que las alarmas empezaran a dispararse.

Subió la escalera de puntillas y salvó la cancela instalada por Roy, levantando una pierna. Pero ¿qué edad se ha creído que tienen sus hijos?, pensó al sentir que se le enganchaba la vuelta del pantalón. Un segundo después caía de bruces al suelo del pasillo.

Menos mal que yo no hago ruido, pensó mientras miraba al techo. El sombrero le había volado de la cabeza. Se levantó despacio, notando un leve tirón en la espalda. Una vez recuperado el sombrero, reanudó su intento de ver a Marissa.

Su dormitorio estaba al fondo del pasillo. Todas las puertas estaban un poco entornadas. Del dormitorio principal llegaba un suave ronquido. Al pasar por el cuarto de los mellizos, oyó que uno de ellos se agitaba en sueños. Sterling dudó y aguzó los oídos, pero le pareció que el niño se volvía a dormir.

Pese a que la noche empezaba a nublarse, todavía había luz para permitirle ver la cara de Marissa. Estaba hecha un ovillo en la cama, con el pelo sobre una mejilla.

Un montón de cajas que había en una esquina daba fe de que Marissa había tenido muchos regalos por Navidad y por su cumpleaños. No era de extrañar, se dijo Sterling. También a mí me gustaría regalarle alguna cosa.

Se sentó en la misma silla que ocuparía al cabo de un año, cuando hablara con Marissa por primera vez. Parece un ángel, pensó tiernamente mientras la contemplaba. Ojalá no tuviera que pasar por lo que se le avecina. Ojalá tuviera yo el poder de que nada alterara su mundo de ahora. Pero no es así, de modo que el año que viene haré lo posible por enmendar la situación. Por las buenas o por las malas, decidió.

Y no solo porque yo quiera entrar en el cielo. Deseo realmente ayudarla. Se la ve tan pequeña, tan vulnerable. Cuesta creer que sea la misma niña que hoy estaba intentando llevar la voz cantante en Nor's Place, y que no perdió tiempo en telefonear a su padre para que le contara cómo había ido la fiesta.

Con una sonrisa que terminó en suspiro, Sterling se levantó y salió de la

habitación. Yendo por el pasillo oyó llorar a uno de los mellizos. El otro le hizo coro poco después.

Menos mal que no me necesitan, pensó. Un instante después Roy salía del dormitorio y entraba en el cuarto de los pequeños.

—Roy Junior, Robert, tranquilos: papá está aquí.

Denise lo tiene bien entrenado, pensó Sterling.

Mis amigos solían hacerse el sueco cuando sus hijos empezaban a berrear en mitad de la noche. Los tiempos han cambiado.

Yo era hijo único, pensó mientras bajaba las escaleras. Mis padres tenían más de cuarenta años cuando vine al mundo. Me convertí en el centro de su universo. Ellos ya estaban en el cielo mucho antes de que yo llegara a la sala de espera.

Cuánto me gustaría volver a ver a mis padres, pensó, mirando de nuevo hacia el cielo.

Sterling consultó el mapa antes de salir de la casa y se encaminó al restaurante de Nor. Mientras andaba por las calles, experimentó una súbita sensación de apremio. Pese a que no parecía venir de ningún lugar cercano, estaba empezando a oler a humo.

¡Lo han hecho!, pensó. Acaban de prender fuego al almacén.

Sean O'Brien había trabajado veinte años en el departamento de policía del condado de Nassau. En ese tiempo había aprendido que podía recibir llamadas de madrugada si surgía alguna novedad importante en el caso que él estuviera llevando.

Cuando el teléfono sonó a las tres y cuarenta minutos, Sean se despertó al instante y contestó.

Tal como esperaba, era Nor.

—Sean, acabo de hablar con Dennis, Ha conseguido el nombre del hombre que buscamos, y estoy totalmente convencida de que no se equivoca.

—¿De quién se trata?

—Se llama Hans Kramer. Vive en Syosset y tiene una empresa de software informático. De vez en cuando viene al restaurante.

—Bien, Nor. Pondré manos a la obra.

Totalmente despierto ya, Sean se sentó en el borde de la cama. Estaba a solas en la habitación. Su esposa, Kate, trabajaba en el turno de noche de la sala de pediatría del hospital local. Era enfermera.

Su primera llamada fue a la comisaría de Syosseto. Había la posibilidad de que ellos conocieran a Kramer.

Resultó una suposición correcta. Nick Amarerro, el teniente que estaba de servicio, sabía muy bien quién era Kramer.

—Un buen tipo. Lleva viviendo aquí unos veinte años. Estuvo un tiempo en la junta de urbanismo. Hace un par de años llevaba el puesto de la Cruz Roja. Tiene una empresa de software.

—¿Sabes si tiene algún almacén?

—Sí. Compró unos terrenos en la zona de la autopista donde había aquellos moteles de mala muerte. Construyó un bonito complejo con una oficina y un almacén.

—Me he enterado de que van a prenderle fuego. Algo que tiene que ver con un préstamo que le hicieron los hermanos Badgett.

—Vaya. Nos pondremos en camino ahora mismo. Llamaré a la brigada de bombas y al cuerpo de bomberos.

—Voy a telefonar al FBI. Luego hablamos.

—Un momento, Sean —le cortó el teniente—. Me está llegando algo gordo por la radio.

O'Brien supo, antes de que Amaretto volviera a ponerse al teléfono, que era demasiado tarde. Las instalaciones de Kramer ya estaban ardiendo.

Hans Kramer recibió una llamada de su servicio de seguridad a las 3.43 de la madrugada. Los detectores de humo del almacén se habían activado. Los bomberos estaban en camino.

Desesperados y sin decir palabra, Hans y su mujer se vistieron a toda prisa, se calzaron sin ponerse calcetines, agarraron las chaquetas y corrieron al coche.

Rebajé mucho la cobertura del seguro, pensó Hans desesperado. No podía permitirme las primas. Si los bomberos no pueden salvar el almacén, ¿qué voy a hacer?

Notó una presión en el pecho. Aunque el coche no se había calentado aún, él sudaba a mares.

—Hans, estás temblando —dijo Lee, preocupadísima—. Sea lo que sea, lo solucionaremos. Te lo prometo, no te apures.

—Tú no lo entiendes, Lee. Pedí dinero prestado, mucho dinero. Pensé que podría devolverlo. Estaba seguro de que el negocio se remontaría. —La calle estaba casi desierta. Pisó el acelerador a fondo y el coche salió despedido hacia adelante.

—Hans, el doctor te lo ha advertido. La última prueba que te hiciste no dio buenos resultados. Haz el favor de calmarte.

Les debo trescientos mil dólares, pensó Hans. El almacén está valorado en tres millones, pero mi seguro solo cubre la hipoteca. No tendré suficiente para liquidar el préstamo.

Al torcer por la calle que llevaba a sus instalaciones, Hans y Lee se quedaron de piedra. A lo lejos vieron las llamas que iluminaban la oscuridad de la noche, llamas furiosas rodeadas por espesas nubes de humo.

—¡Dios santo! —exclamó Lee.

Hans, conmovido, no dijo nada. Han sido ellos, pensó. Los Badgett. Es su respuesta a mi petición de una prórroga.

Cuando llegaron al almacén, vieron que había varios coches de bomberos. Las mangueras de alta potencia estaban arrojando litros y litros de agua a aquel infierno, pero estaba claro que el incendio no se podía sofocar.

Cuando Hans abrió la puerta del coche, se sintió invadir por una tremenda oleada de dolor.

Cayó a la calzada.

Momentos después notaba que le introducían algo por la nariz, una sacudida en el pecho, y que unas manos fuertes lo levantaban. De alguna manera se sintió aliviado.

Ya nada dependía de él.

Sterling llegó al restaurante y no se sorprendió al ver a Nor apeándose del coche en el aparcamiento. Ya estarán enterados del incendio, pensó mientras apresuraba el paso.

Entró detrás de Nor y subió con ella al apartamento de Billy, que abarcaba toda la segunda planta del edificio. Dennis estaba ya allí y Billy había preparado café.

—Sean viene de camino —le dijo Nor a Billy.

No se había maquillado. Llevaba el pelo recogido en la nuca de cualquier manera, y largos mechones le rozaban el cuello y la cara. Se había puesto un chándal azul claro y unas zapatillas de deporte.

Billy llevaba unos vaqueros arrugados, una camisa de algodón igual de arrugada y unos mocasines viejos. Parecía cansado, y le hacía falta afeitarse.

Dennis llevaba una sudadera gris con el emblema de Madison Village y un pantalón de pana muy gastado.

—Sean ha dicho que quería hablar con nosotros enseguida —dijo Nor mientras Billy servía café, y los tres se trasladaron a la mesa del comedor.

Desde la silla que había elegido, Sterling podía ver la sala de estar. El ambiente era de piso de soltero, confortable y un poco desastrado, con zapatillas asomando bajo la mesita de centro y un montón de periódicos encima. El sofá y las sillas eran básicamente mediocres, pero parecían cómodos.

Estaba claro que Billy trabajaba en su música en el salón. Había un par de guitarras apoyadas en el piano, y varias partituras encima del sofá.

Como en casa de Nor, muchos de los adornos caseros del árbol navideño parecían obra de Marissa.

El timbre sonó indicando la llegada de Sean O'Brien. Billy pulsó el botón para dejarle entrar y esperó a que subiera.

O'Brien traía una expresión seria. Asintió cuando Billy le ofreció café, se sentó con ellos a la mesa y les habló del fuego.

—¿Es muy grave? —preguntó Nor.

—La verdad es que sí —dijo O'Brien—. Hans Kramer está en el hospital. Ha sufrido un ataque al corazón, pero saldrá de esta.

—Dios mío —jadeó Nor.

—El almacén ha quedado arrasado —prosiguió O'Brien—. No ha quedado nada. Ha sido un trabajo de expertos.

—¿Seguro que fue intencionado? —preguntó Nor, sabiendo ya la respuesta.

—En efecto.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Billy.

—El FBI llegará de un momento a otro. Tendrán que tomaros declaración. Vuestro testimonio implica directamente a los Badgett. Cuando Kramer se recupere, le tomaremos declaración a él. Después los federales presentarán un acta de acusación.

Puesto que vosotros oísteis casualmente a Junior dar la orden de quemar el almacén, parece que esta vez no van a salir impunes. Pero os lo advierto, es absolutamente crucial que nadie sepa que vosotros sois testigos.

Billy y Nor se miraron.

—Creo que nos hacemos cargo —dijo Billy.

—Yo, desde luego, sí —intervino Dennis.

Sterling meneó la cabeza. El abogado, pensó.

El abogado de los hermanos Badgett, Charlie Santoli. Él vio a Billy y Nor salir del despacho. ¿Lo sabrán ya los Badgett?

El lunes a las siete y media de la mañana, Charlie Santoli bajó a la cocina de su casa en Little Neck, Long Island. Marge, su mujer, estaba ya allí preparando el desayuno.

Con las manos en las caderas y una expresión preocupada, Marge le miró detenidamente.

—Parece como si hubieras estado levantado una semana entera, Charlie —le espetó.

Charlie levantó una mano:

—No empieces, Marge. Estoy perfectamente.

Marge era una mujer atractiva, de formas generosas y el pelo castaño corto, un tono de pelo que mantenía gracias a periódicas visitas al salón de belleza. Hacía años que acudía allí cada sábado para lavar, marcar y la manicura. Una vez al mes se hacía una mascarilla de algas y un teñido.

Marge no solía dejar que las circunstancias aquietaran su nerviosa lengua. Tenía fama de seguir conversando con otras clientas de la peluquería aunque estuviera debajo del secador. Naturalmente, eso significaba que para hacerse oír tenía que gritar, pero, como Charlie sabía, Marge había heredado de sus antepasados irlandeses el don de la labia. Nada le impedía tener siempre la primera y la última palabra.

Siguió examinando a su marido, observando su rostro, las arrugas de cansancio alrededor de los ojos, el ligero tic de un músculo en su mejilla, y entonces le dijo algo que repetía a menudo.

—Tienes una pinta horrible, y todo porque esos dos te están volviendo loco.

Sonó un silbato. Marge se dio la vuelta y con la mano enguantada retiró del horno una bandeja de muffins de maíz.

—¿Pudiste dormir algo anoche?

Charlie se hizo la misma pregunta. Le dolía la cabeza, tenía ardor de estómago. Su respuesta fue un encogimiento de hombros.

La víspera, cuando él había llegado a su casa a eso de las nueve, Marge le había atosigado con preguntas sobre la fiesta, pero Charlie había declinado dar detalles. «Dame tiempo para superarlo, Marge».

Afortunadamente no había hecho otra cosa, gracias en parte a que en algún canal estaba a punto de empezar una vieja película sobre la Navidad que a ella siempre le había encantado. Con una caja de kleenex en el sofá y una taza de té sobre la mesita baja, Marge se había preparado alegremente para darse un tute de llorar.

Inmensamente aliviado de tener un respiro, Charlie se sirvió un whisky doble y se sumió en la lectura de los dominicales.

A Marge le había disgustado mucho perderse la fiesta de los Badgett, sobre todo por la deliciosa perspectiva de ver a la madre vía satélite. Lo que le había impedido ir era una reunión planeada desde hacía tiempo con sus compañeras de curso en la

academia Saint Mary's. Como presidenta de la asamblea, ella misma había elegido la fecha y la hora, y por tanto no podía faltar.

Marge le puso un plato delante con un muffin recién salido del horno.

—No te quedes ahí —dijo—. Siéntate y come como un ser humano normal.

Era inútil protestar. Charlie arrimó la silla, obediente, mientras ella le servía una taza de café.

Sus vitaminas estaban ya cuidadosamente alineadas junto a un vaso de zumo de naranjas recién exprimidas.

Ah, pensó Charlie, ojalá pudiera llamar a los Badgett y decirles que no iba a pisar nunca más su despacho. Si pudiera quedarme aquí sentado con Marge y disfrutar de un plácido desayuno sin tener que pensar nunca más en los hermanos.

Marge se sirvió café y untó un muffin con mermelada.

—Vamos a ver —dijo en voz autoritaria—. ¿Qué pasó en la fiesta? Por la forma en que llegaste anoche, debió de ser espantoso. ¿Es que no funcionó la conexión por satélite?

—Lamentablemente, no pudo ser más clara y más contundente.

—¿Por qué «lamentablemente»? —preguntó Marge, intrigada.

—Heddy-Anna estaba como una cuba.

—Charlie explicó el resto, sin omitir ningún detalle y terminando con una descripción de Mama Heddy-Anna haciendo carantoñas a la *jet set* de Long Island.

Marge descargó el puño contra la mesa, de pura frustración.

—Qué rabia me da habérmelo perdido. ¿Por qué solo me llevas a las fiestas aburridas?, y pensar que fui yo quien dijo que el fin de semana de Acción de Gracias era un mal día para la reunión de antiguas alumnas. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Charlie apuró su café.

—¡Pues ojalá yo me lo hubiera perdido! Esos dos van a estar de un humor de perros. —A punto estuvo de decirle que para todos los asistentes a la fiesta era ya evidente que los Badgett no habían vuelto a Valonia desde que partieron de allí, y de repetirle lo que había dicho la madre de los hermanos: «Qué canalladas estaréis haciendo, que no podéis venir a verme antes de que me muera».

Charlie no había tenido valor para decirle a Marge que se había enterado de todo lo relativo a Valonia cuando ya estaba demasiado metido en los asuntos de la familia Badgett. Junior y Eddie habían sido condenados en rebeldía a cadena perpetua por una lista de crímenes en los que Charlie no quería ni pensar. No podrían volver nunca a Valonia, y él estaba condenado a no perderlos nunca de vista.

Con algo similar a la desesperación, se levantó, besó a Marge en la coronilla, fue a coger su abrigo y su maletín y se marchó.

Las oficinas de los Badgett donde Charlie trabajaba estaban en Rosewood, a unos

quince minutos de la autopista. Junior y Eddie ya se encontraban allí cuando Charlie llegó. Estaban en el despacho privado de Junior, y, para sorpresa de Charlie, ambos estaban de un humor excelente. Él había esperado lo contrario, e incluso que pudieran echarle parte de las culpas por el fiasco de la fiesta.

Mientras se dirigía allí desde Little Neck había estado preparando su defensa: «Yo os sugerí que hicierais el donativo, que organizarais la fiesta y que regalarais el retrato. Lo de la conexión por satélite fue idea vuestra».

Pero, naturalmente, Charlie sabía que no podía hacerla. Cualquier insinuación de que el aspecto de Heddy-Anna no había sido excelente sería imperdonable. A estas alturas los hermanos ya debían de haber encontrado otra razón para el colosal fracaso de la fiesta.

Los músicos, pensó Charlie. Seguro que dirán que Nor Kelly y Billy Campbell no estuvieron a la altura. Culparán a Jewel por recomendarlos, ya mí por contratarlos. Mientras entraba en el estacionamiento privado, recordó de pronto el semblante de Kelly y Campbell al salir del despacho de Junior.

A los hermanos no debía de haberles gustado su versión en valonio del «Cumpleaños feliz», dedujo Charlie. De mala gana, apagó el contacto, se apeó del coche y apretó el símbolo «cerrar» en su llavero. Fue arrastrando los pies hasta el edificio y tomó el ascensor hasta la cuarta planta, que estaba dedicada a las empresas «casi» legales de los hermanos Badgett.

El motivo de una reunión tan de mañana era que Junior quería comprar un concesionario de coches que estaba empezando a hacerle la competencia. La secretaria de Junior no había llegado aún.

Mientras Charlie murmuraba un buenos días a la recepcionista y esperaba que le anunciaran, se preguntó cuánto tardarían en cerrar el trato, cuánto tardaría el propietario del concesionario en recibir el mensaje de que no tenía otra alternativa que vender el negocio a los Badgett.

—Dile que entre. —La voz jovial de Junior atronó por el intercomunicador.

La oficina era obra del mismo decorador que había dado rienda suelta a sus excesos en la mansión. Escritorio de recargada talla y acabado brillante, papel pintado a franjas doradas, alfombra marrón oscuro con las iniciales de los hermanos en letras doradas, gruesos cortinajes de raso marrón y, en una pequeña vitrina, una miniatura del pueblo con una placa que rezaba NUESTRO HOGAR JUVENIL, eran solo algunos de los puntos de interés.

A la izquierda de la puerta, un sofá y varias butacas tapizados con estampados de cebra miraban a un televisor de cuarenta pulgadas colgado de la pared.

Los hermanos estaban tomando café y viendo la cadena local. Junior le hizo señas de que entrara y le señaló una silla.

—Van a dar las noticias. Tengo ganas de verlo.

—Después de seis horas, el incendio en un almacén de Syosset sigue sin poder extinguirse —empezó a decir el presentador de las noticias—. Dos bomberos han tenido que ser atendidos por asfixia. El propietario del almacén, Hans Kramer, sufrió un ataque al corazón al ver el fuego y ha sido trasladado a la unidad de cuidados intensivos del hospital Saint Francis...

Impactantes imágenes del edificio en llamas aparecieron en la pantalla. En una esquina se reproducía el momento en que un bombero le hacía la respiración asistida a Hans Kramer, que estaba tendido en el suelo con una mascarilla de oxígeno sobre la cara.

—Es suficiente, Eddie. Apaga. —Junior se puso en pie—. Parece que sigue ardiendo, ¿eh? Menudo incendio...

—Un cortocircuito, seguro. —Eddie meneó la cabeza—. A veces pasa, ¿no, Junior?

Hans Kramer. A Charlie le sonaba. Había ido a ver a Junior a la mansión. Era uno de los que recibía «préstamos privados» de los hermanos Badgett. El incendio era obra de ellos. Como no pagó a tiempo, se dijo Charlie con absoluta convicción, le han quemado el negocio.

No era la primera vez que ocurría. Si la policía puede demostrar que Junior y Eddie tuvieron que ver con lo de ese almacén, pensó rápidamente Charlie, los acusarán una vez más de incendio provocado. Y si Kramer muere, podrían acusarlos de asesinato.

Pero, naturalmente, nadie demostraría la vinculación de los Badgett con el incendio. Eran muy cuidadosos. El préstamo firmado por Kramer debía de tener una tasa de interés normal en el dorso del pagaré. Nadie sabría que previamente se había añadido un cincuenta por ciento de interés sobre el capital. Y, por supuesto, el autor material del incendio no sería uno de los matones que tenían a sueldo. Habrían contratado a un autónomo.

Pero si por un casual este incendio pudiera relacionarse con Junior y Eddie, mi trabajo consiste en hacer que la gente olvide lo que sabe o lo que cree saber, pensó desesperado Charlie.

—Eh, Charlie, ¿a qué viene esa cara de pena? —Preguntó Junior—. Hace un día precioso.

—Es verdad, precioso —repitió Eddie, poniéndose en pie.

—Y, como dijo Jewel, mamá estaba hermosa como un capullo —añadió Junior—. Siempre le gustó beber grappa. Ya lo dice Jewel, después de que Eddie y yo nos fuéramos al despacho, todo el mundo comentaba que mamá había estado adorable.

—Sí —dijo Eddie, y su sonrisa adoptó un aire nostálgico.

—Y esos músicos eran realmente buenos. Buenísimos.

Charlie no veía a Junior de tan buen humor desde hacía meses. Bueno, decidió,

Jewel no es la cabeza de chorlito que yo creía. Si ha conseguido convencer a este par de que a todos les encantó su madre, deberían nombrarla embajadora de Estados Unidos en Valonia.

—Me alegro de que os gustaran Nor Kelly y Billy Campbell —dijo—. Estaban tan pálidos cuando salieron de tu despacho que creí que les habríais dicho que no os había gustado su actuación.

Charlie captó de inmediato el drástico cambio que se operó en el ambiente. Junior le miró con dos ojos como dos rendijas, las mejillas arreboladas, los músculos del cuello hinchados.

—¿Qué has dicho? —preguntó con una voz como hielo en astillas.

Charlie miró nervioso a Eddie, cuyas mejillas de toro se habían quedado rígidas. La dulzura que había evocado en él la mención de la madre se había evaporado de sus ojos. Ahora sus labios eran un tajo de color rojo grisáceo en la parte inferior de su cara.

—Solo he dicho que... —Charlie se atragantó—... que Nor Kelly y Billy Campbell estaban un poco pálidos cuando salieron del despacho después de la conexión vía satélite.

—¿Por qué no nos dijiste que los habías visto allí?

—No había ningún motivo, Junior. ¿Por qué iba a hacerla? Pensaba que vosotros ya lo sabíais.

—Eddie, la puerta que da a la recepción estaba abierta, ¿no? —preguntó Junior.

—Sí.

—Muy bien, Charlie. Deberías habernos dicho que estaban allí. Deberías haber sabido que era importante que lo supiéramos. Ahora vas a tener que hacer unas llamadas a ese par de ruseñores. —Hizo una pausa estudiada—. Creo que ya sabes de qué estoy hablando.

Supongo que ahí terminan las preguntas y los testimonios, pensó Sterling viendo que el personal del FBI estrechaba la mano de Nor, Billy, Dennis y Sean. Eran las once. El FBI había estado tomando declaración a los cuatro durante dos horas. Habían pedido incluso a Billy y Nor que dibujaran un plano mostrándoles cuál había sido su situación cuando oyeron la voz de Hans Kramer en el contestador automático y la orden de quemar el almacén.

—Señora Kelly, ¿está usted segura de que los Badgett no sospechaban que estaba en la habitación contigua al despacho? —preguntó de nuevo Rich Meyers, el investigador jefe, mientras recogía su maletín—. Ya le he explicado que si ellos saben que estaban escuchando, necesitarán ustedes protección con carácter inmediato.

—No creo que lo supieran. Por lo que me han contado de los Badgett, si ellos nos hubieran visto habrían renunciado a sus planes de incendiar el almacén. —Nor se ajustó la peineta que sostenía sus cabellos—. Bien, como se suele decir, estoy hecha unos zorros.

Mi madre también lo decía, pensó Sterling.

—Si han terminado conmigo, me voy a ir a casa, me meteré en el jacuzzi, y luego a dormir dos o tres horas.

—Muy buena idea —dijo Meyers—. Está bien. Nos pondremos en contacto con usted. Mientras tanto, siga con sus asuntos como de ordinario.

Es fácil decir eso, pensó Sterling. Por desgracia, las cosas son más complicadas.

Sean O'Brien se quedó apenas un minuto en cuanto se marcharon los federales.

—Os tendré informados —prometió.

—Dennis, ¿por qué no te tomas el día libre? —Sugirió Nor—. Pete se ocupará de la barra.

—¿Y perderme las propinas navideñas? Ni hablar. —Dennis bostezó—. Tengo que irme. Hoy tenemos otro grupo grande a almorzar, ¿sabes?

—No lo he olvidado —dijo Nor—. Pero tendrán que apañárselas sin mí, Hasta luego.

Cuando Dennis se marchó, Billy dijo:

—¿Propinas navideñas? De eso nada. Lo que pasa es que quiere estar cerca por si surge algún problema.

—Ya. ¿Vas a ver si duermes un poco, Billy? No olvides que esta noche tenemos otros dos pases.

—De momento miraré si tengo mensajes. Había quedado con un par de amigos para comer juntos esta semana.

Nor se dispuso a ponerse la chaqueta.

—Oír el mensaje de Kramer es la razón de que estemos en este lío. Una cosa habría sido impedir el incendio, pero la perspectiva de testificar contra esos dos me

da miedo.

—Pero recuerda que ellos no saben que les oímos —dijo Billy poniendo en funcionamiento su contestador.

Sterling meneó la cabeza pensando en Charlie Santoli. A lo mejor, se dijo, no menciona que vio a Nor y a Billy. Pero teniendo en cuenta lo que ya sabía de los acontecimientos futuros, Sterling estaba seguro de que algo iría mal.

«Tiene dos mensajes nuevos», dijo la voz.

El primero era de un amigo que estaba organizando una comida para el día siguiente. «No hace falta que me llames, a no ser que mañana no te vaya bien». El segundo era del ejecutivo de la discográfica que le había ofrecido un contrato.

—Billy, hay novedades: resulta que Chip Holmes, uno de los peces gordos de la casa, va a venir a la ciudad. Dice que le encantaría charlar contigo hoy mismo. Se hospedarán en el Saint Regis. ¿Quedamos para tomar una copa sobre las cinco y media? Dime algo.

—¿Por qué será que huelo a éxito? —dijo Nor cuando el mensaje terminó—. Chip Holmes, nada menos. Esto es estupendo, Billy. Si le gustas, vas a tener todas las puertas abiertas en esa compañía. Ya no serás otro cantante con posibilidades. Holmes invertirá lo que haga falta para darte publicidad.

—Que es justo lo que yo necesito —dijo Billy, mientras hacía un redoble con los dedos sobre la mesa—. No quiero tener un éxito y luego nada. Tú sabes mejor que yo cuántos tipos consiguen un número uno al principio de su carrera y luego acaban implorando una gala a los treinta y cinco años. He de admitir que para este negocio ya no soy un chaval.

—Sé lo que quieres decir, pero estoy segura de que lo conseguirás —le tranquilizó Nor—. Bueno, ahora sí que me marchó. Te veré esta noche.

Nor se volvió al llegar a la puerta.

—Siempre juro que no te daré consejos, pero no puedo evitarlo. Será mejor que salgas con tiempo para ir a Nueva York. Hay bastantes atascos con lo de las fiestas.

—Iré en tren —dijo Billy distraído, mientras cogía su guitarra.

—Buena idea.

Cuando Nor partió, Sterling volvió a sentarse en la butaca y estiró las piernas. Billy se puso a tocar y cantar lo que había escrito en un pedazo de papel pautado.

Está ensayando una nueva letra, pensó Sterling.

Suena optimista, pero con un ligero toque quejumbroso. Billy es realmente bueno. Yo siempre tuve buen oído para la música, recordó.

El teléfono sonó tres cuartos de hora después.

Billy contestó, escuchó un rato y luego dijo, nervioso:

—¿Llama de parte de Empresas Badgett? ¿Qué puedo hacer por usted?

Sterling se levantó al instante y de dos zancadas se situó al lado de Billy, con la

oreja pegada al auricular.

Al otro extremo de la línea, Charlie Santoli se encontraba en su despacho, odiándose más y más con cada palabra.

—Soy un representante de la compañía. El motivo de mi llamada es que, como usted quizá sabe, los hermanos Badgett son personas filantrópicas y tienen un amplio programa de becas para niños de la zona. Les gustó mucho su actuación de ayer noche, y saben que usted tiene una hija pequeña.

Sterling vio que la frente de Billy se tensaba.

—¿Qué tiene que ver mi hija en todo esto?

—Su futuro tiene mucho que ver. Los Badgett entienden también que el futuro de usted como artista podría ser incierto. Les gustaría hacer una provisión de fondos para asegurarse de que Marissa pueda ir a un buen centro dentro de diez años.

—¿Y por qué querrían hacer una cosa así? —preguntó Billy, conteniendo la ira.

—Porque a veces alguien puede oír comentarios hechos en broma que, una vez repetidos, pueden tergiversarse. A los Badgett les sabría muy mal que eso pasara.

—¿Me está amenazando?

Por supuesto que sí, pensó Charlie. Ese es mi trabajo. Carraspeó un poco.

—Lo que le estoy ofreciendo es convertir a su hija en una de las beneficiarias de un fondo fiduciario de cien mil dólares. A Junior y Eddie Badgett les encantaría que usted aceptase. Por otro lado, les sentaría muy mal que repitiera comentarios hechos a la ligera que podrían ser mal interpretados.

Billy se puso en pie. El auricular chocó con la mandíbula de Sterling y le hizo parpadear.

—Oiga, representante de Empresas Badgett, quienquiera que sea, dígales a esos dos que mi hija no necesita ningún fondo fiduciario. Yo me ocuparé de su educación sin ayuda de ellos... y en cuanto a esos comentarios hechos «en broma» o «a la ligera», no tengo ni idea de qué me está hablando.

Colgó el teléfono, se hundió en el sofá y cerró los puños.

—Saben que les oímos —dijo en alto—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

El Consejo celestial estaba observando los acontecimientos con atención absoluta. La llamada de Charlie Santoli a Billy Campbell provocó una reacción inmediata.

—Charlie Santoli tendrá que andarse con ojo —dijo muy serio el monje.

—Será mejor que no nos venga a llorar cuando le llegue la hora —dijo el pastor echando fuego por los ojos.

—Eso no es lo que las hermanas le enseñaron en San Francisco Javier —dijo con tono triste la monja.

La reina estaba muy seria.

—Tendrá que reaccionar antes de que sea demasiado tarde —dijo.

—Él quiere ser bueno —terció la monja.

—Pues digo yo que Santoli tendrá que enmendarse y hacer algo rápido —rugió el almirante.

—Creo que Sterling querrá conferenciar con nosotros otra vez —reflexionó el indio americano—. Tiene una gran humildad. Quiere cumplir su misión, y no le da miedo pedir ayuda.

—Siempre fue capaz de mostrar amor e interés —observó el pastor, ahora más sosegado—. Me ha gustado la expresión de sus ojos cuando estaba mirando a Marissa.

Sterling alcanzó a Marissa justo cuando ésta estaba guardando los patines en su bolsa y corría hacia el coche. Al darse cuenta de que Billy iba a tratar de dormir unas horas, Sterling había ido a casa de Marissa para ver cómo estaba.

Llegó a tiempo de subir al coche con Roy cuando éste llevaba a Marissa a la pista de patinaje, acompañado de los gemelos. Encajonado entre los dos niños, Sterling tuvo que esquivar los manotazos que le venían de ambos lados. Le dolía un poco la mandíbula del golpe que había recibido con el teléfono mientras escuchaba la conversación entre Santoli y Billy, y con apenas un año, Roy Junior tenía ya un derechazo temible.

Pero son unos críos monísimos, concedió con cierta renuencia. Es fascinante ver cómo lo miran todo. Mi problema fue que no tuve hermanos. Quizá si hubiera tenido alguna experiencia con niños no habría querido evitarlos toda mi vida.

Se acordó de la vez en que fue padrino en un bautizo y el crío le había dejado la camisa perdida de baba. Aquel día estrenaba la camisa, además.

En el asiento de delante Roy le estaba diciendo a Marissa:

—Tengo entendido que la abuela quiere enseñarte a hacer pastel de manzana.

Menuda noticia, pensó Sterling, y vio que Marissa reaccionaba exactamente de la misma manera.

Sin embargo, la niña respondió educadamente:

—Sí, ya lo sé. La abuelita es muy simpática.

Roy sonrió.

—Yo querré probar al menos dos pedazos.

—Vale, pero no olvides que he de guardar uno para papá y otro para NorNor.

No es nada fácil ser padrastro, pensó Sterling solidario. Marissa siempre lo mantenía a raya. Si yo hubiera conocido mejor a Roy antes del año que viene, no me habría dado tanta prisa en juzgarle como un pelmazo.

Eso sí, conduce como un caracol con dolor de espalda. Sterling convino totalmente con lo que Marissa estaba pensando: «Pisa a fondo, hombre. Cerrarán la pista antes de que lleguemos».

Es como una Nor en pequeño, se dijo Sterling.

Cuando llegaron a la pista, Marissa dio las gracias a Roy por acompañarla, le dio un beso en la mejilla y saludó con el brazo a los gemelos antes de salir corriendo.

Sterling se acercó a Roy Junior y vio la expresión de sorpresa en la cara del niño. Nota mi presencia, pensó. Los dos están empezando a sentirla.

Los niños pequeños perciben mucho más lo metafísico. Lástima que eso se pierda con los años.

Alcanzó a Marissa y la escuchó hablar animadamente con sus amigas al borde de la pista.

La señorita Carr era la profesora que Sterling vería el año siguiente en el Rockefeller Center. Hizo sonar un silbato y diez niños, todos un par de años mayores que Marissa, salieron a la pista de hielo.

Varios de ellos lo hacían muy bien, pero Marissa destacaba por encima de todos. Es casi una profesional, pensó Sterling mientras la veía caer dos veces. Simplemente se levanta, se prepara y vuelve a ensayar el salto o la pirueta.

Más tarde, cuando los niños ya se habían quitado los patines, una de las chicas se acercó a Marissa.

—A mi hermana le han regalado el último single de tu papá. Me ha dicho que te pida si se lo podría firmar.

Marissa está radiante de orgullo, pensó Sterling mientras observaba divertido cómo ella trataba de aparentar indiferencia al decir:

—Pues claro. A mi papá le gusta firmar autógrafos para los amigos.

—¿Ha hecho alguna canción nueva? —preguntó la chica.

—Él siempre está componiendo.

—¡Pues dile que haga una sobre nosotras!

—Primero está escribiendo una sobre mí —rió Marissa.

Siete años y ya parece que tenga veinticinco, suspiró Sterling. Y tan cerca que está de verse separada del padre al que tanto quiere. Bien, he de irme. Miró por última vez a Marissa y luego abandonó la pista.

Ajustándose el sombrero, echó a andar hacia el piso de Billy. Tenía intención de acompañarle a su entrevista, y le hacía ilusión volver a estar en Manhattan.

Pero ya empiezo a saber moverme por Madison Village, pensó mientras sus pies pisaban la nieve, haciendo un ruido que solo él podía oír. Bien pensado, es un sitio muy bonito para vivir.

—Bueno, ¿qué idea sacaste después de hablar con el cantante ese? —preguntó Eddie.

Se encontraba de pie detrás de Junior, el cual, como un juez a punto de dictar sentencia, estaba muy erguido ante su mesa de despacho.

—No muy buena. —A Charlie le sudaban mucho las manos. Quería disimular sus nervios, pero no podía—. Le ofrecí a Billy Campbell la beca para su hija y le expliqué que os disgustaría mucho que ciertos comentarios hechos en broma pudieran tergiversarse.

—Está bien, está bien, todo eso ya lo sabemos —interrumpió Eddie—. Y él, ¿qué te respondió?

La respuesta no se hizo esperar.

—Que os dijera que ya se ocupaba él de la educación de su hija, y que sabe a qué os referís con eso de comentarios hechos en broma o a la ligera. Después me colgó.

Charlie sabía que no podía suavizar la reacción de Billy a su llamada, que si lo hacía, los hermanos se darían cuenta. El hecho de que Eddie estuviera haciendo las preguntas era una señal de que iban a pasar a la segunda fase. La coacción, y si eso no funcionaba...

—Lárgate de aquí, Charlie —ordenó Junior—. Me das aseo. La culpa de esto es tuya. —Miró a su hermano e hizo un gesto con la cabeza.

Charlie salió deshecho de la oficina. Billy Campbell y Nor Kelly iban a recibir un aviso de que más les convenía callar. Dios mío, pensó, haz que se tomen en serio la advertencia. Luego meneó la cabeza, abatido.

Maldijo una vez más el día en que los hermanos Badgett se habían presentado en el bufete que entonces tenía en Queens para pedirle que los representara como abogado en la compra de una cadena de lavanderías. Yo necesitaba el trabajo, pensó, y no hice todas las preguntas que habría tenido que hacer. En realidad, no quería saber las respuestas. Ahora ya las sé.

Al llegar a su casa, Nor se relajó en el jacuzzi, se lavó y secó el pelo y, con vistas a echar un sueñecito, se puso un pijama. Pero la llamada telefónica de Billy cortó de raíz toda posibilidad de dormir.

Con un nudo en la garganta, escuchó lo que Billy le contaba de su conversación con «un representante de Empresas Badgett».

—He llamado a Rich Meyers, el agente del FBI, y le he dejado un mensaje. Después he llamado a Sean, pero tampoco estaba. No quería llamarte a ti, mamá, para no preocuparte, pero tienes que saber lo que está pasando.

—Naturalmente, Billy. Bien, esa gente ha averiguado, no sé cómo, que nosotros estábamos allí escuchando. Quizá tienen cámaras ocultas.

—Quizá. O alguien nos vio salir del despacho.

Nor se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Sabes quién era el que te llamó?

—No dijo su nombre, pero creo que podría ser el tipo que nos dijo lo que teníamos que cantar cuando llegamos a la mansión.

—Sí, me acuerdo de él. Un tipo nervioso, con cara como de soplón.

—El mismo. Bueno, tengo que irme. Tomaré el tren de las tres a Manhattan.

—Ten cuidado, Billy.

—Deberías decir «Rómpete una pierna».^[1]

—Es verdad.

—Bien, mamá, hasta luego.

Como un autómatas, Nor devolvió el auricular a su sitio. Antiguamente había trabajado en un club nocturno cuyo dueño se había retrasado en sus pagos a gente parecida a los Badgett. La primera advertencia había sido partirle una pierna, y lo que, por lo visto, no se le había ocurrido a Billy era que el tipo había hablado de Marissa. ¿Pensarán utilizarla los Badgett para convencernos a Billy y a mí?, se preguntó Nor angustiada.

Marcó el número de Sean O'Brien, sin muchas esperanzas de dar con él. O'Brien sabía muchas cosas de los hermanos. Quizá él pudiera decirle cuál iba a ser su siguiente movimiento. Nosotros ya hemos prestado declaración, pensó. Aunque quisiéramos, ¿cómo podríamos echamos atrás?

Sabía la respuesta: no era que no pudiesen echarse atrás, sino que no iban a hacerlo.

Yo siempre me ponía traje cuando tenía una entrevista de negocios, pensó Sterling mientras seguía a Billy hasta el tren de las tres.

Para su cita con los directivos de la discográfica, Billy había escogido unos vaqueros, una camisa holgada azul oscuro y una cazadora de piel.

Nunca me acostumbraré a estos nuevos estilos.

Claro que, en la década de 1880, cuando mamá era joven, ella llevaba corsés de encaje, botines abotonados, sombreritos y vestidos largos hasta los pies. Sterling suspiró, sintiendo nostalgia por la serenidad de la vida tras la muerte, donde uno no tenía que preocuparse por la ropa.

Tomó el asiento contiguo al de Billy, que había encontrado una plaza libre junto a la ventana. Yo también prefería el asiento de ventana cuando viajaba en tren, recordó Sterling. Cuando Annie y yo íbamos a visitar a nuestros amigos de Westport, siempre me sentaba junto a la ventana, y Annie no se quejaba nunca: ¿Será eso lo que el Consejo Celestial quería decir cuando me llamó pasivo-agresivo?

Se dio cuenta de que Billy estaba muy preocupado al ver la expresión de sus ojos y de su rostro. Se alegró cuando Billy cerró los ojos. Quizá así se relajará un poco, confió Sterling. Tendrá que estar muy despierto cuando se reúna con ese Chip Holmes.

El tren no era directo y tardó cuarenta y cinco minutos en llegar a Queens. Desde allí tomaron el metro hasta la calle Cincuenta y nueve, en Manhattan.

Llegamos con una hora de tiempo, notó Sterling mientras subían a la calle. Empezaba a anochecer. El tráfico era intenso, y los escaparates lucían decoraciones navideñas. Espero que Billy se dedique a pasear un rato. Hace cuarenta y seis años que no piso esta parte de Manhattan.

Parece igual pero a la vez distinto. Bloorningdale no cambiará nunca. Pero no veo Alexander's. Me encantaba vivir aquí, recordó Sterling mientras lo miraba todo. No hay un lugar igual en todo el mundo.

Siguió a Billy hacia Park Avenue. Los árboles de la isla central relucían de luces blancas. El aire era frío pero diáfano. Sterling inspiró hondo pese a que no le hacía falta respirar. El aroma de las plantas navideñas le hizo pensar en otras fiestas pasadas.

Fueron andando hacia el centro y pasaron por delante del número 475 de Park Avenue. Ahí vivía mi jefe, recordó Sterling. Siempre nos invitaba a Annie y a mí a la fiesta que daba el día de Año Nuevo. ¿Qué fue de él? Nunca le he visto en la sala de espera, ni tampoco pasando frente a la ventana celestial.

En ese instante, un hombre muy viejo, bastón en mano, salió cojeando del edificio y se puso a hablar con el portero.

—Mi chófer se retrasa. Consígueme un taxi, muchacho.

Sterling se quedó de piedra. Es él, mi jefe. Josh Gaspero. ¡Debe de tener cien años! Me encantaría poder saludarle, pero mucho me temo que no tardaré en verle allá arriba.

Billy se había adelantado y Sterling se apresuró a alcanzarle, mirando varias veces hacia su jefe, que estaba esperando impaciente en la acera. No ha cambiado, pensó Sterling con afecto.

El Saint Regis estaba en la Cincuenta y cinco, pero Billy siguió al sur por Park Avenue. Al llegar a la Cincuenta, torció a la derecha y siguió unas manzanas al oeste en dirección al Rockefeller Center.

Otra vez aquí, pensó Sterling. Es un sitio estupendo cuando llega la Navidad. Apuesto a que sé adónde se dirige Billy. Cinco minutos después estaban delante del espléndido árbol con sus miles de luces de colores, mirando la pista de patinar.

Aquí es donde empezó todo. Sterling sonrió para sus adentros. El año que viene. Observaron a los patinadores y escucharon la música que sonaba en la pista. Apuesto a que Billy ha venido a patinar aquí con Marissa. Le observó. Estoy seguro de que ahora mismo la tiene en sus pensamientos.

Billy dio media vuelta. Sterling cruzó la Quinta Avenida detrás de él y le siguió mientras subía las escaleras de la catedral de San Patricio. Ha venido para rezar, pensó Sterling. Tan pronto franquearon la entrada y experimentaron la majestuosidad del templo, Sterling tuvo una intensa sensación de anhelo. Le vinieron a la mente los rostros alegres y apacibles de las personas que se acercaban a las puertas del cielo. Con la cabeza gacha, se arrodilló junto a Billy después de que este encendiera una vela en una de las capillas laterales.

Él reza por su futuro en la tierra. Yo rezo por el mío en la eternidad. Estar una hora en el cielo el día de Nochebuena... Sterling notó lágrimas en sus ojos y susurró: «Ayúdame a completar mi misión en la tierra para que pueda empezar a ser digno de Ti».

Cuando salieron de la catedral varios minutos después, Sterling sentía a la vez gratitud y pena. Supo que por fin estaba empezando a valorar de verdad el don de la vida y el regalo de la vida eterna.

Una vez en el Saint Regis, Billy entró en el King Cole Bar, se sentó a una mesa y pidió un agua Perrier.

Vaya, cómo ha cambiado esto, pensó Sterling mientras echaba un vistazo. Pero el mural de Maxfield Parrish es el mismo de siempre. Siempre me encantó.

Eran casi las cinco y el bar empezó a llenarse de repente. Recuerdo que nos reuníamos aquí para tomar un vaso de vino, pensó Sterling. Es lo mismo que hace la gente ahora, verse con los amigos, disfrutar de la compañía mutua; eso al menos no ha cambiado.

Un par de mujeres jóvenes miraron sonrientes a Billy, que estaba demasiado

absorto en sus cosas como para percatarse de ellas.

A las cinco y veinte, Sterling notó que Billy se estaba preparando para el encuentro. Enderezó los hombros, empezó a beber su agua, pendiente de la puerta del bar. Diez minutos después, cuando el ejecutivo de la discográfica que había estado en Nor's Place apareció acompañado de un hombre de gestos impetuosos y calva incipiente, Billy era la viva imagen del hombre atractivo y simpático.

Se trasladaron a una mesa más grande. Siempre hay sitio para uno más, pensó Sterling mientras ocupaba la silla vacía y empezaba a estudiar a los recién llegados. Le bastó un momento para distinguir que Chip Holmes era el pez gordo de la discográfica y Eli Green el jefe de la Sucursal de Nueva York.

Holmes era el típico individuo pragmático que va siempre al grano.

—Eres bueno, Billy, muy bueno. Tu manera de cantar tiene algo especial que me hace confiar en que vas a llegar muy lejos.

Es lo que yo decía, pensó Sterling.

—Además, tienes buena imagen, lo cual no es muy habitual entre los cantantes masculinos.

Sterling aplaudió en silencio el comportamiento de Billy durante la media hora que duró la entrevista. Hablaba confiado y, aunque se mostró contento, no exageró su alegría cuando Holmes le ofreció un sustancioso contrato y le prometió que tendría todo el apoyo que necesitara.

—Te hemos asignado uno de nuestros mejores productores. Quiere ponerse a trabajar contigo lo antes posible. En el plazo de un año podrías ser una estrella, Billy.

La entrevista concluyó con apretones de manos y una ferviente expresión de gratitud por parte de Billy.

Bien hecho, pensó Sterling. Durante la charla los has impresionado con tu compostura, pero ahora tocaba hacerles ver que te alegrabas de cerrar el trato. Conozco a los tipos como Holmes. Les gusta hacer el papel de persona muy influyente.

Ya en el vestíbulo, Billy consultó el horario de trenes y miró su reloj. Sterling pudo ver que pretendía tomar el tren que salía a las siete menos diez de Jamaica, en Queens. Un poco justo, pensó Sterling, pero es un directo, Y el siguiente para en todas las estaciones.

Recorrieron las siete manzanas hasta la calle Cincuenta y nueve en la mitad de tiempo que habían tardado en llegar al hotel. Billy está flotando de felicidad, pensó Sterling. Al menos, de momento. Estoy seguro de que en vez de pensar en los Badgett, se está deleitando en lo que puede significar este contrato para su futuro.

Bajaron al metro y se sumaron a la multitud que llenaba el andén. Tras consultar de nuevo su reloj, Billy se abrió paso hasta el borde y se inclinó para ver si veía llegar una luz por el túnel.

Todo sucedió en un instante. Sterling vio materializarse de pronto a un tipo corpulento que, de un golpe con el hombro, mandaba a Billy hacia las vías. Angustiado, Sterling trató de agarrarlo sabiendo que no podía hacerle recuperar el equilibrio, pero sus brazos atravesaron limpiamente el cuerpo de Billy.

El tren estaba entrando en la estación. Se va a caer, pensó Sterling, impotente. Una mujer gritó mientras el tipo corpulento tiraba de Billy para ponerlo a salvo y luego desaparecía entre la muchedumbre, camino de la salida.

El convoy abrió sus puertas. Billy se apartó mientras los pasajeros salían en tromba.

—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien, nervioso, mientras Billy abordaba el vagón.

—Sí, estoy bien. —Billy se agarró de la columna central que había junto a la puerta.

Una mujer mayor le reprendió.

—Ha tenido usted mucha suerte. No debería acercarse tanto al borde del andén.

—Ya. Ha sido una estupidez —concedió Billy, y luego se volvió haciendo un intento de normalizar el ritmo de sus pulsaciones.

No ha sido ninguna estupidez, quiso gritar Sterling, desconsolado por no poder advertir a Billy. Él no se da cuenta de que le han empujado adrede. El andén estaba tan lleno que seguramente piensa que los empujones han sido la causa de que perdiera el equilibrio, y que alguien le ha agarrado a tiempo.

Sterling se situó junto al poste central mientras el metro daba bandazos por la vía. Llegaron a Jamaica con el tiempo justo de tomar el tren de las siete menos diez a Syosset.

Sterling no dejó de tener pensamientos lúgubres durante todo el trayecto: Lo sucedido en el andén del metro no ha sido un accidente, ¿qué van a intentar ahora los hermanos Badgett?

Lee Kramer estaba sola en la pequeña sala de espera del hospital reservada a familiares de ingresados en cuidados intensivos. Salvo los escasos minutos que había podido estar junto a la cama de Hans, no había salido de allí desde la madrugada, cuando había seguido a la ambulancia hasta el hospital.

Las palabras «ataque al corazón» no dejaban de resonar en su cabeza. Hans, que en veintidós años de matrimonio apenas se había resfriado un par de veces.

Intentó tranquilizarse con lo que le había dicho el médico: que Hans se estaba estabilizando. También dijo que Hans había tenido suerte. El hecho de que hubieran estado allí los bomberos, con el equipo necesario para reanimarle, le había salvado la vida.

Hans ha estado sometido a demasiada tensión, pensó Lee. Presenciar el incendio fue la gota que colmó el vaso.

Alzó la vista cuando se abrió la puerta, luego miró hacia otra parte. Varios amigos suyos habían pasado por allí para hacerle un rato de compañía, pero Lee no conocía a aquel hombre de pelo oscuro y rostro severo.

El agente Rich Meyers del FBI había ido al hospital confiando en poder hablar con Kramer unos minutos. Eso estaba descartado, le había dicho con firmeza la enfermera, pero añadió que la señora Kramer se encontraba en la sala de espera.

—¿Señora Kramer?

Lee se dio la vuelta.

—Sí.

Se notaba que estaba muy tensa. Parecía como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Su pelo corto, rubio ceniza, sus ojos azules y su cutis pálido le hicieron pensar a Meyers que, al igual que su marido Hans, debía de tener antepasados suizos.

Rich se presentó y le entregó su tarjeta. Ella se alarmó al instante.

—¿FBI?

—Estamos investigando la posibilidad de que el incendio del almacén de su marido fuera intencionado.

—¿Intencionado, dice usted? ¿Quién haría una cosa así?

Meyers se sentó en la silla de plástico enfrente de ella.

—¿Sabe usted algo de unos préstamos?

Lee se llevó una mano a la boca, y los pensamientos que la habían torturado todo el día salieron a la luz.

—Cuando todo cambió y el negocio empezó a ir de mal en peor, hipotecamos de nuevo la casa por todo el dinero que el banco quiso prestarnos. El almacén también está hipotecado, pero es poca cosa.

Me consta que el seguro apenas cubre nada. Hans estaba convencido de que si podía aguantar un poco más, el negocio se recuperaría. Es muy bueno en su

especialidad. Ese programa de software debería ser un éxito. —A Lee le falló la voz —. Y ahora ¿qué más da? Si al menos consigue sobrevivir...

—Señora Kramer, aparte de las hipotecas, ¿sabe si su marido pidió otros préstamos?

—Yo no sabía nada, pero esta mañana, después de recibir la llamada avisándonos del incendio, dijo algo como «He pedido prestado mucho dinero...».

Meyers no se alteró.

—¿Le dijo a quién se lo había pedido?

—No.

—Entonces usted no debe de saber si ayer noche hizo una llamada telefónica y dejó un mensaje acerca de un préstamo...

—No sé nada de eso. Pero anoche estaba muy nervioso.

—Señora Kramer, ¿su marido tiene un teléfono móvil?

—Sí.

—Quisiéramos que nos autorizara a verificar su cuenta y sus llamadas personales para ver si anoche hizo alguna llamada.

—¿A quién cree que pudo llamar?

—A personas que no dan prórrogas por un préstamo.

Sintiendo que se le removían las tripas, Lee tuvo miedo de hacer la siguiente pregunta.

—¿Es que Hans está en un apuro?

—¿Con la justicia? No. Solo queremos hablar con él acerca de ese préstamo. El médico nos dirá cuándo es posible verle.

—Si es que existe esa posibilidad —dijo Lee.

Charlie Santoli había salido del despacho de los Badgett a toda velocidad después de haber recibido una reprimenda por no salirse con la suya en su misión de sobornar a Billy Campbell, pero a las cuatro Junior le había mandado llamar otra vez.

Caminó apresuradamente por el pasillo y dobló la esquina hacia la suite que compartían Junior y Eddie Badgett. Su secretaria de muchos años estaba a su mesa. Tiempo atrás, Charlie había deducido que incluso de niña, Lil debía de haber tenido unos rasgos belicosos. Ahora que había rebasado los cincuenta, su rostro estaba permanentemente ceñudo. Con todo, le caía bien, y probablemente era la única persona en todo el edificio que no le tenía miedo a Junior.

Lil alzó los ojos, siempre protegidos por sus enormes gafas, e hizo una señal con el pulgar para indicarle que entrara enseguida. Luego, con una voz que los años de mucho fumar habían vuelto ronca, dijo:

—La cosa está un poco más calmada. —Y luego añadió—: No es asunto mío, ya lo sé.

Charlie sabía que no era preciso decir nada. Tomó aire y abrió la puerta del despacho.

Junior y Eddie estaban sentados en las butacas tapizadas de cebra, con sendos vasos en la mano. Hacia el final de la jornada solían tomar una copa juntos antes de subir a su limusina y volver a casa. Si Charlie estaba allí por casualidad, normalmente le decían que se sirviera algo del bar.

Hoy no era uno de esos días. No le ofrecieron una copa ni le invitaron a tomar asiento.

Junior le miró antes de decir:

—Por si Campbell cambia de opinión, tenemos que solucionar este asunto de las becas. Todo el mundo está al corriente de que solo hemos dado pasta a los viejos. Ahora haremos algo por los pequeños. Ocúpate tú de todo. Busca otros nueve niños que destaquen en la zona, todos de una edad similar a la de la hija de Campbell. Creemos que sería un detalle ofrecerles una beca también a ellos.

Esto tiene que ser una broma, pensó Charlie.

Indeciso, sugirió:

—Yo creo que estaría bien que alguno de esos niños fuera mayor. ¿Cómo vais a explicar a los medios de comunicación que queréis dar diez becas de estudios a niños tan pequeños cuando hay chicos y chicas de instituto que las necesitan ahora?

—Eso no nos interesa —gruñó Eddie—. Queremos construir para el futuro. Y si Campbell es lo bastante listo para subirse al tren, meteremos el nombre de su hija junto con los otros.

—Marissa saca buenas notas y es una excelente patinadora —observó Junior como si tal cosa mientras arrancaba de un mordisco la punta de un cigarro—. Tú

búscanos otros niños que destaquen como ella.

Charlie sintió que su sistema digestivo volvía a darle problemas. «Una excelente patinadora». ¿Cómo sabe Junior tantas cosas de Marissa Campbell?, se preguntó.

—Por supuesto, si no puedes convencer a ese cantante de que se retracte de cuanto haya podido decir acerca de nuestra bromita, no hará falta invertir ningún dinero —dijo Junior sin alterarse—. No queremos entretenerte, Charlie. Sabemos que estás muy ocupado.

De vuelta en su oficina, Charlie procuró tranquilizarse pensando que, por muy malos que fueran, Junior y Eddie jamás hacían nada a los hijos de sus enemigos.

Pero esos dos... No pudo pensar más. De repente estaba rezando para que Campbell fuera listo y aceptara la beca para su hija.

Preocupado, alcanzó una carpeta con la información sobre el concesionario de coches que los Badgett querían comprar. Su intención había sido dedicarse a ello, pero no había podido concentrarse en el asunto.

A las seis y media cerró el archivo y se levantó. Se había puesto la chaqueta y tenía el maletín en la mano cuando el teléfono sonó. Fue a contestar de mala gana.

Una voz grave y ronca, que no pudo reconocer, dijo:

—Charlie, me dice el jefe que te pase el aviso de que Billy Campbell por poco se cae a la vía cuando pasaba el metro, pero yo lo salvé a tiempo.

Antes de que Charlie pudiera reaccionar, la llamada se cortó.

Devolvió el auricular a su sitio y se quedó allí de pie un minuto entero. En todos los años que llevaba trabajando para los Badgett, lo peor que había hecho era hablar con testigos potenciales, como Billy Campbell, y disponer después que se les pagara con dinero blanqueado. Podían meterle en chirona por sobornar a testigos, pero esto era distinto y mucho más grave. Quieren implicarme en lo que les pueda pasar a Billy Campbell y Nor Kelly si no logro convencerles de que tengan la boca callada, pensó. Nunca había visto a Junior y Eddie de tan mal humor como hoy, y sé que es porque están muy preocupados.

Cerró la puerta de su oficina y fue hacia el ascensor. Aunque Campbell y Kelly consientan en olvidar lo que oyeron el día de la fiesta, ¿bastará eso para que no corran ningún peligro?

Charlie lo dudaba.

El restaurante hervía de actividad cuando Billy y Sterling volvieron a las ocho. El comedor estaba a tope y en la barra había mucho trabajo. Nor estaba hablando con unas personas en una mesa cercana a la barra pero, como si hubiera tenido ojos en la nuca, se dio la vuelta tan pronto Billy entró en el comedor. Nor se animó al verle.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó de inmediato. Billy sonrió satisfecho.

—Chip Holmes insiste en que soy un cantante «muy especial»...

Nor le echó los brazos al cuello.

—Oh, Billy, es fantástico. —Hizo señas a uno de los camareros—. Nick, tráenos una botella de Dom Perignon; tenemos algo que celebrar.

No me importaría probarlo, pensó Sterling. Y mientras ocupaba su silla de siempre en la mesa de Nor, le vino a la memoria un torrente de recuerdos.

Sus padres descorchando una botella de «Dom» el día que él cumplía veintiún años...

Más burbujas compartidas con ellos cuando pasó su examen de abogado...

Aquel esplendoroso día de octubre, cuando Annie y él habían ido en coche con otra pareja a ver la casa de Roosevelt en Hyde Park. De regreso habían parado a comer algo en los Palisades, y Annie los había sorprendido apareciendo con una botella de champán y cuatro copas.

Cuando terminé la mía, me bebí la mitad de la suya, pensó. ¡Oh, Annie!

Sterling tragó saliva y se dio cuenta de que no estaba al tanto de Billy y Nor. Evidentemente, Billy le había hablado de la entrevista, porque ella estaba diciendo:

—¡Es estupendo, Billy! Vas por muy buen camino.

No se percataron de que Sean O'Brien acababa de entrar en el restaurante. Todos levantaron la vista, sorprendidos, cuando se acercó a la mesa.

—Siento no haber podido contactar contigo, Nor —se disculpó—. La próxima vez llámame al móvil. ¿Ha habido novedades?

—Cuéntale lo de la llamada de los hermanos Badgett, Billy.

Sterling vio que O'Brien mudaba el gesto cuando Billy le explicó el ofrecimiento de una beca.

Y cuando Billy terminó su relato, la primera pregunta de Sean fue si había notificado la llamada al FBI.

—Rich Meyer no estaba en su oficina —respondió Billy—. Le dejé un mensaje.

—Telefoneó aquí a eso de las cinco —informó Nor—. Mi impresión es que según él ha sido una dura advertencia disfrazada de otra cosa.

O'Brien frunció el ceño.

—He sido inspector durante casi treinta años y conozco el paño. Si no hacéis lo que os dicen, la advertencia será algo más que meras palabras.

Billy, rogó Sterling para sus adentros, cuéntale lo que ha pasado en el metro.

Necesitas protección.

—Supongo que no tenemos más remedio que esperar acontecimientos —dijo Nor—. Oh, ya llega el champán. Estamos celebrando el contrato de Billy. —Se volvió hacia él—. Será mejor que te des prisa. Tenemos que actuar dentro de un rato.

Billy se levantó.

—Me llevo la copa arriba. He de cambiarme y me gustaría llamar a Marissa. Ya la conoces. Quería que le contara cómo ha ido la entrevista.

Yo me quedo aquí haciendo compañía a Nor, decidió Sterling, cuando Dennis llegó de la barra.

—Quería felicitar a Billy, pero veo que ya no está.

—Ha subido a cambiarse —dijo Nor.

Sterling escuchó las explicaciones de Nor sobre la entrevista de Billy con los jefes de la discográfica.

—La noticia del contrato es maravillosa —prosiguió—, pero no sabéis lo nerviosa que he estado todo el día. Desde que Billy recibió esa llamada, no he hecho más que pensar en qué harán ahora los hermanos Badgett... Bueno, yo también he de prepararme —concluyó Nor—. Salimos dentro de quince minutos. ¿Podrás quedarte, Sean?

—Un rato. Kate trabaja esta noche.

Dennis se volvió a Sean.

—He de volver a la barra. ¿Por qué no vienes a sentarte allí?

Mientras se levantaban, vieron a Billy bajar corriendo las escaleras con un extintor bajo el brazo.

—Mamá, tu coche está en llamas —dijo—. He llamado al 911.

La noticia del fuego se extendió por todo el comedor. Dennis agarró otro extintor de la barra.

Con O'Brien y Sterling pisándole los talones, corrió afuera hacia donde estaba el vehículo en llamas y ayudó a Billy en su intento de apagar el fuego.

Nor salió del establecimiento rodeada de varios clientes a los que había tratado de tranquilizar.

Coches antiincendios estaban llegando ya al aparcamiento, e inmediatamente los bomberos ordenaron a la gente que se apartara.

Tardaron solo unos minutos en extinguir el incendio. El coche de Nor estaba en su lugar habitual, frente a la entrada de la cocina, alejado de la zona de aparcamiento para clientes.

Nor procuró animar a sus clientes a entrar de nuevo en el restaurante.

Una vez desconectadas las mangueras, el jefe de bomberos, Randy Coyne, acompañado por un agente de la policía de Madison Village, habló con Nor, Billy, Sean y Dennis en el despacho de la propietaria.

—El coche está destrozado, Nor, pero la cosa podría haber sido más grave. Al menos el fuego no se ha extendido a otros vehículos, y has tenido mucha suerte de que el restaurante haya quedado intacto.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Nor.

—Creemos que lo rociaron de gasolina.

Se produjo un momentáneo silencio en el despacho, y luego O'Brien dijo:

—Randy, creemos saber quién está detrás de esto, pero es un asunto para el FBI. Ellos ya están investigando la amenaza telefónica que Billy recibió esta mañana.

—Pues llámenles ahora mismo —dijo el agente de policía—. Me aseguraré de que haya un coche patrulla apostado aquí toda la noche.

—Y otro en casa de Nor —dijo Sean O'Brien.

—Será un placer tener a alguien vigilando —admitió ella.

Sean se volvió a Nor y Billy.

—Un consejo, Nor. Lo mejor es que salgáis a actuar como si nada hubiera pasado.

—Ojalá pudiera quedarme —dijo el jefe de bomberos con media sonrisa.

—Estaré fuera hasta que lleguen efectivos para vigilar esto y también su casa, señora Kelly —dijo el agente.

Billy esperó a que se hubieran marchado y luego dijo:

—Hoy me ha pasado algo cuando estaba en el metro. Yo pensaba que había sido un descuido por mi parte, pero...

Sterling vio que la expresión de los otros tres se nublaba mientras Billy procedía a explicar lo ocurrido.

—El mismo que te empujó te salvó luego de caer —dijo Sean enseguida—. Es un truco muy utilizado por esa gentuza.

Sonó el teléfono. Respondió Billy. Mientras escuchaba, su rostro se puso lívido. Luego, sin soltar todavía el aparato, dijo:

—Alguien acaba de decirme que siente haber tropezado conmigo en el andén, y que la próxima vez que yo quiera ir a Nueva York será mejor que le pida el coche a mi madre.

Un instante después en la eternidad, pero una semana más tarde según el calendario terrenal, Sterling solicitó una entrevista con el Consejo Celestial. Ahora estaba sentado frente a ellos.

—Parece como si llevaras todo el peso del mundo sobre los hombros, Sterling —observó el monje.

—Es la sensación que tengo, señor —concedió Sterling—. Como sabéis, los acontecimientos de la semana pasada se precipitaron después del incendio en el coche. La policía y el FBI convencieron a Nor y Billy de que era necesario que estuvieran bajo custodia preventiva hasta el juicio contra los hermanos Badgett. Se esperaba que el proceso tuviera lugar en un plazo relativamente corto.

—Todos sabemos que eso no será así —dijo el pastor.

—¿Tienes un plan de acción? —preguntó imperiosamente el almirante.

—Sí, señor. Quisiera pasar por este año terrenal lo más rápido posible. Estoy impaciente por llegar al punto en donde conocí a Marissa y empezar a hacer algo para ayudarla. Hasta entonces tengo las manos atadas. Solo que me gustaría tener alguna que otra pista sobre lo que necesitaré saber a fin de que Marissa pueda reunirse felizmente con su padre y su abuela.

—Entonces ¿no quieres pasar otro año entero en la tierra? —A la reina pareció divertirse eso.

—Pues no —le dijo Sterling, con voz solemne—. Mi época terrenal ha quedado atrás. Anhele ayudar a Marissa. Se despidió de Billy y de Nor hace solo unos días, y ya está desconsolada.

—Lo sabemos —dijo suavemente la enfermera.

—Cuéntanos tu plan —propuso el santo indio.

—Tener la libertad de recorrer el año lo más rápido que me parezca necesario, y la facultad de poder trasladarme de sitio en sitio con solo que lo solicite al Consejo.

—¿A quién tienes pensado visitar? —dijo el torero.

—Para empezar, a Mama Heddy-Anna.

Los del Consejo le miraron atónitos.

—Allá tú —dijo el monje.

—Mama Heddy-Anna ha tenido que soportar muchas cosas —murmuró la monja.

—El día que aparezca por aquí será sonado —terció el almirante—. Yo mandé muchos barcos en combate, pero reconozco que esa mujer podría convertirme en un cobarde.

Todos rieron. El monje alzó la mano con la palma hacia fuera.

—Ve, Sterling. Haz lo que sea necesario. Tienes todo nuestro apoyo.

—Gracias, señor. —Sterling miró de uno en uno a los miembros del Consejo y luego volvió la cabeza hacia la ventana celestial. Las puertas estaban tan cerca que

casi creyó poder tocarlas con la mano.

—Ponte en camino, Sterling —dijo el monje con tono bondadoso—. ¿Dónde quieres que te dejemos?

—En Valonia.

—A cada uno lo suyo —dijo el monje, y pulsó el botón.

Nevaba ligeramente, el viento era frío, y la aldea de Kizkek parecía no haber cambiado en un millar de años. Estaba situada en un vallecito, al pie de unos montes nevados que formaban como un escudo contra el mundo exterior.

Sterling se sorprendió en una calle estrecha a las afueras de la aldea. Al ver aproximarse un carro tirado por un burro, se hizo a un lado. Entonces miró la cara del carretero: ¡era Mama Heddy-Anna en persona, y acarreaba un montón de leña!

Siguió el carro por el exterior de la casa hasta el patio de atrás. Ella se detuvo al llegar allí, se apeó de un salto, ató el burro a una estaca y empezó a descargar, apilando vigorosamente los leños contra la casa.

Una vez vació el carro, desenganchó el burro y lo metió en una zona vallada del patio.

Pasmado, Sterling entró detrás de Heddy-Anna en la casita de piedra. Parecía consistir en una sola habitación grande, construida alrededor de un hogar central. Una marmita que colgaba sobre la brasa despedía un delicioso aroma a estofado de carne.

En la parte dedicada a cocina había una mesa y unos bancos de madera. La mecedora estaba orientada hacia el televisor, que contrastaba, y de qué manera, con el entorno. Otro par de butacas muy gastadas, una alfombra raída y un maltrecho armarito de madera completaban la decoración.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías de los hijos de Heddy-Anna y de su marido el preso.

La repisa de la chimenea contenía figuras enmarcadas de varios santos, sin duda los favoritos de Mama.

Mientras ella se despojaba de su parka y de su gruesa bufanda, Sterling subió arriba por la angosta escalera. Había allí dos pequeños dormitorios y un cuarto de baño minúsculo. Una de las habitaciones era obviamente la de Mama. En la otra había dos pequeñas camas contiguas; sin duda, cuando eran niños Eddie y Junior habían descansado allí sus inocentes cabecitas, dedujo Sterling. Nada que ver con la vistosa mansión que ahora tenían en Long Island.

Sobre las camas había sendas pilas de ropa de marca, todavía con las etiquetas puestas. Tenían que ser regalos de los hijos ausentes, cosas que su madre consideraba absolutamente inútiles.

Sterling percibió a lo lejos el sonido de un teléfono y bajó a toda prisa, dándose cuenta entonces de que el Consejo Celestial le había otorgado un poder que no había pensado en utilizar. Jamás pensé que un día entendería el valonio, pensó, mientras oía a Mama decirle a una amiga suya que trajera algo más de vino. Por lo visto iban a ser diez a comer y ella no quería quedarse corta. Estupendo, pensó Sterling. Vamos a tener compañía. Es la mejor manera de averiguar cómo es Heddy-Anna en realidad. Entonces se percató: ella estaba hablando por un teléfono mural cerca de los fogones.

Junto al aparato, donde mucha gente tiene los teléfonos de urgencia, había una pizarra con una lista numerada.

Será la lista de la compra, pensó, pero luego vio lo que estaba escrito en la pizarra.

ACHAQUES Y DOLORES

Sterling revisó rápidamente la lista:

Pies hinchados.

Punzadas en el corazón.

Gases.

Mareos.

He vomitado dos veces.

La comida no me sabe a nada.

Tienen que operarme.

Ansiedad.

Un ojo no se me cierra.

Dolor de espalda.

Encías inflamadas.

Ya lo he visto todo, pensó Sterling, al advertir que al lado de cada achaque había anotaciones con las fechas de las llamadas telefónicas de sus hijos desde América. Mama es una experta en esto, pensó: nunca usa dos veces seguidas la misma queja.

Mama Heddy-Anna había colgado el teléfono y estaba de pie a su lado, examinando la lista con una sonrisa satisfecha. Luego, con la energía de un sargento de instrucción, empezó a lanzar platos, vasos y cubiertos a la mesa.

Unos minutos después, sus amistades empezaron a llegar. Ella los fue recibiendo entre abrazos de oso.

Mama había dicho que serían diez. Son todos muy puntuales, observó Sterling. El décimo invitado era el que traía más vino.

Todos parecían tener más de setenta años, por no decir ochenta, y estaba claro que habían pasado la mayor parte de su vida a la intemperie. Su piel curtida y sus manos callosas eran el testimonio de una vida de duro trabajo físico, pero sus risas y su compañerismo no se diferenciaban en nada de los grupos de amigos que Sterling había observado en el King Cole de Manhattan, o en Nor's Place.

Mama Heddy-Anna sacó del horno una humeante hogaza de pan y sirvió el estofado. Llenaron los vasos de vino. Todo el mundo se sentó a la mesa. Sonoras carcajadas seguían al intercambio de anécdotas y chascarrillos sobre otros habitantes de la aldea, o sobre excursiones que habían disfrutado juntos. La semana anterior

había habido un baile en la sala de la iglesia, y Heddy-Anna había bailado la danza popular valonia encima de una mesa.

—Tengo intención de hacer lo mismo en el monasterio cuando lo inauguren como hotel el día de Año Nuevo —anunció Mama Heddy-Anna.

—Yo fui hasta allí esquiando el otro día y estuve echando un vistazo —dijo el benjamín del grupo, un septuagenario recio—. No sabéis lo bonito que es. Ha estado cerrado durante veinte años, desde que se fue el último monje. Es bonito verlo todo tan arreglado.

—Mis chicos también solían ir esquiando hasta allí —dijo Heddy-Anna sirviéndose un poco más de estofado—. Lástima que el monasterio esté al otro lado de la frontera, el dinero de los turistas nos vendría muy bien.

El sonido del teléfono los hizo reír a todos. Heddy-Anna se limpió la boca con su servilleta, guiñó el ojo a sus amigos, se llevó un dedo a los labios y esperó al quinto tono para responder con voz débil:

—¿Digaaaa? —Se puso en pie para ver mejor la pizarra—. No oigo. Habla más fuerte. Espera, tengo que sentarme. Hoy me duele mucho el pie. Se me ha dislocado y he tenido que pasar la noche tendida en el suelo.

Luego, su expresión cambió.

—¿Cómo que se ha «equivocado de número»? ¿No es Eddie? —Colgó el teléfono—. Falsa alarma —dijo a sus amigos, y se sentó para seguir comiendo.

—Lo has hecho muy bien —dijo en tono de elogio la mujer que estaba a su lado—. Te estás superando, Heddy-Anna.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez Heddy-Anna se aseguró de quién era el interlocutor antes de recitar su lista de achaques.

—Y aparte de eso... —continuó con lágrimas en su voz.

El que estaba más cerca del teléfono se levantó de un salto y señaló el punto seis de la lista. Heddy-Anna asintió con la cabeza.

—... Ya no noto el sabor de lo que como. Estoy adelgazando a marchas forzadas...

Me parece que ya sé lo que está pasando aquí en Valonia, pensó Sterling. Ahora me gustaría estar en la siguiente estación y echar un vistazo a Marissa.

Salió de la casita de piedra, miró hacia las montañas y luego elevó los ojos al cielo.

¿Puedo volver a casa de Marissa, por favor?, y que sea el mes de abril, pidió. Después cerró los ojos.

Los sauces son los primeros en notar la primavera, pensó Sterling mientras contemplaba la graciosa salceda que había en el césped frente a la casa de Marissa en Madison Village. Los árboles estaban envueltos en una bruma rosada, un avance de los capullos que pronto serían visibles.

El crepúsculo estaba empezando a posarse mientras desaparecían los últimos rayos de sol. Entró en la casa y encontró la familia sentada a la mesa.

Ocupó una silla lo más alejada posible de los mellizos, que estaban aporreando sus sillitas con sendas cucharas.

Marissa se sentaba en frente de ellos, pinchando en silencio un pequeño pedazo de pollo.

Denise y Roy estaban a ambos extremos de la mesa, cada cual con su silla pegada a un costado de modo que pudieran dar de comer a uno de los pequeños.

—¿Cómo te ha ido el colegio? —le preguntó Roy a Marissa, mientras conseguía introducir en la boca de Robert una cucharada de puré de patata.

—Supongo que bien —dijo ella lacónicamente.

—No estás comiendo, Marissa. Haz el favor de comer algo —le rogó Denise, y de repente cerró la boca al recibir una mirada de advertencia por parte de Roy.

Marissa soltó el tenedor.

—Es que no tengo hambre, de verdad. ¿Puedo levantarme?

Denise dudó un poco y luego asintió con la cabeza.

—Papá y NorNor llamarán dentro de una hora.

—Ya lo sé.

—Te avisaré, y así podrás ir a tu cuarto y hablar con ellos.

Sterling estuvo tentado de seguir a Marissa pero decidió que quería oír lo que Denise le diría a Billy cuando este telefonara.

Cuando Marissa estuvo arriba, Denise le dijo a Roy:

—No me he atrevido a hablar de los informes del colegio. Parece ser que en clase no se concentra. El profesor asegura que Marissa se culpa de la partida de Billy y de Nor, que ella piensa que debió de hacer algo malo.

—Les pasa a muchos niños cuando a sus padres les sucede algo, ya sea la muerte, el divorcio o la separación —dijo Roy—. Hemos de ser comprensivos, nada más.

Roy es una buena persona, pensó Sterling. Hace todo lo que puede.

Los mellizos empezaron por turnos a quejarse, estaban hartos de estar sentados a la mesa.

Roy picó un poco más de ensalada y luego se levantó.

—Tomaré café más tarde. Voy a llevar a estos dos arriba y les prepararé la bañera.

Denise empezó a recoger la mesa. El teléfono sonó minutos después.

—Ah, Billy, no esperaba tu llamada hasta más tarde —dijo—. No, no, Marissa

está en casa. Si sabe que vas a llamar, no se mueve de aquí por miedo a perderselo. ¿Alguna novedad?

Escuchó y luego dijo:

—Cuando hables con ella, dile lo orgulloso que estás de que siempre haya sido tan buena alumna. Los dos sabemos que haría cualquier cosa por complacerte. Bueno, te paso con ella. Saluda a Nor de mi parte.

Dejó el auricular encima de la mesa y llegó a la escalera.

—Marissa —llamó.

—¿Es papá? —Marissa estaba ya en el rellano.

—Sí.

Sterling corrió escaleras arriba y siguió a la niña hasta el dormitorio de los padres. Ella cerró la puerta después de entrar.

Durante varios minutos, Sterling escuchó cómo Marissa le rogaba a su padre que volviera. Le prometió que no se pondría pesada pidiéndole que la llevara al cine, que no intentaría retenerle al teléfono para que hablara con ella cuando supiera que estaba ocupado, o que...

Sterling se acercó para escuchar lo que Billy estaba diciendo.

—¡No quiero que pienses esas cosas, Marissa!

Esto no tiene nada que ver con nada que tú hayas hecho. Me gustó mucho cuando me telefoneaste...

—Entonces ¿por qué no me das tu número de teléfono? —pidió Marissa con lágrimas en los ojos.

—Es que no puedo, Rissa. Para llamarte he de hacerla desde el teléfono de otra persona. NorNor y yo solo queremos volver a casa lo antes posible.

En cuanto regrese, te explicaré todo lo que pasa, te lo prometo...

Después de despedirse medio llorosa, Marissa volvió a su cuarto, se sentó a su mesa y puso en marcha el equipo de música.

Sonó el último single de su padre. «*I know what I want... I know what I need...*».

Sterling la vio apoyar la cabeza en los brazos y deshacerse en lágrimas. Yo te daré lo que quieres y necesitas, pequeña, le juró Sterling. Y lo haré aunque tenga que remover cielos y tierra. Mejor dicho, con la ayuda del cielo, se corrigió.

Cerró los ojos y dirigió sus pensamientos al Consejo Celestial. ¿Puedo trasladarme a donde están ahora mismo los hermanos Badgett?

Cuando Sterling abrió los ojos, se encontró dentro de un restaurante sobre el agua amplio, bullicioso y ruidoso.

A menos que los hermanos estén viajando, supongo que esto será Long Island Sound, pensó. Observó a una mujer que estaba estudiando la carta. En la cubierta decía SAL'S ON THE SOUND.

Era un sitio donde servían filetes y marisco.

Gente provista de baberos atacaba alegremente unas pinzas de langosta; el solomillo era, al parecer, uno de los platos favoritos. Se fijó también en que muchos comensales habían elegido su aperitivo preferido, cóctel de gambas.

Pero ¿dónde se habían metido Junior y Eddie?

Estaba haciendo su segunda ronda de las mesas cuando advirtió un rincón semicircular con una espléndida vista del agua. Tras mirar con más detenimiento, vio que sus tres ocupantes no eran otros que Junior, Eddie y una Jewel escasamente vestida.

Los hermanos acababan de concluir una de sus entrevistas telefónicas a Heddy-Anna, y como de costumbre estaban los dos muy preocupados por ella. Jewel les había sugerido que lo mejor era salir a cenar a un sitio tranquilo.

Estaban bebiendo unos combinados, y el camarero procedía a tomarles nota.

Sterling se sentó cerca de ellos junto a la ventana. ¿Qué habrán pedido para cenar?, se preguntó.

—Creo que no podré comer nada —se lamentó Eddie—. Cuando pienso en lo enferma que está mamá, me dan ganas de llorar.

—Si solo fueran ganas, Eddie —le dijo Jewel—. Tienes la nariz roja. —Dio una palmadita a la mano de Junior—. Tú también, corderito mío.

Junior retiró la mano.

—Estoy resfriado.

—Y la alergia, cariño —dijo Jewel tras darse cuenta de su error—. Es el peor momento del año para las alergias. Y este está siendo uno de los peores.

—Sí, sí —dijo Junior, bebiendo un poco.

—Se ha vuelto a caer —musitó Eddie afligido—. El pie le ha fallado otra vez, pobre madre, y encima le sangran las encías. Apenas si puede masticar. —Hizo una pausa—. Y sus amigos insisten en que coma. Ya no nota el sabor de la comida.

—Viene diciendo lo mismo desde que os conocí hace ya tres años —dijo Jewel muy seria—. Algo comerá, digo yo.

Estofado de carne, pensó Sterling. Platos bien llenos.

—No se caía desde el mes de enero —continuó Eddie—. Yo esperaba que sus piernas estarían mejor. —Se dirigió a Junior—. Tenemos que ir a verla. Te digo que hemos de ir.

—No podemos, lo sabes muy bien —le espetó Junior—. Ya le enviamos ropa bonita para que se animara un poco, ¿no?

—Oh, seguro que le encanta —dijo Jewel—. Lo elegí todo especialmente para ella. Dos pijamas de raso, un vestido de noche y un sombrero con muchas flores para ir a la iglesia el domingo de Pascua.

Eddie se puso ceñudo:

—Mamá dice que la ropa que le mandamos es horrorosa.

—Eres cruel conmigo. —Jewel hizo un puchero—. Si yo la conociera, podría elegir mejor. Toda mujer tiene problemas de figura. Quiero decir que igual son sus caderas, o su cintura, o puede que su trasero tenga una forma curiosa...

—Cierra el pico —ordenó Junior—. Déjate de lecciones de anatomía.

A mí me estaba gustando, pensó Sterling.

Obviamente ofendida, Jewel se puso en pie.

—Disculpadme —dijo con énfasis exagerado.

—¿Adónde vas? —preguntó Eddie.

—A donde tú no puedes entrar, —y se alejó contoneándose.

—¿Se ha cabreado porque digo que a mamá no le gustó la ropa que ella eligió?

—Olvídate de eso —bramó Junior—. Escucha, he recibido una llamada cuando tú estabas donde ella no puede entrar.

—¿Y cuándo he estado yo ahí?

—Siempre estás ahí.

—No es verdad.

—Sí lo es. Cada vez que te busco, estás en el váter. Bueno, atiende. Nuestros chicos no pueden localizar a Billy Campbell y Nor Kelly.

—Son un hatajo de imbéciles —dijo Eddie.

—De eso sabes tú un montón. Calla y escúchame bien. Los cargos que se nos imputan no tendrán ningún peso si Kelly y Campbell no suben a testificar. Tenemos que deshacemos de ellos.

—El país es muy grande. ¿Cómo vamos a deshacemos de ellos si no damos con ellos?

—Hemos de encontrarlos como sea. De momento, ya he dado el siguiente paso. Me he puesto en contacto con un pistolero.

—No será Igor, ¿verdad? —dijo Eddie con los ojos muy abiertos.

—El mismo —dijo Junior—. Trabaja muy bien. Le he dicho que la única pista que tenemos es que están en algún lugar del Oeste.

—Ya he vuelto —gorjeó Jewel mientras se sentaba en la banqueta y besaba a Junior en la mejilla—. Os perdono a los dos por no valorar lo que hago para que vuestra madre esté contenta, y he de deciros una cosa. Creo que deberíais encontrar la manera de ir a visitarla en persona, antes de que sea demasiado tarde.

Junior la fulminó con la mirada:

—Déjalo.

El camarero se acercó con una bandeja de entremeses.

Ya sé lo que necesitaba saber, pensó Sterling.

Los hermanos Badgett están decididos a encontrar a Nor y Kelly y asegurarse de que no vivan para declarar en su contra.

Sterling optó por dar un largo paseo antes de solicitar que lo trasladaran a otra parte. Una hora después, había tomado una decisión. Cerró los ojos y susurró: Me gustaría que fuese pleno verano, y ¿podría reunirme con Nor y Billy?

Vaya, no creo que se hospeden aquí, pensó Sterling, desanimado. Se encontraba en la galería de la segunda planta de un motel de mala muerte muy cercano a una autopista. Aunque hacía un calor sofocante, la zona era muy bonita. Como en la aldea de Heddy-Anna, las montañas dominaban el paisaje.

De los seis vehículos aparcados frente al motel, cuatro tenían matrícula de Colorado.

Reparó en un hombre muy fornido y con gafas oscuras sentado dentro de un monovolumen. Le pareció que el hombre miraba el espejo retrovisor, como si vigilara la puerta que tenía justo detrás.

Sterling se volvió en aquella dirección. Por la ventana vio a Billy dentro del cuartucho, con las manos en los bolsillos. Observaba a Nor, que estaba sentada en la cama con un teléfono en la mano.

El aspecto de ambos había cambiado. Nor tenía el pelo castaño, no rubio, y lo llevaba recogido en un pulcro moño. Billy llevaba barba, y su pelo era mucho más corto.

Tal vez es desde aquí desde donde llaman a su casa, pensó Sterling. Si se han acogido al Programa de Protección de Testigos solo pueden telefonar desde líneas seguras. Los dos parecían terriblemente preocupados.

Entró, se quitó el sombrero y pegó el oído al auricular. Me estoy volviendo un fisgón de primera, pensó. Oyó una voz familiar al otro extremo de la línea: Nor estaba hablando con Dennis.

—No hace falta que te diga que tú eres el alma del restaurante, Nor —estaba diciendo Dennis—. Sí, yo puedo preparar combinados, y los chicos son buenos camareros, y Al es el mejor chef que hemos tenido nunca, pero eso no basta. Cuando entran, los clientes quieren verte sentada a tu mesa.

—Lo sé. ¿Cuánto hemos perdido este mes?

—Mucho. No llenamos ni una cuarta parte, ni siquiera los sábados por la noche.

—Eso significa, claro, que los camareros se están quedando sin propinas —dijo Nor—. Mira, Dennis, esto no va a durar mucho. En cuanto termine el juicio y los Badgett estén en la cárcel, podremos volver a casa. Calcula cuánto han perdido en propinas, y compénsales por la mitad cuando les pagues.

—Me parece que no lo has entendido, Nor. Estás perdiendo dinero a espuertas.

—Y tú tampoco me has entendido —le espetó Nor—. Sé que el restaurante me necesita. Pero tú y Al y los camareros, y el pinche de cocina y la gente de la limpieza, formáis parte de esto igual que yo. Tardé dos años en reunir un equipo tan bueno, y no quiero perderlo ahora.

—Cálmate, Nor, solo trato de ayudarte a que no te hundas con el restaurante.

—Lo siento, Dennis —dijo Nor apenada—. Todo este asunto me tiene muy

nerviosa.

—¿Cómo está Billy?

—¿Tú qué crees? Acaba de telefonear a Marissa y a la compañía discográfica. Marissa se niega a hablar con él (y de paso conmigo también) y la discográfica le ha dicho que como esto no acabe pronto van a tener que cancelar su contrato.

Hubo un silencio.

—Dennis —prosiguió Nor—, ¿sabes ese cuadro impresionista que está cerca de la chimenea, en mi sala de estar?

—Sí.

—Bien. Te nombro mi apoderado. Ve a mi caja de caudales y busca los papeles relativos al cuadro. Llévalo todo a la Reuben Gallery. Sé que te harán una buena oferta. Yo creo que vale al menos sesenta mil dólares. Eso ayudará un poco.

—Pero ese cuadro te encanta, Nor.

—Más me gusta el restaurante. Bueno, Dennis, creo que no puedo darte más buenas noticias de momento. Te llamaré dentro de un par de semanas.

—De acuerdo. Aguanta como puedas, Nor.

La siguiente llamada fue a Sean O'Brien, para ver si sabía algo de la fecha del juicio. No sabía nada.

Salieron de la habitación en silencio, bajaron al estacionamiento y se metieron en el monovolumen donde estaba sentado el hombre de las gafas oscuras. Debe de ser el agente del FBI que cuida de ellos, se dijo Sterling.

Viajó en el asiento de atrás, al lado de Nor.

Nadie dijo nada durante el trayecto de veinte minutos. Sterling vio un indicador que anunciaba que Denver estaba a cincuenta kilómetros. Ya sé dónde estamos, pensó. La Academia de las Fuerzas Aéreas queda cerca de aquí.

Billy y Nor estaban viviendo en un dúplex mediocre cuya única virtud, al menos a juicio de Sterling, era su situación. Estaba ubicado en un terreno de grandes dimensiones, protegido por árboles que le daban privacidad.

Cuando el coche se detuvo, Billy se volvió al agente.

—Entre, Frank. Tengo que hablar con usted.

—Por supuesto.

El mobiliario de la sala de estar parecía comprado en la subasta de un motel en bancarrota: sofá y sillas de imitación de piel, mesas de formica, moquetas de un anaranjado subido. Un ruidoso aparato de aire acondicionado pugnaba por refrescar el ambiente.

Sterling vio que Nor había intentado dar un aire acogedor al aposento. Unos grabados de muy buen gusto desviaban la mirada del espantoso mobiliario. Un jarrón con flores y varias plantas grandes de interior contribuían a aligerar el ambiente deprimente.

La sala de estar daba a lo que estaba pensado como comedor. Billy lo había convertido en su estudio: había un viejo piano vertical cargado de partituras, un reproductor de CD y estantes llenos de discos. Su guitarra descansaba sobre una butaca cerca del piano.

—¿Qué puedo hacer por usted, Billy? —preguntó el agente.

—Ayudamos con el equipaje. Yo no me quedo aquí ni una noche más. Ya estoy harto.

—Billy, la culpa no es de Frank —dijo Nor, tratando de apaciguarle.

—Al paso que vamos, este juicio no se va a celebrar nunca. ¿Y yo tengo que pudrirme el resto de mi vida en esta casa? Frank, deje que le explique una cosa. La semana pasada, cumplí treinta años. En el mundo de la música eso es ser viejo, sabe. Ni más ni menos. Los que triunfan ahora empiezan a los diecisiete años, incluso antes.

—Cálmate, Billy —le imploró Nor.

—No puedo, mamá. Marissa está creciendo sin nosotros. Y está empezando a odiarme. Cada vez que hablo con Denise me dice lo preocupada que está por Rissa, y tiene toda la razón. Voy a correr el riesgo. Si me sucede algo, al menos será porque estoy viviendo mi vida.

—Escuche, Billy —le interrumpió el agente—. Sé lo frustrante que debe de ser para usted y para su madre. No es el primero que pasa por una situación así. Pero es que el peligro que corre es real. Tenemos manera de averiguar las cosas. No había motivos para decírselo antes, pero los están buscando a usted y a su madre desde enero. Y en vista de que sus matones no tenían éxito, los hermanos Badgett decidieron contratar a un asesino a sueldo.

Nor palideció al instante.

—¿Cuánto hace de eso?

—Tres meses. Sabemos quién es, y nuestros hombres lo están buscando. Bien, ¿todavía quiere que les ayude a hacer la maleta?

Billy se desinfló.

—Supongo que no. —Se acercó al piano—. Tendré que seguir escribiendo canciones para que las pueda cantar otro.

El agente saludó con la cabeza a Nor y salió de la habitación. Momentos después, Nor se aproximó a Billy y le puso las manos en los hombros.

—Esto no puede durar siempre, hijo.

—Pero es un infierno.

—Estoy de acuerdo.

Lo mismo digo, pensó Sterling. Pero ¿qué podría hacer yo? A medida que sabía más cosas, menos capaz se sentía de hallar una solución.

Miró a Nor ya Billy y salió. Estoy habituado a la altitud en el cielo, pero no en

Colorado, pensó, notando que se le iba un poco la cabeza.

Es duro creer que Nor y Billy todavía estén aquí para diciembre. Su estado emocional para cuando llegue esa fecha no podrá ser peor. ¿Adónde ir? ¿Qué puedo hacer? Todo gira alrededor de ese juicio. Quizá debería ir a ver al abogado de los Badgett. Después de todo, él es quien vio salir a Billy y Nor del despacho de Junior.

Será un descanso dejar este calor, decidió Sterling mientras cerraba los ojos. El verano siempre fue la estación que menos me gustaba.

Una vez más se dirigió mentalmente al Consejo Celestial. ¿Podría ser trasladado a donde se encuentra Charlie Santoli, y podría ser a primeros de diciembre? Amén, añadió.

—Deberíamos haber colocado las luces hace al menos una semana —comentó Marge mientras desenrollaba otra tira de bombillas y se las pasaba a Charlie, que estaba subido a una escalera por la parte exterior de la ventana de la sala de estar.

—He tenido demasiado trabajo, Marge. No me ha sido posible. —Charlie consiguió pasar la tira por encima del árbol, que desde el año anterior había crecido considerablemente—. ¿Sabes?, hay gente que cobra por hacer esto. Tienen escaleras más altas, son más jóvenes, más fuertes, y además lo harían mejor.

—Ya, pero entonces no sería tan divertido, Charlie. Hace cuarenta años que decoramos el árbol navideño juntos. Llegará el día en que ya no podrás, y entonces desearás poder hacerlo. Tienes que reconocer que te encanta este ritual.

Charlie sonrió de mala gana:

—Si tú lo dices...

Sterling estaba observando a la pareja. Él lo está pasando bien, pensó. Le gusta estar en familia.

Una hora más tarde, helados de frío pero satisfechos, Marge y Charlie entraron en la casa, se quitaron las chaquetas y los guantes y fueron como autómatas a la cocina en busca de un té. Una vez con la tetera y unas galletas recién horneadas ante ellos, Marge soltó la bomba:

—Quiero que dejes de trabajar para los hermanos Badgett, y quiero que renuncies mañana mismo.

—¿Te has vuelto loca, Marge? No puedo hacer eso.

—Claro que puedes. No somos ricos, ya lo sé, pero tenemos suficiente para ir tirando. Si no quieres jubilarte todavía, abre otra vez tu bufete y dedícate a hacer testamentos y ventas de casas. No estoy dispuesta a que firmes tu sentencia de muerte trabajando un solo día más para esos dos.

—Tú no lo entiendes, Marge; no puedo renunciar —dijo Charlie. Estaba desesperado.

—¿Por qué? Si te diera un infarto se buscarían otro abogado, ¿no?

—No se trata de eso, Marge. Es que... mira, dejémoslo.

Marge se levantó, apoyando ambas manos con firmeza sobre la mesa.

—Es que... ¿qué? —Preguntó levantando la voz—. Charlie, dime la verdad. ¿Qué es lo que pasa?

Y Charlie, primero con mucho tiento, luego precipitadamente, confesó a su mujer que con los años se había dejado convencer por los Badgett para hacer amenazas a quienes ellos consideraban sus enemigos. Vio que la expresión de Marge pasaba de la sorpresa a la honda preocupación al darse cuenta de que su marido había sufrido una tortura emocional durante muchos años.

—Ese juicio que he conseguido ir aplazando tiene que ver con el incendio en el

almacén de Syosset el año pasado. Los cantantes que habían sido contratados para la fiesta del cumpleaños de Heddy-Anna oyeron a Junior dar la orden de que le pegaran fuego. La gente cree que los cantantes están trabajando en Europa, pero de hecho están bajo custodia preventiva.

Ah, conque eso es lo que se decía de Nor y de Billy, pensó Sterling.

—¿Por qué quieres aplazar el juicio?

—Hemos sobornado a expertos que jurarán que el incendio fue causado por un cortocircuito.

Hans Kramer, el dueño del almacén, desapareció del mapa, pero los Badgett descubrieron el mes pasado que él y su mujer están viviendo en Suiza.

Tienen familia allí, y después de lo que pasó, Kramer no quiere saber nada más de los hermanos.

—No me has contestado, Charlie.

—Mira, Marge, no soy yo quien quiere aplazar el juicio, sino los Badgett.

—¿Por qué? —Marge le miró a los ojos.

—Porque no quieren que empiece hasta estar seguros de que Nor Kelly y Billy Campbell no podrán hablar.

—¿Y tú les sigues el juego? —preguntó incrédula.

—A lo mejor no los encuentran.

—A lo peor sí, Charlie. ¡Tú no podrás evitarlo!

—Ya lo sé —explotó él—. No sé qué otra cosa hacer. Comprenderás que, en cuanto avise al FBI, los Badgett se enterarán. Tienen métodos para enterarse de estas cosas.

Marge rompió a llorar.

—¿Cómo ha podido ocurrir? Charlie, sean cuales sean las consecuencias, tienes que hacer lo correcto. Espera a que pasen las navidades. Al menos pasemos esta sabiendo que estamos todos unidos. —Se enjugó los ojos con el dorso de la mano—. Rezaré para que ocurra un milagro.

Charlie se puso en pie y abrazó a su esposa.

—Mira, cuando reces, procura ser más concreta —dijo con una sonrisa cansina—. Reza para que haya una manera de que Junior y Eddie vayan a Valonia a ver a su madre. Yo podría hacer que la policía los detenga tan pronto como aterricen allí. Eso lo solucionaría todo.

Marge le miró:

—¿De qué estás hablando?

—Los juzgaron en rebeldía por los delitos que cometieron en su país, y ambos están condenados a cadena perpetua. Ya no podrían volver a Estados Unidos.

¡Cadena perpetua!, pensó Sterling. Por fin sabía lo que tenía que hacer. La única pregunta era cómo hacerla.

Sterling salió afuera. Marge había conectado las luces del árbol. Estaba cambiando el tiempo, y el último sol de la tarde había desaparecido tras unos nubarrones. Las lucecitas de colores titilaban alegremente en el abeto, Contrarrestando la creciente lobreguez del día invernal.

De súbito, como un regalo del cielo, Sterling recordó algo que había oído decir a Heddy-Anna durante la comida con sus amigos. Es posible, pensó, es posible. Y empezó a pergeñar un plan para conseguir que los hermanos volvieran a su patria chica.

Las probabilidades eran remotas, pero existían.

—Bueno, Sterling, parece que has hecho tus deberes —dijo la monja.

—Eres un viajero empedernido —bramó el almirante.

—Nos sorprendió que quisieras ir a Valonia —le dijo el monje—, pero luego nos dimos cuenta de lo que estabas tramando. Yo estuve en ese monasterio, ¿sabes? Viví allí hace mil cuatrocientos años. Me cuesta creer que lo hayan convertido en un hotel. No imagino el monasterio con servicio de habitaciones.

—Lo comprendo, señor —dijo Sterling—, pero para nuestros propósitos puede ser muy adecuado. Creo que al fin he dado con la manera de ayudar a Marissa, a su padre y a su abuela, e incluso a Charlie. Él necesita mi ayuda tanto como Marissa, pero de otra manera.

Hizo una pausa y los miró a todos, de uno en uno.

—Solicito permiso para aparecer ante Charlie a fin de que él pueda trabajar conmigo en la solución del conflicto.

—¿Quieres decir como apareciste ante Marissa, que supo entender que no eras de este mundo? —inquirió el pastor.

—Sí. Lo considero necesario.

—Quizá tendrías que ir pensando en ser visible también para Marge —sugirió la reina—. Algo me dice que ella es quien lleva los pantalones en esa familia.

—No quería pasarme ni un pelo —reconoció Sterling con una sonrisa—. Pero sería estupendo que pudiera comunicarme con los dos.

—¿Pasarte ni un pelo? —El torero arqueó las cejas—. Esa expresión no estaba de moda cuando tú vivías.

—Lo sé, pero la oí en alguna parte y me hizo gracia. —Se puso en pie—. Según el calendario terrenal, mañana será el día en que yo conoceré a Marissa. He completado el círculo.

—No olvides que también fue el día en que apareciste ante nosotros —bromeó el santo indio.

—Eso no lo olvidaré nunca.

—Ve con nuestra bendición —le dijo el monje—. Pero recuerda: la Navidad, que tú confías celebrar en el cielo, se está acercando.

Marissa abrió la puerta de su cuarto y vio, gratamente sorprendida, que Sterling estaba sentado en la silla grande.

—Creí que te ibas y que vendrías a darme las buenas noches —dijo.

—Y me he ido —explicó él—. He estado echando un vistazo al último año de tu vida mientras tú estabas abajo, y ahora sé por qué tu papá y NorNor tuvieron que marcharse.

—¡Pero si solo he estado abajo media hora!

—Para mí el tiempo corre de modo diferente —dijo Sterling.

—Estaba pensando en ti. Comía rápido, pero luego salió Roy con esa aburrida historia de cuando él era pequeño e hizo el papel de uno de los pastores en la representación teatral. Me he escabullido lo antes posible. Vaya, me alegro mucho de que estés aquí.

—Mira, me he enterado de muchas cosas mientras tú cenabas. Voy a tener que irme porque voy a estar muy ocupado tratando de que tu papá y NorNor puedan estar de vuelta para tu cumpleaños.

—Es el día de Nochebuena —le recordó ella inmediatamente—. Cumpliré ocho.

—Ya lo sé.

—Solo faltan cuatro días.

Sterling percibió una mezcla de escepticismo y de esperanza en los ojos de Marissa.

—Tú puedes ayudarme —dijo.

—¿Cómo?

—Rezando.

—De acuerdo. Lo haré.

—Y siendo amable con Roy.

—Eso es más difícil. —Toda ella se transformó, su voz se tornó más grave—. Recuerdo aquella vez que... bla, bla, bla.

—Marissa —le advirtió Sterling.

—Vaaaaale —dijo ella—. Roy es buena persona, supongo que sí.

Mientras se ponía en pie, Sterling pudo deleitarse con la momentánea alegría que vio en los ojos de Marissa. Eso le hizo pensar en la primera vez que la había visto, con Billy y Nor. No puedo fallarle, pensó. Fue a la vez una plegaria y un juramento.

—Debo irme, Marissa.

—¡Por Nochebuena, me lo has prometido! —dijo ella.

Charlie y Marge siempre dejaban los regalos al pie del árbol unos días antes de Navidad. Sus tres hijos vivían en Long Island, y Marge daba gracias diariamente de que así fuera.

—¿Cuántos padres no tienen a sus hijos esparcidos por el mundo? —Preguntaba retóricamente con la cabeza metida en el secador—. Nosotros podemos considerarnos muy afortunados.

Los seis nietos que tenían eran fuente de constantes alegrías; desde el chico de diecisiete años a punto de entrar en la universidad hasta el niño de seis, que iba a la escuela primaria.

—Todos son buenos chicos. No hay ninguna manzana podrida —solía vanagloriarse Marge.

Pero esta vez, Marge y Charlie no se sintieron tan contentos como siempre al disponer los regalos. El miedo al resultado inevitable de que Charlie hablara con el FBI se había apoderado de ellos, y a las ocho y media estaban los dos sentados en silencio en la sala de estar, Charlie haciendo zapping solo por distraerse.

Marge contemplaba el árbol navideño, cosa que normalmente la reconfortaba y la ponía de buen humor. Esta noche el efecto no fue el acostumbrado. Ni siquiera los adornos que habían hecho sus nietos a lo largo de muchos años conseguían animar su cara con una sonrisa.

Mientras estaba mirando, uno de los adornos cayó al suelo, el ángel de papel maché con un ala más corta que la otra, y con un sombrero por aureola. Se levantó para recogerlo, pero en ese instante el ángel empezó a brillar.

Marge abrió mucho los ojos, y luego la boca.

Por primera vez, sus labios no dejaron escapar una sola palabra. En menos de diez segundos el ángel se había transformado en un hombre de rostro agradable, bien vestido con una trinchera de color azul oscuro y con un sombrero de fieltro y ala estrecha en la cabeza, que rápidamente procedió a quitarse.

Marge profirió un grito estremecedor.

Charlie se había quedado medio dormido en el sofá. Dio un salto, vio a Sterling, y exclamó:

—Te envía Junior, estoy seguro.

—Santa Madre de Dios —gritó desesperada Marge—. Esto no es cosa de los Badgett. Es un fantasma, Charlie.

—No os alarméis por favor. He venido a ayudaros a solucionar vuestro problema —dijo Sterling con calma—. Sentaos.

Marge y Charlie se miraron. Tomaron asiento, Marge persignándose.

Sterling sonrió. Por un momento no dijo nada, quería que se habituaran a él y perdieran el miedo a que pudiera hacerles el menor daño.

—¿Os importa que me siente? —preguntó.

Marge seguía con los ojos como platos.

—Adelante, y sírvase usted una galleta —dijo, señalando el plato que había sobre la mesita baja.

—No, gracias —dijo él—. Yo ya no como.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —terció Charlie mirando a Sterling, con el mando a distancia todavía en la mano.

—Apaga la tele, Charlie —ordenó Marge.

Clic. Sterling sonrió para sus adentro s recordando el comentario que había hecho la reina, que era Marge quien llevaba los pantalones en la casa.

Vio que ambos empezaban a relajarse. Han entendido que no les quiero hacer ningún daño, pensó.

Es hora de que explique por qué estoy aquí.

—Ya conoces a Nor Kelly y Billy Campbell, Charlie —empezó a decir—. Y sabes que están acogidos al Programa de Protección de Testigos.

Charlie asintió.

—He sido enviado para ayudar a la hija de Billy, Marissa, que desea estar de nuevo con su padre y su abuela. A tal fin, es preciso retirar la amenaza que pende sobre ellos.

—Junior y Eddie —dijo Charlie.

—¡Esos dos! —exclamó ella con desdén.

—Mientras investigaba la mejor manera de velar por la seguridad de Nor y Billy, me di cuenta de que tú también corres un grave peligro.

Marge cogió la mano de Charlie.

—Teniendo en cuenta todos los factores, he llegado a la conclusión de que la manera más efectiva de resolver el problema es hacer que los Badgett vuelvan a Valonia, donde serán encarcelados para el resto de sus días.

—Y espero que tiren la llave a la basura —declaró Marge—. Esos hermanos son de la peor calaña.

Charlie, abogado hasta la médula, dijo:

—Ya le digo yo que esos dos no pisarán jamás suelo valonio.

—¿Ni siquiera por su madre? —preguntó Sterling.

—Hace casi quince años que se lamentan de no poder ir a verla, pero jamás le han hecho una visita —dijo Charlie.

—Tengo un plan que podría llevarlos al lado de Heddy-Anna —explicó Sterling.

Súbitamente esperanzados, Charlie y Marge le escucharon con gran atención.

A la mañana siguiente, el agente del FBI Rich Meyers llegó a casa de Charlie y Marge Santoli acompañado de su ayudante, el agente Hank Schell. Vestidos de operarios, entraron con maletines de herramientas que contenían un equipo de grabación.

Se sentaron a la mesa de la cocina con los Santoli mientras Schell se ocupaba de instalar y probar el micrófono.

Charlie había telefoneado a Meyers la noche anterior y el agente le había aconsejado que pidiera asesoría legal antes de hacer cualquier tipo de revelación incriminatoria.

Charlie había desdeñado su sugerencia. Tengo algo mucho mejor que un abogado, pensó. Cuento con Sterling.

—¿Listo, señor Santoli? —preguntó Meyers.

—Sí. Me llamo Charlie Santoli...

Durante una hora entera, Charlie explicó su relación con los hermanos Badgett, empezando por sus empresas legales y detallando después todo cuanto sabía de sus actividades delictivas. Concluyó diciendo que, en su opinión, el gobierno nunca podría condenar a Junior y Eddie por el incendio del almacén de Kramer, y que Nor Kelly y Billy Campbell siempre estarían en peligro, tanto si se los protegía como si no.

Meyers escuchó impasible.

Charlie tomó aire:

—Cuando escuche lo que le vaya proponer, pensará que necesito medicación, no ayuda legal, pero como mínimo escuche hasta que haya terminado.

Sterling le guiñó un ojo a Charlie.

Con una sonrisa escueta, Charlie expuso el plan que Sterling le había explicado brevemente la noche anterior. De vez en cuando desviaba la vista hacia Sterling en busca de aprobación, y este le dedicaba un gesto de aliento.

La primera reacción de Meyers —«¿Que quiere hacer qué?»— fue cambiando a un reacio «No es del todo imposible», hasta que finalmente declaró:

—Hemos invertido miles de horas tratando de cazar a esos dos y no hemos conseguido nada. Pero si los meten en prisión para siempre, todos sus negocios sucios se vendrán abajo.

—Es lo que yo digo —le confirmó Charlie—. Aquí llevaría años condenarlos, e incluso en la cárcel seguirían siendo un peligro. Pero una vez encarcelados en la otra punta del mundo, esos matones suyos ya no tendrían nada que hacer.

Terminada la grabación, los dos agentes se levantaron y Meyers dijo:

—Bien, tendré que hablar con los jefes acerca de todo esto. Me pondré en contacto con usted dentro de un par de horas.

—Me encontrará aquí —dijo Charlie—. Mi oficina está cerrada durante las

fiestas.

Cuando Meyers y Schell se fueron, Marge comentó:

—Lo peor de todo es esperar, ¿verdad?

Sterling pensó en sus cuarenta y seis años de espera celestial.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo—. Con un poco de suerte, la espera acabará pronto para todos nosotros.

A la una, Rich Meyers telefoneó.

—De acuerdo. Si usted hace su parte, nosotros nos ocuparemos de todo lo demás.

—Por Navidad, las tiendas se ponen imposibles —suspiró Jewel mientras la limusina cruzaba las puertas de la finca Badgett a las tres de la tarde—. Pero ¿no os gusta eso de ir al centro comercial y ver a todo el mundo ajetreado con las compras de última hora?

—A mí me pone de los nervios —dijo Junior—. No sé cómo me he dejado convencer para ir contigo.

—Ni yo —careó Eddie—. Eso de comer en un self-service no me va. Había tanto ruido que no podía ni oírme pensar.

—Bah, de todos modos tú no piensas —cortó Junior.

—Qué gracioso —gruñó Eddie—. Todos dicen que he salido a ti.

—Pero hemos comprado cosas muy chulas —dijo alegremente Jewel—. Esos jerséis de esquiar que te he regalado son una monada. Lástima que no salimos nunca, y que en Long Island no hay mucho donde esquiar. —Se encogió de hombros—. Bueno. ¿Qué se le va a hacer?

Una vez dentro de la casa, Jewel fue directamente al salón para conectar las luces del árbol.

—La verdad, no me gustan demasiado esas luces moradas —murmuró mientras se agachaba, cable en mano, buscando el enchufe.

Junior estaba junto a la ventana.

—¿Has invitado a alguno de esos idiotas amigos tuyos? Hay un coche en la verja.

—Oye, mis amigos no son idiotas, y además, no, están todos de compras.

Sonó el interfono. Eddie se acercó al panel de seguridad y pulsó un botón:

—¿Quién es?

—Charlie. Y vengo con mi mujer. ¿Podemos subir unos minutos?

Eddie puso los ojos en blanco.

—Sí. Supongo.

—¿Para qué diablos trae a Marge? —preguntó Junior enfadado.

—Son las fiestas —les recordó Jewel—. La gente va a visitar a los amigos. Nada más. Un simple gesto de simpatía. Y de cariño.

—A la mierda las fiestas —dijo Eddie—. Me ponen enfermo.

—Una reacción muy natural —dijo Jewel muy seria—. El otro día leía un artículo de un psicólogo la mar de listo. Según él, la gente se deprime porque...

—Porque la gente como tú les toca las narices —interrumpió Eddie.

—No te pases, Eddie. Ella solo trata de animarnos un poco.

—Oh, cariñito, tienes toda la razón. Yo no pretendo nada más.

Eddie se acercó a la puerta para recibir a los Santoli.

Mientras el tirador giraba hacia abajo, Sterling susurró:

—Tranquila, Marge.

El recibimiento de Eddie —«¿Qué tal? Pasad»— dejó claro a los Santoli hasta qué punto eran bienvenidos.

Marge hizo acopio de valor y siguió a Eddie hacia el salón, con Charlie y Sterling detrás.

—Hola —gorjeó Jewel—. Felices fiestas. Qué sorpresa. No sabéis la alegría que nos ha dado ver que veníais.

Santo cielo, pero mira qué árbol, pensó Marge.

Las pocas veces que había estado en la mansión por Navidad, los árboles habían sido más o menos tradicionales. Este año, no.

Traía consigo una caja de bizcochos navideños y se la pasó a Jewel.

—Los hago para los amigos siempre que es Navidad —explicó.

—Una muestra de amor. —Jewel se puso sentimental.

—Sentaos un poco —dijo Junior—. Estábamos a punto de salir.

—Sí, sentaos —les animó Jewel.

—No estaremos mucho rato —prometió Charlie mientras tomaban asiento en un sofá—. Es que Marge tuvo un sueño anoche, y ha insistido en ponerlos sobre aviso.

—¿Sobre aviso de qué? —preguntó Junior, comedido.

—Verás, anoche tuve un sueño de lo más inquietante... acerca de vuestra madre —empezó Marge.

—¡Mama! —Aulló Eddie—. ¿Es que le ha sucedido algo?

Marge negó con la cabeza.

—No, pero ¿ella padece mareos?

—Pues sí. —Junior le clavó la mirada.

—¿Y punzadas en el corazón?

—Sí.

—¿Y gases?

—Sí, también.

—¿La comida no le sabe a nada?

—Exacto.

—¿Un ojo no se le cierra del todo?

—Sí.

—¿A veces vomita?

—Sí.

—¿Le sangran las encías?

—Bueno, basta —gritó Eddie, al borde de las lágrimas—. Vaya llamarla.

Y corrió al teléfono.

La fiesta que Heddy-Anna daba todos los años por Navidad estaba en pleno apogeo. Todo el mundo había llevado su plato favorito, y la mesa estaba repleta de comida, vino y grappa. Sonaban canciones navideñas por un viejo fonógrafo, y todos las careaban.

Cuando sonó el teléfono, la persona que estaba más cerca del fonógrafo levantó la aguja del disco y gritó:

—¡A callarse todos!

Un par de invitados habían añadido varios achaques a la famosa lista de Heddy-Anna, y alguien se los señaló cuando, tras esperar al quinto tono, Mama cogió el teléfono.

—¿Digaaaa?

—Mamá, ¿cómo te encuentras? Aquí hay alguien que ha soñado que no estabas muy bien...

—Pues ha acertado. —Heddy-Anna hizo un guiño a sus amigos y pidió sus gafas por señas mientras trataba de leer la pizarra.

—Habla más alto, mamá, casi no te oigo. Se diría que estás muy enferma...

Heddy-Anna recitó:

—Me parece que esta va a ser mi última Navidad. —Tras un suspiro, se lanzó a improvisar—. ¿La persona que soñó eso te ha dicho que estoy moribunda?

—Mamá, qué cosas tienes. Eso no es verdad. La abuela vivió hasta los ciento tres, ¿recuerdas?

—Era una mujer muy fuerte, no como yo.

Junior se puso al supletorio.

—Mamá, ¿es que has empeorado?

—Esta mañana vomité... porque tengo las encías muy hinchadas... y los mareos, no sabes lo que es eso... apenas puedo ver... espera... vuelvo a tener punzadas en el corazón... a veces me duran horas...

Los amigos de Heddy-Anna, impacientes por reanudar la fiesta, empezaron a hacerle señas de que colgara.

—No puedo seguir hablando —gimió—. Me canso mucho. Necesito descansar, hijos. No sé por qué me llamáis tan tarde, pero ¿qué puedo esperar de alguien que no se digna venir a ver a su madre?

—Oh, mamá, tú sabes lo mucho que te queremos —sollozó Eddie.

La respuesta fue un clic en su oído.

Jewel le pasó a Eddie un pañuelo limpio. Junior se sonó vigorosamente.

Marge y Charlie estaban todo lo serios que se esperaba de ellos. Marge se levantó.

—Siento haber dicho nada. Solo pensaba que teníais que saberlo por si queríais ir a pasar la Navidad con ella.

Charlie puso cara de avergonzado:

—Marge, ¿quieres esperar en el coche? He de tratar de un asunto con Junior y Eddie.

—Claro. —Marge cogió la mano de Junior y le dio un apretón—. Lo siento —musitó.

Al pasar junto a Eddie, le dio un beso de consuelo en la mejilla.

—Jewel, acompaña a Marge al coche, y danos cinco minutos —ordenó Junior.
Jewel cogió a Marge del brazo.

—Vamos, querida. Tú solo tratabas de ayudar.

Cuando estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Charlie dijo indeciso:

—Te harás cargo de que Marge siempre ha creído que en estos años habéis ido a visitar a Mama Heddy-Anna regularmente.

—Y eso es lo que debe creer —le espetó Junior.

Charlie lo dejó pasar.

—No sabes cómo me inquieté cuando me contó lo del sueño. Conociendo las circunstancias, se me ha ocurrido algo. Puede que sea una locura, pero... —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Bien, al menos quiero que me escuches. Sería la manera de que pudierais visitar a vuestra madre por Navidad sin correr riesgos.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Junior.

—¿Qué te sugiere el monasterio de San Esteban del Monte?

—¿El monasterio de San Esteban? Eso estaba en el pueblo de al lado, pasada la frontera. Cuando éramos chicos íbamos allí esquiando. Lo cerraron antes de que nosotros nos fuéramos del país.

—Pensaba que te sonaría. Ahora es un hotel, y lo van a inaugurar el día de Año Nuevo.

—¿En serio? —Eddie parpadeó—. Allí no podía entrar nadie. Pero ¿a qué viene eso?

—Tengo una prima monja que suele venir a vernos por Nochebuena. Este año no podrá estar con nosotros porque va en peregrinación. Sesenta monjas y hermanos y curas de todo el país van a hospedarse en San Esteban durante la semana de Navidad, antes de que abra al público.

Están captando el mensaje, pensó Charlie, mientras los veía intercambiar miradas.

—Un vuelo chárter parte mañana por la noche del aeropuerto de Teterboro, en Nueva Jersey.

Aterrizarán en la pista que acaban de construir cerca del hotel, que, naturalmente, sigue estando a un paso de casa de vuestra madre, pero al otro lado de la frontera.

Charlie deseaba poder enjugarse la frente, pero no quería mostrarse nervioso.

—Le pregunté a mi prima si quedaban plazas en ese vuelo, y esta mañana había todavía cuatro o cinco.

Junior y Eddie se miraron.

—Podríamos ir del monasterio a casa de mamá esquiando, no tardaríamos nada —dijo Eddie.

Charlie tragó saliva, consciente de que marcaba un golazo o mandaba la pelota a las nubes.

—Yo había pensado que si os hacéis pasar por monjes que han hecho voto de silencio, no habrá ningún peligro de que alguien averigüe quiénes sois. Imagino que no os costará nada conseguir los papeles adecuados.

—Eso no es problema —dijo bruscamente Junior. Se produjo un silencio. Miró a su hermano—. Siempre me ha parecido muy arriesgado volver a casa, pero esto podría funcionar.

—Yo voy —afirmó Eddie, muy decidido—. No podría pegar ojo si algo le ocurriera a mamá antes de que la vuelva a ver.

Charlie frunció el entrecejo.

—Habrás que actuar rápido. Las plazas podrían estar ya reservadas.

—Más te vale que no. —Junior se puso colorado—. Deberías habernos avisado enseguida, Charlie.

Santoli sacó su teléfono móvil.

—No, llama desde el nuestro. Conéctalo al altavoz.

—Desde luego.

—Convento de Santa María —respondió una voz de mujer—. Le habla la hermana Joseph.

—Hermana, soy Charlie Santoli, el primo de la hermana Margaret.

—Ah, sí, ¿cómo está usted?

—Bien. ¿Está la hermana Margaret?

—No, lo lamento, pero ha ido a hacer unas compras de última hora para el viaje. Nos han dicho que lleváramos ropa de abrigo.

Los hermanos miraron a Charlie.

—Pregúntaselo —dijo Junior, impaciente.

—Hermana, ¿sabe por casualidad si el vuelo a San Esteban está ya completo?

—Me parece que sí, pero déjeme que mire.

—¡Tiene que haber plazas! —susurró Eddie, retorciéndose las manos.

—Lo siento, señor Santoli. Sí, estamos llenos, pero acaban de cancelar dos reservas. Una de las hermanas de más edad no está en condiciones de hacer un viaje tan largo; ella y su compañera se quedan en tierra.

—Pobre de ella si se recupera —gruñó Junior—. Reserva esas dos plazas.

Al otro extremo de la línea, la agente Susan White del FBI, que llevaba en el convento varias horas esperando la señal, hizo el gesto convenido a Rich Meyers. Luego se puso a escribir:

—Hermano Stanislas y hermano Casper...

Marge y Charlie han estado de maravilla, pensó Sterling sonriendo de oreja a oreja al ver que la primera fase del plan había funcionado a la perfección.

Lo conseguiremos, Marissa, pensó.

—Buenas noches, Marissa —dijo Denise mientras arropaba a su hija y se inclinaba para darle un beso.

—Buenas noches, mamá. Estoy impaciente por que sea mañana. Es mi cumpleaños y además es Nochebuena.

—Verás lo bien que lo vamos a pasar —le prometió Denise antes de apagar la luz. Se reunió abajo con Roy, que estaba secando los cacharros.

—¿Todo el mundo acostado? —preguntó alegremente.

—Sí, pero es extraño. Yo pensaba que Marissa estaría inquieta esta noche, pero se la ve muy excitada y contenta, como si esperara un milagro, como si Billy y Nor tuvieran que estar aquí mañana.

—Pues le espera una gran decepción —dijo Roy compungido mientras doblaba el trapo de secar.

—He comprado todo lo que necesitan —dijo Charlie—. Los hábitos de monje, las sandalias, los libros de oraciones, las maletas... unas bien cascadas, como si hubieran hecho voto de pobreza y lo hubieran cumplido.

Charlie, Marge y Sterling estaban en el salón de casa de los Santoli, los tres tensos y preocupados de que los Badgett pudieran olerse algo antes de que despegara el avión.

—¿Y los pasaportes? —Preguntó Marge—. ¿Crees que puede fallar algo?

—Son falsificaciones de primera clase —dijo Charlie—. De eso se han ocupado ellos mismos.

—¿Cómo pensaban ir a Teterboro? —Preguntó Marge—. Espero que no lo hayan hecho en esa limusina.

—Iban a hacer que la limusina los llevara a una de las lavanderías que tienen en Nueva York. Allí se cambiarían de ropa y tomarían un taxi barato hasta el aeropuerto.

Eran las doce menos cinco. El avión debía despegar a medianoche.

—No sé. Esos dos tienen como un sexto sentido —dijo Charlie—. Si en el último momento sospecharan que esto es una trampa, y no subieran al avión, soy hombre muerto.

—¿Tuviste alguna sensación de se olían algo cuando los viste esta mañana? —preguntó Marge, haciendo trizas una servilleta de papel.

—En absoluto. Y ahora soy su mejor amigo. No olvides que es gracias a mí que podrán ver a su mamá. Si esto no sale bien, seré yo el culpable de haber sugerido el plan, pensó Sterling con una punzada de culpa.

El sonido del teléfono los hizo saltar a los tres. Charlie contestó.

—Diga.

—¿El señor Santoli?

—Yo mismo.

—Aquí Rich Meyers. Le gustará saber que cierto vuelo chárter acaba de despegar, con los hermanos Stanislas y Casper a bordo.

La sonrisa de alivio de Charlie bastó para decir a Marge y a Sterling lo que necesitaban saber.

—Deberían llegar a Valonia dentro de ocho horas. La policía estará esperando para arrestarles.

Nuestros agentes a bordo del avión se quitarán el disfraz clerical y volverán aquí tan pronto el avión haya repostado.

Charlie notó como si le quitaran de encima un peso de varias toneladas.

—Imagino que querrá tomarme una nueva declaración.

—La semana próxima. Disfrute de las fiestas. —Meyers hizo una pausa—. Sé que cooperará con nosotros. No se preocupe demasiado. Creo que ya sabe a qué me

refiero.

—Gracias —dijo Charlie.

Sterling se puso en pie.

—Todo va a ir bien —dijo—. No te pasará nada, Charlie. Eres un buen hombre.

Bien, debo irme.

—¿Cómo se lo podemos agradecer, Sterling? —preguntó Marge.

—Eso no tienes ni que pensarlo. Aprovecha bien el tiempo que estés en la tierra.

Créeme, pasa volando.

Marge y Charlie entrelazaron las manos.

—No le olvidaremos —susurró Marge.

—Nunca —dijo Charlie con fervor.

—Ya nos veremos. De eso estoy seguro —dijo Sterling antes de desaparecer.

—¿Falta mucho? Este hábito me da picores —dijo Eddie entre dientes, a lo que Junior respondió propinándole un codazo en las costillas.

Junior sacó un bloc de su bolsillo Y escribió:

«Voto de silencio. Cállate. Ya casi estamos».

En ese momento se oyó la voz de la azafata por megafonía: «Dentro de veinte minutos aterrizaremos en el aeropuerto del monasterio...». Siguieron las instrucciones de rigor.

Eddie no cabía en la camisa de contento. ¡Mama Heddy-Anna!, pensó, ¡ya estoy llegando, mamá!

Junior no supo decir cuándo exactamente empezó a tener aquella sensación. Miró por la ventanilla y entornó los ojos. Estaba nublado y, a medida que el avión descendía, una ligera nevada empezó a pasar frente a las ventanillas.

Alargó el cuello, aguzó la vista Y divisó el monasterio con la pista de aterrizaje en un lado. Bueno, pensó. Por un momento había tenido la sensación de que Charlie nos la había jugado.

Oyeron otra vez la voz de la azafata:

—Nos acaban de informar de que, debido a la capa de hielo que cubre la pista, no será posible aterrizar en el monasterio. Lo haremos en el aeropuerto vecino de Valonia Ciry.

Junior y Eddie se miraron. Eddie se echó atrás la capucha del hábito:

—¿Tú qué opinas?

QUE TE CALLES, escribió Junior furioso.

—Serán trasladados inmediatamente en autocar al monasterio de San Esteban —trinó la azafata con optimismo—. Lamentamos estos inconvenientes, pero lo principal es velar por la seguridad de nuestros pasajeros.

—¿Qué pasará en la aduana? —Eddie trataba de susurrar sin conseguirlo—. ¿Los pasaportes están bien, si se les ocurre examinarlos con una luz especial o algo así?

QUE TE CALLES, garabateó Junior. Quizá no pasa nada. Quizá es todo normal, pensó. Miró a su alrededor, escrutando las caras de los otros pasajeros. La mayoría estaban absortos en sus libros de rezos.

TRANQUILO. LOS PASAPORTES SON BUENOS, escribió. LO QUE ME PREOCUPA ERES TÚ, BOCAZAS.

Eddie se inclinó hacia él para mirar por la ventanilla.

—Estamos sobre la montaña. ¡Mira! Ahí está el pueblo. ¡Mira! Creo que se ve la casa de mamá.

Estaba alzando la voz. Para disimular, Junior se puso a toser violentamente. Al momento, la azafata apareció a su lado ofreciéndole agua.

Necesito un trago, pensó él desesperado. Si volvemos a Long Island; juro que voy

a descuartizar a ese Charlie Santoli.

El avión tomó tierra, deteniéndose por fin a buena distancia de la terminal. Lo que Junior y Eddie vieron en el asfalto los dejó más callados que todos los votos de silencio juntos.

En medio de docenas de policías valonios de uniforme, una figura daba saltos sobre el terreno y agitaba los brazos con frenesí.

Mama Heddy-Anna.

Junior meneó la cabeza:

—No parece que esté moribunda.

La cara de Eddie era la imagen del desconcierto:

—Parece que está sanísima. No me lo puedo creer.

La puerta del avión se abrió y cuatro policías corrieron pasillo abajo. Se les pidió a Junior y a Eddie que se levantaran y que pusieran las manos a la espalda. Mientras se los llevaban, los demás pasajeros empezaron a quitarse cuellos clericales y velos de monja y prorrumpieron en una gran ovación.

Al pie de la escalerilla, Mama Heddy-Anna los abrazó como un gran oso a sus cachorros.

—Estos policías tan simpáticos vinieron a decirme que queríais darme una sorpresa. Sé que estáis en un apuro, pero tengo buenas noticias. Papá acaba de ser nombrado director de la prisión donde vais a estar a partir de ahora. —Les miró radiante—. Mis tres chicos juntos, qué bien, podré ir a haceros una visita cada semana.

—Mamá —sollozó Eddie con la cabeza apoyada en el hombro de ella—. No sabes lo preocupado que estaba por ti. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que nunca —le aseguró Heddy-Anna.

Junior pensó en la finca de Long Island, en la limusina, en el dinero y el poder, en Jewel, que sin duda tendría una pareja nueva en menos de dos semanas. Mientras Eddie se convulsionaba de emoción, Junior no paraba de pensar: Pero ¿cómo he podido ser tan estúpido?

Billy y Nor estaban mirando sus respectivos desayunos sin el menor interés por comer. La cruda realidad de que fuera el día de Nochebuena y el cumpleaños de Marissa se cernía sobre ellos como una molesta mortaja.

Los repentinos e insistentes timbrazos en la puerta los sobresaltaron. Billy corrió a abrir.

Un alborozado agente Frank Smith anunció:

—Cojan solo lo imprescindible. Tienen plaza reservada en el vuelo de la una menos veinte a Nueva York, y si quieren tomar ese avión no hay un minuto que perder.

La víspera de Navidad, Nor's Place solía recibir un flujo constante de clientes a la hora del almuerzo. Unos acudían a comer algo rápido para seguir con las compras de última hora; otros, más organizados, iban a almorzar con calma antes de que empezaran las celebraciones religiosas y familiares.

Hoy esto tiene un aspecto muy misterioso, pensó Dennis, mientras escrutaba el local desde la barra. Meneó la cabeza. Al menos, Nor había aceptado que era inútil tener abierto el día de Navidad.

—Supongo que tienes razón —le había dicho a Dennis—. ¡Solo diez reservas! Esas personas harían mejor en ir a comer a un local más animado.

La cosa está a punto de irse a pique, pensó Dennis mientras le pasaban una nota para una sola cerveza.

En ese instante sonó el teléfono de la barra.

—¡Dennis! ¡Dennis! —Era la voz de Nor, alegre y vigorosa—. Estamos en el aeropuerto, volvemos a casa. Ya no tenemos que escondernos. Los hermanos Badgett están en chirona. —Hizo una pausa—. Consigue un pastel de cumpleaños para esta noche y telefonea a los invitados de siempre. Diles que Nor's Place servirá cenas por Navidad, y a cuenta de la casa. ¡Pero que no se entere Marissa! Queremos darle una sorpresa.

Desde el momento en que abrió los ojos y se dijo a sí misma «Hoy cumplo ocho años», Marissa empezó a desesperar de que Sterling pudiera hacer que su papá y NorNor volvieran. Estaba convencida de que los iba a ver nada más levantarse, pero ahora se daba cuenta de que no iba a ser así.

Había esperado que volvieran para Pascua, y no había sido posible. Después había confiado en tenerlos allí cuando terminara el colegio... Luego cuando volvieran a empezar las clases... y así sucesivamente.

Hoy tampoco vendrán, pensó mientras se levantaba y se ponía la bata. Las lágrimas pugnaban por aflorar a sus ojos, pero ella lo impidió apretándoselos con las manos. Procuró componer una sonrisa y bajó a la cocina.

Su madre, Roy y los mellizos ya estaban sentados a la mesa. Al verla empezaron a cantar el «Cumpleaños feliz». Había varios regalos al lado de sus cereales: un reloj, libros y varios CD de parte de mamá y Roy y los gemelos; un jersey de parte de la abuela. Luego abrió las dos últimas cajas: unos patines nuevos de parte de papá y un conjunto de patinaje de parte de NorNor.

Ahora sí estaba totalmente convencida de que no iban a venir. De lo contrario, ¿no habrían esperado a darle personalmente los regalos?

Después de desayunar, Marissa se llevó todos los regalos a su cuarto. Cerró la puerta, arrimó la silla al armario y se subió a ella. En el estante superior dejó las cajas de los patines y el conjunto de patinar. Luego, con las puntas de los dedos, los empujó hacia el fondo para que no se vieran desde abajo.

No quería saber nada de aquellos regalos.

A las once estaba en la sala de estar, leyendo uno de los libros que le habían regalado, cuando sonó el teléfono. Aunque su corazón se detuvo cuando oyó a su madre decir «Hola, Billy», Marissa no levantó los ojos.

Pero entonces su madre se acercó a ella corriendo. No le dio tiempo a decir «No quiero hablar con papá», que ya tenía el teléfono pegado a la oreja y su padre le estaba gritando:

—Rissa, ¿te gustaría ir a cenar a Nor's Place y celebrar allí tu cumpleaños? ¡Dentro de nada estaremos en casa!

Marissa apenas si pudo susurrar «Oh, papá».

Su alegría era tan grande que no pudo decir otra cosa. Y entonces notó que alguien apoyaba una mano en su hombro. Levantó la vista y allí estaba: su amigo, el que llevaba aquel sombrero tan raro y que era una especie de ángel.

—Adiós, Marissa —dijo él sonriente, y desapareció.

En un santiamén, Marissa subió a su cuarto, cerró la puerta, agarró la silla y se puso encima de puntillas para alcanzar los regalos que había apartado antes. Pero mientras bajaba las cajas, algo cayó del estante y aterrizó junto a sus pies.

Marissa se agachó y contempló aquel pequeño adorno navideño que no había visto jamás. Era un ángel vestido igual que su amigo.

—Llevas el mismo sombrero —dijo mientras lo levantaba y le daba un beso. Luego se lo acercó a la mejilla y miró al cielo por la ventana—. Me habías dicho que no eras exactamente un ángel —susurró—. Pero yo sé que lo eres. Gracias por cumplir tu promesa de ayudarme. Te quiero.

Cuando Sterling entró en la sala de conferencias del Consejo Celestial y vio las miradas aprobadoras de los santos, supo enseguida que había cumplido satisfactoriamente su misión.

—Vaya, ha sido muy emocionante —dijo el almirante con desacostumbrada ternura.

—¿Os habéis fijado en la cara de esa niña? —Suspiró la monja—. Es imposible estar más radiante de felicidad, al menos en la tierra.

—No pude evitar quedarme hasta ver a Marissa en brazos de su padre —explicó Sterling—. Después volví al restaurante con ellos. Fue una fiesta preciosa. Como ya sabéis, la noticia de que volvían corrió como la pólvora, y todo el mundo acudió para darles la bienvenida.

—Casi se me saltan las lágrimas cuando Billy cantó la canción que había escrito para Marissa —observó la reina.

—Me parece que va a ser un exitazo —sentenció el torero.

—Va a hacer un disco con esa y las otras canciones que compuso mientras estuvo fuera —les recordó Sterling—. Ha sido un año muy duro para él, pero ha sabido aprovecharlo.

—Igual que tú —dijo el pastor.

—Desde luego que sí —murmuraron todos asintiendo con la cabeza.

—No solo encontraste a quien ayudar y usaste la cabeza para encontrar una solución a su problema, sino que también has actuado de corazón —dijo el indio, muy orgulloso de Sterling.

—Y salvaste a Charlie Santoli de la vida que estaba llevando —añadió la monja.

Tras unos momentos de silencio, el monje se levantó y dijo:

—Sterling, la celebración de la Natividad está a punto de comenzar. El consejo ha decidido que no solo te has ganado una visita al cielo, sino también tu permanencia allí. Es hora de que te llevemos hasta sus puertas.

—Un momento —dijo Sterling—. Tengo algo que pedirlos.

El monje se lo quedó mirando.

—¿Qué se te habrá ocurrido pedir en un momento como este?

—Os estoy profundamente agradecido a todos.

Como sabéis, anhelo estar en el cielo. Pero he disfrutado tanto de esta experiencia que, si me lo permitís, desearía volver a la tierra siempre que sea Navidad y buscar a alguien que necesite ayuda. No sabía yo la satisfacción que podía dar echar una mano al prójimo.

—Hacer felices a los demás es uno de los mayores goces del ser humano —le dijo el monje—. Has aprendido la lección mejor de lo que esperábamos. Bien, ahora acompáñanos.

Mientras se acercaban, las puertas del cielo se abrieron ante ellos revelando una luz más brillante que un millar de soles, más que nada de lo que Sterling hubiese podido imaginar jamás. Se sintió invadido por una gran paz interior. Estaba yendo hacia la luz; formaba parte de esa luz. Los miembros del consejo se apartaron y él continuó andando, despacio y con reverencia. Fue consciente de que había allí un grupo muy numeroso de personas.

Notó que una mano tocaba la suya.

—Deja que vaya contigo, Sterling.

Era Annie.

—Los otros nuevos van delante de nosotros —susurró—. Han llegado todos juntos. Sus vidas terminaron trágicamente, y aunque han encontrado la alegría eterna, están angustiados por los seres queridos que han dejado en la tierra. Pero encontrarán la manera de enviarles ayuda y consuelo. —Hizo una pausa—. Escucha, la celebración va a empezar.

Sonó una música, en crescendo. Sumándose a los ángeles y a los santos y a todas las almas del cielo, Sterling siguió andando hacia la luz mientras entonaba:

«*Glory to the newborn King ...*».



Mary Higgins Clark. Escritora de novelas de misterio estadounidense. Cada una de sus 42 novelas de misterio se ha convertido en un éxito de venta en los Estados Unidos y en varios países europeos y continúan actualmente a la venta. Su primera obra, *¿Dónde están los niños?*, ha sido reimpresa hasta en setenta y cinco ocasiones.

Conocida como «La Reina del Suspense», Clark ha sido calificada como una «maestra de la intriga» que tiene la habilidad de crear la tensión lentamente mientras hace que el lector piense que todos son culpables. En sus novelas las protagonistas son mujeres jóvenes fuertes e independientes, quienes se encuentran en el medio de un problema que deben resolver con su propio coraje e inteligencia. Las heroínas son representadas como personas reales, que toman decisiones sensatas, y que hacen pensar a los lectores «esto podría haberme pasado a mí, o a mi hija». Los libros de Clark son escritos para adultos, pero debido a su decisión de no incluir sexo explícito o violencia en sus historias, se han vuelto populares en niños de doce años en adelante.

Carol Higgins Clark. Escritora estadounidense de novelas de misterio. Es hija de la escritora Mary Higgins Clark. Han escrito varias novelas juntas.

Nacida en Nueva York y criada en Nueva Jersey. Tiene 4 hermanos. Se graduó en el Mount Holyoke College. Mientras estudiaba la carrera ayudó a su madre a transcribir sus borradores, cambiando a veces el nombre de los lugares y/o personajes, y así es como empezó en este mundo. De sus hermanos, es la única que escribe, aunque tiene una cuñada que también es novelista, Mary Jane Clark. Sus novelas están protagonizadas por el mismo personaje, la detective Regan Reilly.

También escribe guiones de cine y televisión.

Notas

[1] *Break a leg* en el original. Es el equivalente del «Mucha mierda» que utiliza la gente de teatro en España para desearse suerte antes de una representación. (*N. del T.*)

<<